

MANUEL ESPINAR MORENO

**LA IGLESIA DE LA EDAD MEDIA
NOTAS PARA SU ESTUDIO**



LIBROS EPCCM

GRANADA, 2021

MANUEL ESPINAR MORENO

**LA IGLESIA DE LA EDAD MEDIA
NOTAS PARA SU ESTUDIO**



LIBROS EPCCM
GRANADA, 2021

MANUEL ESPINAR MORENO

**LA IGLESIA DE LA EDAD MEDIA
NOTAS PARA SU ESTUDIO**



LIBROSEPCCM

Granada, 2021

Editor: Manuel Espinar Moreno

©HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales

Primera edición: 2021

La Iglesia de la Edad Media. Notas para su estudio.

© Manuel Espinar Moreno

Diseño de cubierta: Manuel Espinar Moreno.

Motivo de cubierta: Eclesiásticos medievales, página de un manuscrito sacada de internet.

Maquetación: Manuel Espinar Moreno

Anexo a la Revista: EPCCM. ISSN: 1575- 3840, ISSN: e-2341-3549. Digibug <http://hdl.handle.net/10481/>

Edición del Grupo de Investigación HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales. Colaboración del Centro: “Manuel Espinar Moreno”, Centro Documental del Marquesado del Cenete y Departamento Historia Medieval y CCTTHH (Universidad de Granada)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos. www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© 2018 DOAJ.

The DOAJ site and its metadata are licensed under CC BY-SA

**LA IGLESIA DE LA EDAD MEDIA
NOTAS PARA SU ESTUDIO**

EL CRISTIANISMO

La religión de Cristo. Predicación y persecuciones.

En la época más brillante de la historia romana, conforme anunciaban las viejas predicciones proféticas, llegó, por fin, "la plenitud de los tiempos", es decir, cuando el mundo había llegado a la plenitud de su preparación, tanto de parte del mundo romano civilizado, como de parte del mundo judío, que es el que rodeaba al Salvador, y, el ansiado *Messiah* (ungido), Jesús, que trajo, con el Cristianismo, la luz a todas las gentes, al mismo tiempo que una nueva manera de pensar y de vivir que constituyó la Civilización cristiana.

Estas antiguas profecías se cumplieron exactamente cuando la plenitud anunciada fue un hecho cierto, encontrándose entonces el mundo romano especialmente preparado, unificado todo el Imperio por la acción de la espada de Augusto, en el que existía una ley común para todos y una comunidad cultural y política. Espiritualmente el ambiente religioso romano estaba también especialmente dispuesto para recibir la nueva semilla, que tan formidablemente había de arraigar y fructificar en tantos espíritus. La vieja religión romana había perdido todo contenido espiritual recubierta por el panteón griego. Las antiguas prácticas religiosas habían decaído y aunque Augusto las restaura, poco después desaparecen afiliándose muchos romanos a los cultos religiosos de Oriente que les prometían otra vida mejor. Todo ello convirtió al romano en escéptico, si bien, por decoro social y cívico, continuó siendo un pueblo practicante.

Conforme a los dichos proféticos, Jesús de Nazareth nació en Belén, ciudad de David, posiblemente cuatro años antes de la fecha tomada como inicial para el cómputo cronológico de nuestra Era. Dionisio el Exiguo, hacia el año 526, había fijado el nacimiento en el año 753 de la fundación de Roma, por lo cual se contó esta fecha como la inicial de la Era Cristiana, pero ésta, es inexacta.

Según Flavio Josefo y otros contemporáneos, Herodes el Grande murió en el 750 poco después de la muerte de los Inocentes, por lo tanto, Cristo debió nacer algo antes de esta fecha, posiblemente el 749 ó 748. También dice San Lucas que cuando Jesús fue bautizado tenía casi treinta años y como San Juan Bautista comenzó su misión en el año 15 del reinado de Tiberio, si se admite que éste comenzó a reinar el 764, quince años más tarde, daría el 779, y si entonces Jesús tenía unos treinta años, debió nacer hacia el 749. Desde el mismo momento de este maravilloso acontecimiento los prodigios acompañan su vida mortal revelando la misión redentora del Hijo de Dios en la Tierra.

Después del bautismo comienza su prodigiosa actividad predicadora (hacia el año 27 de la Era Cristiana) en medio de las turbulencias religiosas de los hebreos, ahora divididos en dos grandes tendencias: la de los *fariseos* y la de los *saduceos*. Los primeros eran nacionalistas extremados, defendían la ley al pie de la letra y se dejaron llevar por el apasionamiento y la más baja hipocresía; los segundos, ricos y helenizados, fueron políticos e indiferentes. Un tercer grupo, el de los *esenios*, eran judíos pobres disidentes que formaron nutridas colonias. Hoy se sabe bastante de éstos después de los hallazgos del Mar Muerto (cuevas de Qumran) de los que ya hablamos. A pesar de los innumerables milagros, los detentadores oficiales de la religión hebraica y la actuación de los

gobernantes, local y romano, que vieron un político en Jesús, determinaron una campaña que culminó con su pasión y muerte en la Cruz en el año 30 de nuestra Era, según opinan la mayoría de los eruditos fundándose en los años del gobierno de Poncio Pilatos y en cálculos astronómicos, ya que se sabe que la muerte tuvo lugar en un viernes, que fue el 14 ó 15 de la luna de Nisan.

Después del asombroso fenómeno de la vida y predicación de Cristo, se realiza la portentosa y rápida difusión de la "buena nueva" recogida por un reducido número de *discípulos*, los Apóstoles, que la predicaron por las comarcas cercanas a Jerusalén, primero, y después entre las comunidades judías orientales y por todo el mundo grecorromano.

La conversión milagrosa del judío enemigo de la Iglesia, Saulo (36), tiene una importancia decisiva para la historia del Cristianismo. Desde entonces Saulo de Tarso, con el nombre de Pablo, va a ser el apóstol de los gentiles, comenzando una vida de apostolado que ha de durar treinta años, durante los cuales llevará el Evangelio a todos los confines del Imperio predicando con verbo incombustible. Viajero infatigable, realiza grandes viajes comenzando por Antioquía, donde por primera vez su comunidad de fieles comienza a llamarse cristiana. El año 60, preso en Cesárea, es enviado a Roma, donde también llegó San Pedro para ser su primer obispo. Después de predicar en las tierras occidentales del Imperio, entre ellas, posiblemente España, y tras varias persecuciones, flagelaciones y prisiones, sufrió el martirio con San Pedro en Roma (64), siendo decapitado Pablo en el camino de ostia y crucificado Pedro en el monte Vaticano.

La doctrina universal de Jesús, que redimía por igual al elegido y al gentil y que igualaba el esclavo a su señor, destruía el marco social antiguo y negaba el culto a los emperadores divinizados a pesar de ser un delito castigado por las leyes. Todo esto motivó que desde un principio fuese el Cristianismo perseguido. Dejando a un lado los martirios de San Esteban y del apóstol Santiago el Mayor (43), así como la expulsión de Roma por Claudio de los judíos que entonces se confundían con los cristianos (50), con el emperador Nerón comienza en realidad la gloriosa era de los mártires, al ordenar, con motivo del incendio de Roma, una primera persecución, cruenta y feroz, contra los cristianos (64-67), a los que negó por un decreto imperial el derecho a la existencia. Con este hecho comenzó la lucha entre la Religión cristiana y el estadoromano, que había de durar dos siglos y medio (64-313), durante la cual los cristianos sufrieron, con un carácter más o menos general, hasta siete persecuciones que sirvieron para afirmar la fe en los creyentes.

Aun cuando los Flavios fueron benévolos con los cristianos, el último de ellos, Domiciano, dispuso otra persecución en la que hubo muchas víctimas, que fue coontinuada por Trajano, pero de una forma menos violenta. A mediados del siglo II se ordena en algunas provincias otra persecución y en el cuarto del siglo III Septimio Severo, Maximino y sobre todo Decio, pretenden acabar con la nueva doctrina, pero sólo consiguen que el número de cristianos aumente (también el de apostasías), refugiándose, ahora, en los cementerios subterráneos (catacumbas) que los romanos solían respetar. Siguió después la persecución de Valeriano (muerte de Cipriano de Cartago, primado de África -250-) que terminó el emperador Galieno por un edicto de tolerancia que dio la paz a la Iglesia (260).

Después de disfrutar los cristianos de una larga paz, posiblemente, sólo alterada por la dudosa persecución atribuida a Aureliano (275), tiene lugar la más larga y más sangrienta llevada a cabo por Diocleciano y sus coemperadores (303 a 313 y en la parte oriental hasta 318) en la que fueron torturados y muertos miles de cristianos de Oriente a Occidente. Pero la sangre derramada por tantos mártires no fue estéril, ya que la iglesia no tardó en cosechar el más legítimo de sus triunfos.

Paz y triunfo de la Iglesia.

Anteriormente a ésta y a pesar de las persecuciones que se habían sucedido, la doctrina de Cristo se había infiltrado en todas las capas sociales, y el número de cristianos había crecido en progresión geométrica, por lo que la Iglesia se encontraba ya fuera del peligro de ser ahogada. Ante la imposibilidad de la lucha se renueva la tolerancia en diferentes etapas señaladas por el abandono de la persecución en Galia y Bretaña por parte de Constando Cloro, que para cumplir los edictos sólo había ordenado derribar los templos cristianos, por el edicto de Galerio (311-312), revocando las medidas persecutorias, con lo que llevó la paz a algunas regiones de Oriente, por el rescripto de Maximino Daya, que la detiene en los territorios orientales por él ocupados, y, por último, por el edicto de tolerancia de Licinio y Constantino considerado como el famoso *Edicto de Milán* del año 313, por el que se reconocía legalmente el Cristianismo, se proclamaba la seguridad del culto, se restituían los bienes eclesiásticos y se concedía a las comunidades cristianas la consideración de personas jurídicas.

La Iglesia, una vez que consiguió su libertad y la igualdad de derechos, creció en poder y el número de cristianos se multiplicó rápidamente, pero como aún las masas del Imperio se encontraban aferradas a los cultos orientales, el Cristianismo, en una guerra larga y difícil, tuvo que luchar contra éstos durante el siglo IV. Aprovechando distintas coyunturas políticas se producen algunas reacciones paganas como la de Juliano el Apóstata, amigo de los sofistas, que ordena cerrar las escuelas cristianas e instaura momentáneamente una nueva religión teñida de filosofía neoplatónica e integrada por una extraña Teogonía, y ya en la agonía del Imperio, la del retórico Eugenio que sucumbe ante el español Teodosio, que consagra definitivamente el triunfo del Cristianismo, ordenando el cierre de los templos paganos y prohibiendo los sacrificios y hasta los cultos domésticos. Con este golpe mortal los antiguos cultos romanos se refugian en el campo, donde, combatidos más tarde por los misioneros cristianos quedaron totalmente destruidos.

En la época de las primeras conversiones, el bautismo, por tratarse de adultos, se administraba por inmersión después de adoctrinar por un largo tiempo al nuevo creyente (catecúmeno). En las fiestas de la Pascua de Resurrección y de Pentecostés se les administraba el Sacramento, que les transformaba en *neófitos*, porque entonces acababan de nacer para la vida cristiana.

Los cristianos primitivos se dedicaban, como los demás habitantes del Imperio, al comercio y a la navegación y se alistaban en el servicio militar. Vivían mezclados con los paganos y con éstos acudían al foro, a las termas y al mercado, manteniéndose sólo apartados de los combates de fieras y gladiadores y evitando por lo general toda clase de

espectáculos. En el vestido, en la vivienda y en la alimentación, tampoco se distinguieron de las demás personas.

En el aspecto moral, sobresalieron y se distinguieron sobre la que practicaban los gentiles sin ningún freno religioso, siendo la de los cristianos pura y sin tacha y de gran altura, ennobleciendo la familia, suavizando las costumbres, practicando la caridad y rechazando la usura. El médico Galeno alabó la pureza de costumbres de los cristianos, su desprecio de la muerte y su abstinencia.

La vida cristiana tuvo también desde bien pronto otra modalidad que fue el monaquismo. A la vida de continencia y oración se añadió el abandono del mundo para entregarse por entero a la práctica de la virtud. La vida monástica en su forma inicial de anacoretismo, se practicó primero en Egipto (siglo IV) sin regla común. Con San Pacomio y San Basilio surge la vida cenobítica y ascética, sometida a una regla. Al pasar a Occidente se transforma en una vida activa en la que se armonizan el trabajo y la oración.

La literatura cristiana.

Aun cuando los primeros cristianos fueron por lo general iletrados, la expansión rapidísima del Cristianismo por todo el mundo romano y la paulatina, entre las clases sociales superiores motivó el que estas capas más cultas creasen una literatura cristiana que fue el vehículo de las nuevas ideas que se iban popularizando.

En primer lugar tenemos dentro de los libros del Nuevo Testamento los cuatro *Evangelios*, que contienen la vida y las enseñanzas de Jesucristo. Los de San Mateo, San Marcos y San Lucas (siglo I), se llaman *sinópticos* porque exponen un relato paralelo con sus correspondientes variantes; el de San Juan (hacia el año 100) se aparta de los demás y es bastante diferente. Los cuatro están escritos sin artificios literarios en griego vulgar, lengua que aprendieron los apóstoles, y que, junto con el latín, fue el idioma más difundido por todo el Imperio. Los fragmentos encontrados en papiros egipcios de los llamados *Evangelios* apócrifos no están admitidos en el canon católico.

El Nuevo Testamento comprende también los *Hechos* o *Actas de los Apóstoles*, obra de gran interés escrita también en griego y atribuida a San Lucas. También existen *Actas* apócrifas.

La acción del activísimo propagador San Pablo se deja notar pronto a través de sus fogosas y entusiastas epístolas como las dirigidas a los Gálatas, a los de Tesalónica, a los Corintios, a los Romanos, a los Filipenses, a los Colosenses, a los Efesios y a Philemón. También se admiten como canónicas, dos cartas de San Pedro, una de Santiago el Menor, otra de Judas y tres de San Juan, aparte de otras falsas.

El cuarto de los escritos apostólicos es *El Apocalipsis*, de San Juan, obra simbólica llena de alegorías, pensada en hebreo y escrita en un griego vulgar rico en vocabulario. Rápidamente fueron traducidos estos libros al latín, lengua universal, adoptada pronto por la Iglesia como idioma oficial.

En el siglo II se multiplican los escritos y a él pertenecen *La Doctrina de los Apóstoles*, las epístolas de Bernabé, Clemente y Policarpo de Smirna y unas cartas atribuidas al mártir San Ignacio de Antioquía, uno de los *Padres Apostólicos*. De mediados de esta centuria es el obispo Papías, que escribe una obra titulada *Cinco libros de explicación de los sermones del Señor*, de la cual se conservan algunos fragmentos.

En la segunda mitad de este siglo II surge la *Apologética*, género que cultivaron los escritores cristianos primero en griego y después en el idioma imperial latino.

Adoptado el latín como lengua oficial de la Iglesia, pronto aparecen las primeras traducciones de obras cristianas que habían sido escritas en griego y los primitivos escritores latinos como el jurisconsulto converso Minucio Félix (siglo II) que da a sus diálogos (*Octavius*) forma clásica inspirándose en Platón y en Cicerón, y el violento y enérgico polemista cartaginés Tertuliano que floreció en la época de Septimio Severo y Caracalla, autor de su conocida *Apologeticum* y de otros muchos tratados escritos con un gran talento y un estilo muy personal.

Por esta época brillaron en la escuela alejandrina el gran maestro San Clemente, doctor y poeta, magnífico conocedor de Platón, que vivió durante la persecución de Septimio Severo. Discípulo suyo fue el gran exégeta Orígenes de Alejandría, considerado por algunos como la mayor lumbrera de la Iglesia griega. Su producción fue inmensa, se le calculan hasta seis mil obras, de las cuales algunas se han salvado por las traducciones latinas.

De este siglo II fue también San Irineo, gran debelador de las herejías, que escribió en griego y armenio, siendo su escrito más importante el *Tratado contra las Herejías*.

En los siglos IV y V florece la literatura grecolatina cristiana con un carácter esencialmente proselitista y de pura controversia. En esta literatura de combate, nacida de la necesidad de fijar una ortodoxia ante las corrientes heréticas, brillan figuras importantes como las de los ocho Doctores de la Iglesia, que al mismo tiempo destacan en el campo de la elocuencia cristiana.

Entre estos polemistas tenemos al obispo San Atanasio de Alejandría (295-373), hombre de acción y de temperamento fogoso contra el arrianismo que combatió hasta su muerte. Defensor de la ortodoxia intransigente fue, además de orador, un historiador de la Iglesia apasionado (*Discursos contra los Gentiles*, *Historia de los Arrianos*, etc.).

San Basilio el Grande, obispo de Cesárea, pertenece al grupo de escritores capadocios que dieron gran lustre a la Iglesia oriental. Fue un orador brillante y sincero, de ideas personales teñidas de filosofía platónica que supo valorar con justicia la aportación cultural del mundo antiguo en su tratado sobre la *Lectura de los autores profanos*. Después de un viaje a través de Oriente y de practicar la vida de mortificación con algunos ascetas, redactó una regla monástica que lleva su nombre, sirviendo después de base para regular el monaquismo en Oriente.

Su íntimo amigo San Gregorio Nacianceno (330-90) fue un espíritu soñador y especulativo, inclinado a la meditación, a la soledad y al cultivo de las letras. Fue un gran orador, como lo prueban sus cinco famosos discursos sobre la divinidad del *Logos* (*Discursos de Teología*) y además poeta gracioso y elegante que supo aplicar a las nuevas ideas el revestimiento formal de la lírica clásica.

San Gregorio de Nyssa, obispo de esta pequeña ciudad, fue el tercero de estos padres orientales y el que poseyó en mayor grado la aptitud para la especulación científica. Al morir su hermano San Basilio se le consideró como heredero de su doctrina y en su gran personalidad intelectual se fundió completamente el espíritu neoplatónico con el cristiano.

El moralista San Juan Crisóstomo (boca de oro) (343-407), fue la figura más relevante de la literatura grecocristiana. De familia rica fue pronto ganado por el ascetismo, destacando como orador brillante y apasionado, siendo admirables sus sermones de la cuaresma del año 387 en los que llega a extremos sublimes y con los que conforta el espíritu de sus feligreses amenazados por las represalias de Teodosio con motivo de la sedición de Antioquía. Elevado a patriarca de Constantinopla, dirigió su famosa oración contra el ministro Eutropio, que le indispuso con el clero de la capital, siendo depuesto y desterrado donde murió.

En la iglesia latina de África brillaban los escritos del mártir Cipriano, obispo de Cartago (siglo III), llenos de unción y de caridad.

La literatura latinocristiana adquiere en el siglo IV su máximo de esplendor, representada por los tres padres de la Iglesia occidental en los que el ideal romano de sabiduría positiva encuentra su más excelente expresión.

En Italia el noble San Ambrosio, después de ser gobernador en Milán, centro, entonces, político e intelectual de Occidente, fue por aclamación elegido obispo de esta ciudad cuando aún no había recibido el bautismo. Orador, teólogo y escritor de espíritu sereno, muy cultivado, plétórico de romanidad, escribió en un lenguaje justo y elevado unos himnos que fueron el primer intento de poesía en la liturgia eclesiástica.

En Dalmacia aparece San Jerónimo (*Eusebius Hieronymos*), hombre sensible y de extensos y profundos conocimientos lingüísticos, bíblicos y literarios, que inició la exégesis bíblica y por orden del papa San Dámaso, tradujo al latín del hebreo la Sagrada Escritura (la *Vulgata*), versión que siglos después fue consagrada por la Iglesia en el Concilio de Trento.

Finalmente aparece la grandiosa y recia personalidad del cartaginés San Agustín (354-430), la más poderosa mentalidad de la patrística que supo destacarse en los aspectos humano, filosófico-teológico e histórico-literario. Su vida presenta una serie de contrastes interiores: educado en el Cristianismo por su madre Santa Mónica, se adhirió después a la secta gnóstica de los maniqueos, pero, cuando se da cuenta de las fantasías de éstos, le obsesiona la duda universal y se afilia al escepticismo académico, del cual se libera

mediante el estudio del platonismo y convertido en Milán al Cristianismo y bautizado por San Ambrosio (387) entra al servicio de la Iglesia, primero como presbítero y después como obispo, siendo consagrado para la diócesis de Hipona (África). En este cargo luchó apasionadamente por la unidad de la Iglesia contra los donatistas, maniqueos, pelagianos y otros herejes. Murió durante el sitio que pusieron los vándalos a su ciudad (430).

Este profundo pensador, que aun perteneciendo a la antigüedad es el primero que piensa en moderno, compuso libros inmortales como el maravilloso de las *Confesiones*, de los más humanos, en el que aparece al descubierto su exquisita sensibilidad. Su pensamiento personal, si bien teñido de platonismo, cristaliza en su famosa *Ciudad de Dios*, libro apasionado y apasionante, la más grande obra apologética de la antigüedad cristiana, escrita con motivo del saqueo de Roma por Alarico y en la que expone una verdadera síntesis filosófica de la historia en la cual destaca la posición estoica del Cristianismo y el sentido imperialista cultural de la Iglesia sucesora de Roma, abriéndose con ella paso al "descubrimiento de lo social", a la epifanía de la Sociedad, que llama Eugenio d'Ors. Su concepción de la historia dejó profunda huella en toda la historiografía cristiana medieval (hasta el siglo XIII).

Al lado de estos grandes escritores no faltaron tampoco los historiadores que escribieron en griego, como el obispo de Cesárea, Eusebio, que en su *Historia Eclesiástica* nos narra los hechos cristianos desde sus orígenes hasta el año 323, y Paladio, que en su *Historia Lausíaca*, nos cuenta la vida de los Padres del Desierto. El lusitano Paulo Orosio, discípulo de San Agustín, escribe en sentido apologético el primer ensayo de historia universal cristiana, haciendo de la Providencia el eje de su filosofía de la historia.

La literatura latinocristiana tampoco carece de poetas y aparte del himnario litúrgico, a cuya formación contribuye grandemente San Hilario de Poitiers, que además fue un profundo teólogo y representante de la pura ortodoxia contra el arrianismo, se forma la lírica de inspiración cristiana que se presenta bajo formas clásicas. Los poetas Comodiano, Juvenco, que compone en ochocientos hexámetros el relato de la creación (*Historia evangélica*), el papa San Dámaso y sobre todo el escritor español de los mártires Prudencio Clemente, el más grande de los poetas líricos cristianos que escriben en latín, son sus mejores representantes.

El arte cristiano.

Aun cuando la aparición del Cristianismo y su desarrollo apostólico coinciden con el apogeo de las artes clásicas del primer siglo de nuestra Era, los primitivos cristianos sólo se preocuparon de resolver momentáneamente sus necesidades más perentorias en cuanto a edificios y cementerios, no por esto dejaron de crear un arte, si bien asimilándose del mundo pagano que les rodeaba gran parte de su estilo ya decadente. Dada la poca práctica que tenían los cristianos y los cortos medios económicos de que disponían, el arte cristiano de este tiempo fue algo torpe y rudo; no obstante, por necesidades del culto, cuando obtuvieron la libertad religiosa llegaron a verdaderas creaciones artísticas, imponiéndose nuevos tipos de construcción y alcanzando las artes decorativas su mayor esplendor.

La arquitectura, pintura y plástica cristianas son más bien variantes que complementan los tipos únicos del arte helenísticoromano. El Cristianismo usa de todos los modelos paganos que le fueron precisos, adaptándolos y transformándolos y solamente rechaza los que se oponen a su ideología religiosa. La expresión de ésta motiva la creación de una iconografía y epigrafía propias y exclusivas.

El arte de los primeros artistas cristianos se encuentra en las galerías subterráneas de las catacumbas, donde aparte de la construcción arquitectónica, aparecen típicas formas de sepulturas excavadas como son los *lóculos* (nichos horizontales rectangulares), los *arcosolios* (grandes nichos abovedados) y las *criptas* (pequeñas salas o panteones de carácter familiar) .

Por noticias literarias sabemos que ya antes de la paz constantiniana hubo edificios dedicados al culto que fueron destruidos o confiscados durante las últimas persecuciones.

Después de decretada la libertad religiosa (313), la mejor situación moral y económica de los cristianos y las indemnizaciones de Constantino, hizo que surgieran los nuevos edificios llamados basílicas, consistentes en un gran espacio rectangular cubierto dividido en naves, terminado en ábside y precedido por un atrio o por un pórtico. En Oriente fue usado el tipo de iglesia de plan concéntrico rematado en cúpula, que a partir del siglo IV se generalizó en las construcciones de bautisterios y mausoleos. Menos general fue la construcción de edificios destinados a la vida común de los monjes (cenobios) y al albergue de los pobres y desvalidos (hospicios).

Más rica, numerosa e interesante es la iconografía; sus manifestaciones al principio son tímidas y vacilantes por temor a expresar claramente los misterios de la fe. La decoración y figuras están ejecutadas al fresco sobre las paredes de las catacumbas cubiertas con una capa de estuco liso. Los primeros signos y figuras se expresaron por medio de símbolos al principio, añadiéndose después (siglos III y IV) escenas de sabor bíblico y representaciones de la vida real. De esta forma vemos a Jesús personificado unas veces por el tipo del Buen Pastor y otras por Orfeo (siglo II), más tarde la figura de Cristo aparece expresada como un hombre joven curando.

También se usaron los mosaicos para cubrir las paredes y bóvedas y embellecer los pavimentos a la manera clásica inspirados en los modelos paganos en los que las escenas mitológicas suplantaron composiciones simbólicas cristianas. La plástica cristiana en relieve se halla por lo general unida a los monumentos funerarios siendo en los sarcófagos donde se encuentra más desarrollada. La plástica estatuaria, por temor a desvelar un sentimiento idolátrico, fue muy poco usada, sus ejemplos se reducen a las imágenes del Buen Pastor, de Jesús docente y la de San Hipólito de tipo clásico y pagano.

El Cristianismo en España.

En España la aparición de la doctrina de Cristo fue un hecho esencialísimo de su Historia y sin la cual no se podría explicar gran parte de ella.

La predicación de la buena nueva evangélica en nuestra Península por el apóstol Santiago el Mayor está rodeada de grandes problemas que hacen difícil hoy su solución. La venida de Santiago a España no se puede afirmar históricamente por no tener datos suficientes para probarla, pues la tradición nacional que la sostiene no empieza hasta el siglo VIII, y por el contrario el silencio de la literatura hispánica y goda anterior y las obtenidas de Apolonio, Clemente Alejandrino, San Pablo, etc., nos obligan a poner serios reparos a los que mantienen la afirmativa. Negada históricamente la predicación de Santiago en España, el problema de la aparición de la Virgen en Zaragoza cae por su base, pues no hay argumento serio a favor de esta tesis y la tradición del Pilar no comienza a despuntar hasta el siglo IX y no se expresa claramente hasta las centurias XIII y XIV.

Otro carácter tiene la polémica sobre la predicación de San Pablo en España, pues en su apoyo existen una serie de testimonios contemporáneos que permiten considerar como hecho histórico cierto su venida. El mismo apóstol en varias epístolas nos da noticias reiteradas de su propósito inmediato de evangelizar nuestra Península y poco después de su muerte, y en el mismo siglo I, hay testimonios que lo confirman lo mismo por las fuentes canónicas que por las extracanónicas. (S. Clemente Romano, de fines del siglo I, Fragmento Muratoriano escrito hacia el año 200, *Actus Petri cum Simone*, de mediados del siglo II, y *Hechos de los Santos Pedro y Pablo* de fines del II o principios del III). De todo se deduce que desde el siglo I hasta el V la tradición de la venida a España de San Pablo no se pierde y fue común a los fieles de muy distintas Iglesias del mundo, y como por otra parte no existen rastros de testimonios en contrario, tenemos que aceptarlo como un hecho históricamente cierto. Su posible viaje se sitúa hacia el 62 ó 63.

Otra antigua tradición apoyada por bases sólidas, es la predicación en España de los siete varones apostólicos que fueron consagrados obispos por San Pedro y San Pablo en Roma. La tradición, apoyada por antiguos testimonios del siglo V, se puede tener como auténtica en su esencia; en cambio, en la identificación de alguna ciudad donde establecieron sus sedes existen pequeñas discrepancias.

La labor de estos primeros propagadores dio prontamente sus frutos y ya en el siglo III se había difundido, sin especiales dificultades, por buena parte de España, como nos lo prueban la intensidad de las persecuciones, los testimonios cristianos de la época, el Concilio de Ilíberis (hacia el 314), etc. Las comarcas de más pronta cristianización hay que buscarlas en las que la romanización había sido más intensa (Andalucía y Levante), en las ciudades por las que pasaban las vías comerciales romanas y en las colonias habitadas por elementos inmigrados romanos, griegos y judíos. A finales del siglo II, San Ireneo alude a "las iglesias de Hispania"; en el III las primeras persecuciones dan noticias de diócesis y mártires, y en los primeros años del siglo IV tenemos ya testimonios de comunidades cristianas por toda la Península, asistiendo varios prelados españoles a los concilios de Arlés (314), Nicea (325), Sárdica (347), Zaragoza y Toledo, y como ya vimos, Osio de Córdoba jugó un gran papel en el reconocimiento oficial del Cristianismo.

Antes del triunfo definitivo de la Iglesia cristiana en tiempo de Constantino, los seguidores de Cristo sufrieron repetidas persecuciones, de las cuales sólo conservamos noticias en España de las de Decio, Valeriano y Diocleciano. La primera trajo como

consecuencia la herejía libelática en la que cayeron los obispos Basíldes y Marcial entre otros. De la persecución de Valeriano tenemos el testimonio auténtico del martirio de Fructuoso, obispo de Tarragona y de los diáconos Augurio y Eulogio (259), y de la de Daciano, gobernador del tiempo de Diocleciano, hay igualmente datos ciertos de diversos martirios de finales del siglo III y principios del IV como los de Emeterio y Caledonio de Calahorra, Marcelo de León, Justa y Rufina de Sevilla, Félix de Gerona, Cucufate de Barcelona, Eulalia de Mérida (dudosa es la existencia de la de Barcelona), Santa Engracia y sus 18 compañeros en Zaragoza, San Vicente, en Valencia, Santa Leocadia, en Toledo, Justo y Pastor, en Alcalá, etc.

BIBLIOGRAFÍA

L. Duchesne: *Histoire ancienne de l'Église*, 3 vols., París, 1906. - P. Allard: *Le Christianisme et l'Empire romain de Néron a Theodose*, 7.^a ed., París, 1908. - A. Ehrhard: *Das Christentum im röm Reich bis Kostantin*, 1911. - El mismo: *Die Kirche der Märtyrer*, 1932. - E. Buonaïuti: *Manuale introduttivo alla storia del Cristianesimo*, Foligno, 1925. - E. Amann: *L'Église des premiers siècles*, París, 1928. - L. Lagger: *Le Christianisme aux origines et a l'age apostolique*, Rabat, 1936. - H. Lietzmann: *Geschichte der alten Kirche*, 1932-1938. - J. Mackinson: *From Christ to Constantin. The rise and growth of the early Church (f. A. D. 30 to 337)*. - A. J. Festugiere y P. Fabre: *Le monde greco-romain au temps de Notre Seigneur*, 2 vols., París, 1935. - Benzigers: *Illustrierte Weltgeschichte*, 3 vols., 3.^a ed., Einsiedeln, 1949. - A. Boulenger: *Histoire générale de l'Église*, 6 vols. publicados, París, 1931-1936. - Buonaïuti: *Storia dei Cristianesimo*, 2 vols., Milán, 1943-1944. - N. Mosconi: *Storia dei Cristianesimo*, Cremona, 1945. - A. M. Jacquin: *Histoire de l'Église*, 3 vols., Brujas, 1928-1948. - A. Saba: *Storia della Chiesa*, 4 vols., Turín, 1938-1943. - Fliche y Martín: *Histoire de l'Église*, París, 1946. - P. Bernardino Llorca: *Historia de la Iglesia*, de la Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1950. - Del mismo: *Manual de Historia Eclesiástica*, 5.^a ed., Barcelona, 1960. - Grandmaison: *Jésus-Christ. La personne, son message, ses preuves*, 2 vols., París, 1928 (hay versión española). Guignebert: *Jésus*, París, 1947. - Bultmann: *Le christianisme primitif dans le cadre des religions antiques*, París, 1950. - J. Weis: *The history of primitive Christianity*, 2 vols., 1937. - Holzne: *San Pablo, heraldo de Cristo*. (Versión española, Barcelona, 1946.) - Riccieti: *Paolo apostolo*, Roma, 1946. - G. Bardy: *La conversion au christianisme durant les premiers siècles*, París, 1949. - Cochrane: *Cristianismo y cultura clásica*. (Versión española, Méjico, 1949.) - Colson: *L'éveque dans les communautés primitives*, París, 1951. - Labriolle: *La reaction paganne. Étude sur la polemique antichretienne du Ie au VIe siècle*, París, 1934. - M. Grant: *The Clímax of Rome*, 1968. - A. Abel y J. Vermaseren: *Religions de salut*, Bruselas, 1962. - P. Carrington: *The Early Christian Church*, 2 vols., Cambridge, 1957. - M. Gough: *The Early Christians*, Londres, 1961. - F. Volbach y M. Hirmer: *Early Christian Art*, Londres, 1961.

LA IGLESIA Y EL PONTIFICADO HASTA EL SIGLO VIII

Desde su aparición, el Cristianismo y, en especial el Pontificado, se habían desarrollado dentro de los límites del mundo romano, presenciando en los últimos siglos de la antigüedad los graves trastornos y las convulsiones de muerte de aquella vasta organización imperial. La Iglesia, durante la última centuria de paz y apogeo, con su maravilloso poder de adaptación, se había infiltrado en la sociedad pagana, llegando a ser el eje alrededor del cual gravitaba en gran parte la política del Imperio, siendo en la época de las invasiones el único poder moral consistente que se presentaba a los ojos de los bárbaros. A lo largo del siglo IV, la Iglesia, de perseguida o tolerada, había venido a ocupar el puesto privilegiado que como religión oficial habían tenido las deidades paganas. Sus fiestas oficiales pasan a ser las del Estado; los herejes son castigados como delincuentes por los tribunales civiles, y pronto el clero queda exento de la jurisdicción ordinaria alcanzando el *privilegium fori* en materia criminal (384). En tiempos de Teodosio la Iglesia trata de poder a poder al Imperio ya cristianizado, desde sus más altas jerarquías a las más humildes. San Ambrosio de Milán, con su actitud enérgica ante el incidente de Tesalónica, nos da un anticipo de lo que sería después la dualidad Iglesia-Estado.

Muerto Teodosio el Grande, el Imperio occidental comienza a desplomarse después de haber ensayado y agotado todas las formas posibles de vida, preocupando a los Papas el desorden político, la inseguridad de las fronteras y el recrudecimiento de las controversias religiosas que en aquellas circunstancias graves acrecentaban el peligro. Saqueada Roma por las hordas visigodas de Alarico (410) y refugiado Honorio en Rávena, su nueva capital política, el pesimismo y la desorientación se apodera de todo el mundo, pero la Iglesia, a través de su representante San Agustín, levanta y alienta los espíritus decaídos, al mismo tiempo que ejerce una protección sobre la sociedad desde la *urbs pontificis*, con lo que aumenta su prestigio y autoridad, convirtiéndose en heredera de Roma y en el único gran poder que podía salvar la cultura antigua. Los obispos y los sacerdotes occidentales, cuyos derechos sociales habían sido acrecentados grandemente por los últimos emperadores, fueron los árbitros e intermediarios en muchas contiendas y pleitos, los encargados de defender la sociedad contra los invasores, interviniendo acerca de sus jefes o implorando socorros y en muchas ocasiones llegaron incluso a ejercer el cargo de *defensores de la ciudad*, presidiendo y vigilando a todos los funcionarios urbanos.

La propagación de la fe y la conversión de los pueblos germánicos.

Para el Cristianismo fue una liberación la caída del agotado y osificado Imperio ya conquistado por la Iglesia; entonces ésta vio nuevas posibilidades de poder

expansionarse espiritualmente. La misión de difundir la fe la heredaron de los apóstoles, el Pontificado y el clero; de éste, el regular contribuyó extraordinariamente a la extensión del Cristianismo por el Occidente europeo. Antes de las invasiones algunos pueblos bárbaros en contacto con las fronteras del Imperio habían sido evangelizados, casi siempre a través del arrianismo, pero una gran masa pagana vivía dentro y fuera del *limes* romano y a la conversión de ésta se dedicó primordialmente la actividad de la Iglesia.

Al desencadenarse las invasiones germánicas, la Iglesia cristiana había superado los difíciles tiempos de las persecuciones y de las herejías cristológicas; sin embargo, la acometida fue grande en Occidente y a duras penas pudo conservarse la organización eclesiástica. De los pueblos establecidos en las Galias, sólo los burgundios profesaban el Catolicismo; los francos, que eran los más fuertes y numerosos, estaban todavía sumidos en el paganismo, pero su rey Clodoveo no tardó en recibir el bautismo con tres mil de sus guerreros en la catedral de Reims de manos de San Remigio (496), hecho extraordinario, de enorme trascendencia histórica, que fue seguido por la conversión de la mayor parte de sus súbditos, adoctrinados por los obispos y los monjes, lo que hizo posible la fusión de vencidos y vencedores, al mismo tiempo que este reino merovingio quedaba estrechamente unido y compenetrado con la Iglesia Católica, lo que preparó la alianza de los reyes carolingios con el Pontificado y el restablecimiento imperial por Carlomagno, piedra angular de los siglos venideros.

Cuando los suevos, vándalos y alanos penetraron en España, casi todos eran idólatras; de éstos, los primeros fueron convertidos al Catolicismo (562) gracias al esfuerzo perseverante de San Martín de Braga; en cambio, los vándalos, sin llegar a abrazar la fe de Cristo, pasaron al África, donde desorganizaron y arruinaron su floreciente Iglesia con crueles persecuciones. Los visigodos, que llegaron poco más tarde, profesaban el arrianismo y durante mucho tiempo se resistieron a convertirse al Catolicismo; pero después de una lucha religiosa que culminó con el martirio de San Hermenegildo (585), su hermano Recaredo abjuró solemnemente esta herejía (589), abrazando la religión de la mayor parte de sus súbditos. La Iglesia española era entonces muy potente y culta, contando con ilustres prelados como San Leandro y San Isidoro, San Ildefonso y San Julián, San Braulio y Tajón, y la realeza visigoda encontró en éstos su más firme apoyo y a través de los concilios toledanos una orientación.

Los lombardos, al establecerse en Italia, eran en gran parte arrianos o paganos (568), pero los obispos italianos, animados por San Gregorio el Magno y los monjes del

monasterio de Bobbio, después, consiguieron que el Catolicismo terminase por dominar definitivamente toda la península (653).

Irlanda fue evangelizada por San Patricio, que organizó el monacato en esta isla, cubriéndola pronto de grandes monasterios, de donde partieron verdaderos apóstoles que evangelizaron otros países, como el abad San Crimtham (San Columbano *el Viejo*) que instruyó a Escocia en la fe cristiana. De Irlanda salieron San Columbano *el Joven* y San Gall, fundando monasterios aquí, en Suiza y en Italia. Los alemanes también recibieron la fe de los monjes irlandeses dirigidos primero por San Fridolín y después por otros conducidos por San Gall que se fijaron en Suiza. Turingia, Prusia y la actual Holanda fueron, asimismo, evangelizados por misioneros irlandeses.

La cristianización de Inglaterra comenzó a principios del siglo VII con la llegada del prior Agustín y 39 monjes benedictinos enviados por el Papa San Gregorio, y con ayuda de otros misioneros irlandeses y francos la "heptarquía" anglosajona fue ganada para el Catolicismo en el espacio de ochenta años. Con estas conversiones el Pontificado, por medio de la orden benedictina, tan sumisa a sus órdenes, extendió su influjo por estas islas y después por toda Europa.

De Bretaña salió más tarde (principios del siglo VIII) el gran misionero Winfrido o San Bonifacio, el apóstol de Alemania, con el que penetró la actividad benedictina cristianizadora en Alemania. En relación constante con Roma y ayudado por Carlos Martel comenzó su predicación por Frisia, de donde fue hecho obispo, continuando después por Sajonia, Turingia y Baviera, fundando también sedes y abadías que fueron grandes centros culturales. Más tarde sus discípulos continuaron su obra y desde la Germania cristianizada comenzaron a evangelizar los países nórdicos. Después los pueblos eslavos fueron cristianizados por la cooperación de Roma y Constantinopla, lo que motivó la rivalidad entre sus Iglesias. Los húngaros fueron convertidos por su apóstol San Esteban de acuerdo con Roma en los finales del siglo X.

El Pontificado y la organización del patrimonio de San Pedro.

El Papa fue en un principio obispo de Roma, elegido como todos los demás, y en ausencia del emperador se veía obligado a asumir la defensa de la ciudad, agrupándose en torno a su persona en los momentos de peligro el pueblo romano y las autoridades. Su prestigio y autoridad moral salvaron a Roma, impidiendo que fuese destruida en los ataques de los hunos y vándalos.

La Iglesia se organizó adaptándose perfectamente a la misma estructura política imperial; de esta forma, las *civitates* romanas tenían sus obispos, mientras las *provincias* eran gobernadas eclesiásticamente por los metropolitanos. La sede romana, por el prestigio de la capital tradicional y por haber sido fundada por San Pedro, tuvo desde el siglo III los honores de preeminencia entre todas las demás iglesias, pero trasladada la capitalidad política a Constantinopla, los emperadores acostumbrados a ser *Pontifex Maximus* intentaron suprimir esta supremacía espiritual de Roma. Convencidos los Papas de esta primacía y de la superior jurisdicción de la Iglesia de Roma sobre todas las demás, lo demostraron con diversos hechos. En 385 recordaba el papa Siricio a Himerio, obispo de Tarragona: "El apóstol Pedro en persona sobrevive en el obispado de Roma", pero la primacía de la Sede Romana brilla sin disputa, sobre todos con el clásico y romano ilustre San León el Grande (440-461), el cual, después de restaurar en parte la grandeza de la Ciudad Eterna, instituyó una legación romana permanente en la corte de Constantinopla para no perder el contacto con el inquieto Oriente, mientras que en sus palabras exponía el derecho que todo el mundo tenía "a recurrir a la sede del bienaventurado apóstol Pedro"; no obstante, y a pesar de sus enérgicas protestas, en un canon del Concilio de Calcedonia (451), se concedió al obispo de Constantinopla el derecho de ordenar a los metropolitanos de Oriente. Gelasio (492-496) reivindicó también el derecho de la preeminencia romana y defendió la "doctrina de los dos poderes" y, cuando el papa Símaco (498-514) fue depuesto, los obispos reunidos en el llamado Sínodo de la Palma, se declararon incompetentes para juzgarle y al ser autorizados por éste, fallaron a su favor en cuanto a los derechos temporales, pues en lo tocante a su autoridad espiritual sólo Dios podía hacerlo. Su sucesor, San Hormisdas (514-523), pudo tener la satisfacción de ver reconocida por el Oriente su supremacía doctrinal que contenía la confesión más explícita de la primacía y de la infalibilidad de la sede romana.

A pesar de seguir el Pontificado esta marcha ascendente, sufrió crisis violentas y pese a sus deseos de independencia del poder temporal cayó bajo la hegemonía de Justiniano, quien en un principio, en su deseo de conquistar el Occidente hizo alianza con el Papado, pero después, dueño ya de Italia, quiso imponer a éste los métodos de política religiosa que imperaban en Oriente; de esta manera fue depuesto y desterrado Siverio I, siendo substituido por Vigilio, candidato imperial, que después fue conducido a Constantinopla, donde con amenazas y promesas tuvo que doblegarse varias veces a las exigencias del emperador. Con estas violencias y arbitrariedades Bizancio intentó suplantar también a Roma en el terreno religioso, sin conseguir otra cosa que acentuar la anarquía y distanciarse espiritualmente aún más del Pontificado.

Abandonada definitivamente la política occidental de Justiniano por la necesidad de concentrar sus fuerzas ante el empuje de los persas y reducidos los dominios bizantinos en Italia por la invasión de los lombardos, Italia tiene que bastarse a sí misma y Roma hacer grandes esfuerzos para no caer en poder de los bárbaros y para que su sede no quede convertida en un obispado más ante la disgregación que representaban las iglesias nacionales y un monacato variadísimo de hecho también independiente.

En estos momentos críticos subió a la sede de San Pedro uno de los papas más ilustres, Gregorio I *el Magno* (590-604), que cambió la situación y señaló al Pontificado nuevos horizontes, levantando su prestigio y haciendo penetrar en el espíritu de todos la idea de que existe una jerarquía universal para todos los católicos. Romano, por su nacimiento, educación y dotes de gobierno, fue uno de los grandes papas del Medievo por su genio organizador y misionero y el lazo que unió la antigüedad cristiana con los tiempos medievales. De familia patricia, prefecto de Roma, después monje, luego legado pontificio en Constantinopla, Gregorio tuvo ocasión de poner a prueba sus dotes de administrador y diplomático antes de ser elevado al solio pontificio. Elegido por el voto unánime del Senado, del clero y del pueblo, no dejó por un momento de estar al servicio de la Iglesia. Como estadista procuró que aumentase la influencia del papa en los asuntos políticos de Roma y su ducado, sobreponiéndose a la aristocracia romana, dueña de la capital, consiguiendo que los lombardos no se apoderasen de la Italia central y sosteniendo relaciones de franca amistad con el patriarca de Alejandría, mientras ante el de Constantinopla, Juan el Ayunador, mantuvo con energía las preeminencias de la sede de Roma, a la vez que ejercía su jurisdicción suprema sobre las Iglesias de Italia, Galia, España y África. Como jefe de la Iglesia, aunque modestamente se hizo llamar *siervo de los siervos de Dios*, inspirado por el universalismo cristiano supo hacer valer la supremacía de su sede, hizo respetar la disciplina eclesiástica, reformó la liturgia, creó el canto, continuó la acción antiherética, impulsó la vida monástica y, en estrecha colaboración con los monjes benedictinos, se puso al frente del apostolado en Occidente; en una palabra, dio al mundo un perfecto modelo de gobierno eclesiástico, dejando al Pontificado en una situación moral y espiritual bien consolidada.

En esta soberanía espiritual cada vez más extendida y enraizada en la vida política de los hombres y de los pueblos, está la fuente y el origen del poder temporal y territorial del papado. Éste nació, no de la supuesta y legendaria donación de Constantino ni de los tratados que se hicieron con los reyes carolingios que más bien reconocieron y restituyeron al papa una soberanía que ya existía, sino de la

transformación paulatina de los bienes y latifundios que poseía la Iglesia (*Patrimonium Petri*) verificada durante los siglos V al VIII. Con la paz religiosa las propiedades de la Iglesia, que son bienes de Dios y de los pobres, aumentan, y Constantino no sólo le reconoce el derecho de poseer y recibir legados, sino que él mismo dota con posesiones del patrimonio imperial las basílicas de San Pedro y San Pablo, ejemplo que imitan otras personas acrecentando con sus donativos el *Patrimonium Petri* que bien administrado por la Iglesia convirtió a los papas en los más grandes terratenientes de Italia y en los proveedores y organizadores de las instituciones benéficas y de carácter social creadas en los territorios sujetos a su influencia.

San Gregorio I, llevado por el sentimiento vivo del deber social, fue el mejor organizador del patrimonio de San Pedro (latifundios de la Iglesia) conduciéndole a un alto grado de prosperidad. Durante su pontificado la Iglesia se convirtió en una especie de refugio amparándose en ello muchos huidos de los lombardos y en sus monasterios miles de religiosos, cuidando de su abastecimiento y organizando admirablemente la caridad. El patrimonio pontificio estaba dividido en varios núcleos (*massae*) a cuyo frente se encontraban los intendentes (*rectores*) que se cuidaban de su administración y de la recta aplicación de sus rentas destinadas a obras benéficas o religiosas. Éstos se encontraban bajo el control de unos inspectores (*defensores*) que en dependencia directa de los papas eran los ejecutores universales de sus órdenes. Las tierras eran explotadas mediante arrendamiento por unos colonos (*conductores massarum*) que tenían a su servicio numerosos esclavos que poco a poco fueron manumitidos. Unos y otros eran vigilados por unos seglares que recibían la tonsura en señal de sumisión y de dependencia de la Iglesia (tonsuradores).

Llevado San Gregorio por su amor a la justicia, a la libertad y a la caridad, ordenó que la mayor parte de las rentas que percibía del patrimonio fuesen dedicadas a la manumisión de esclavos, a rescatar prisioneros de guerra, a sostener monasterios pobres, a comprar la paz o una tregua a los bárbaros y a sostener instituciones sociales y benéficas.

Desde el siglo IV, la Iglesia había obtenido del Estado el privilegio de inmunidad, que eximía al clero de empleos municipales y de otras cargas personales; el fuero eclesiástico, que libertaba a los clérigos de la jurisdicción de los tribunales civiles; mientras sus templos alcanzaron el derecho de asilo y sus obispos un poder arbitral aun en litigios entre laicos.

El monacato y su difusión por Occidente.

La fuerza viva de la Iglesia en estas centurias delicadas la constituyeron los monjes, lo mismo en Occidente que en Oriente, donde nace, aunque aquí el monacato se desarrolló en forma desmesurada, interviniendo activa y tumultuosamente lo mismo en las decisiones conciliares que en política. Por el contrario, en Occidente, ya hemos visto el papel principal que desempeñaron los monjes en la evangelización de la Europa insular y central, sirviendo de eslabón de unión entre la Santa Sede y los pueblos germánicos. Igualmente, veremos más adelante, cómo fueron los que mejor supieron conservar los valores culturales corrompidos y amenazados por los futuros siglos de barbarie.

El antecedente de la vida monástica hay que buscarle en el espíritu de renunciamiento a los placeres de la vida, consubstancial con la formación cristiana primitiva, de los ascetas y anacoretas aislados que desde el siglo III dejaban las ciudades y se fijaban en las ruinas de templos abandonados y en parajes desiertos como en la Tebaida (valle del Nilo), donde movidos por las sentencias de Cristo y de los apóstoles, sobre la perfección, se consagraron a la virginidad y se dedicaron a la contemplación de Dios y a la práctica heroica de la mortificación y de las virtudes cristianas. El más antiguo de estos anacoretas o solitarios fue San Pablo el Ermitaño, que vivió en Egipto en una gruta cerca de una fuente y de una palmera que le proporcionaba alimento y vestido (+ 341); el más célebre fue San Antonio Abad (281-356), de familia noble, que repartió su cuantiosa fortuna entre los pobres, pasando la vida en oración en medio del desierto egipcio donde practica la vida de soledad (anacoretismo). A los veinte años de retiro recibió a los discípulos que a él acudían, los cuales se construyeron unas celdas para vivir bajo su magisterio espiritual; de esta forma se constituyó una asociación de anacoretas bajo el gobierno de San Antonio, siendo considerado por esto como el patriarca del monacato. Muchos solitarios, además de retirarse del mundo, se mortificaban todo lo posible para evitar las asechanzas de la carne y así no comían más que pan o hierbas, bebían sólo agua, se vestían con harapos, vivían en una tumba, ruina o caverna, y se procuraban dolores físicos. Simeón el Estilita vivió cuarenta y siete años subido en una columna del desierto sufriendo las inclemencias del tiempo, a veces sin cambiar de postura durante un día entero, y San Pacomio dormía de pie apoyado en la pared. Más tarde, con este asceta, nació la vida cenobítica, con la cual se completó el desarrollo de la vida monástica. La Asociación formada al lado de San Antonio solamente se había regido por su palabra y personal influjo; el monasterio fundado por San Pacomio (296-346), junto al Nilo, en los alrededores

de Tabennisi en la Tebaida, tuvo ya un orden estable al darle una regla dedicándose los monjes al trabajo manual y al estudio de la Biblia; pero este primer monaquismo, es, sobre todo, contemplativo. Apenas nacido el monacato se extendió rápidamente y el mismo Santo se vio precisado a levantar nuevos monasterios para albergar a millares de discípulos, muchos de los cuales se sometieron a la dirección del fundador, que estableció su residencia en el monasterio de Peboou. Esta forma de vida la introdujo Ammonio en las montañas de Nitria; Macario el Viejo en el desierto de Escitia; San Hilarión en Palestina, y al Asia Menor la trasplantó principalmente San Basilio (329-379) metropolitano de Cesárea y autor de dos Reglas de diferente extensión, en colaboración con San Gregorio Nacianceno. A él se debe la adaptación del monaquismo oriental a la mentalidad helenística y occidental.

Los monjes de esta primera época eran casi todos legos, pues sólo había algún clérigo para atender al culto divino; por lo general, se ocupaban de la oración y de trabajos manuales, los cuales vendían y con su producto atendían al sostenimiento del monasterio y al socorro de los pobres.

También se extendió mucho y con gran facilidad la vida monástica entre las mujeres vírgenes, que se obligaban con un voto a la vida ascética. Sus monasterios estuvieron al principio unidos o edificados en las cercanías de los de varones, pero en seguida se prohibió la fundación de estos monasterios dobles.

Pronto se acostumbró a entregar los niños (*oblati*) a los monasterios con obligación perpetua de seguir el estado monacal; después, San Gregorio Magno determinó que el ingreso se hiciese a los dieciocho años de edad. Para conservar a éstos y a los adultos (*conversi*) en su promesa de vida ascética, el Concilio de Calcedonia (451) puso a los monasterios bajo la inspección del obispo, sin cuya licencia ningún monje podía volver al mundo ni contraer matrimonio so pena de excomunión.

El monacato en Occidente se difunde más lentamente (a partir del 370), multiplicándose las iniciativas hasta el siglo VI sin una dirección bien definida. El de Oriente fue conocido por obra de San Atanasio, patriarca de Alejandría, con ocasión de su destierro en Occidente (hacia el 340), y, siguiendo el ejemplo de los monjes orientales, se crearon varias comunidades cristianas por Francia, España, Italia, norte de África, Irlanda, etc. En la Galia se desarrolló mucho y pronto el monacato. En el siglo IV existían ya eremitas y al final de esta centuria San Martín de Tours, antes de ser elegido obispo de esta ciudad, había fundado varios monasterios de tipo oriental en la Galia, como el de Marmoutier. En el siglo V se fundaron varios en el Mediodía y en Provenza, cerca de Niza, y en la isla de Lerins

fundó uno San Honorato (410) y más tarde Juan Casiano levantó el de San Víctor junto a Marsella. Todos los monasterios del sur de Francia fueron focos de cultura y de ellos salieron muchos obispos y misioneros importantes como San Hilario de Arlés y San Patricio y hombres de letras como San Casiano y San Vicente. En tiempo de los merovingios se distinguieron dos direcciones en la vida monástica: una eremítica muy austera y otra más débil y suave que acarreó cierta relajación en la vida de los monjes. Más tarde la regla irlandesa se trasplantó a este país con San Columbano, conservándose hasta fines del siglo VII, en cuyo tiempo comenzó a ser sustituida por la benedictina.

San Patricio, educado en el mediodía de Francia, prisionero y esclavo en Irlanda, evangelizó esta isla (432), poblada por celtas y único territorio de Occidente que se vio libre de invasiones germánicas, fundando una serie de monasterios como el famoso de Bangor (en el Ulster), que llegó a contar cerca de tres mil monjes, a los cuales dio una regla poco precisa, pues dejaba a la iniciativa del abad un margen considerable de atribuciones. Ésta imponía una obediencia y una sumisión ciega, así como un intenso trabajo corporal y espiritual y duras penitencias. En estos monasterios los austerísimos monjes irlandeses también se deleitaron en los clásicos de la antigüedad, copiándolos con gran cuidado e imitándolos en sus poesías religiosas. Más tarde, el abad irlandés San Columbano el Viejo, pisaba en Escocia (563), donde fundaba en la pequeña isla de Hy (Yona) un monasterio, y San Columbano el Joven, con su regla, pasaba de Irlanda a Francia, donde residió veinte años (590-610), durante los cuales fundó los monasterios de Anegrey, Fontaines y Luxeuil, que pronto se transformó en centro evangelizador de los países vecinos. Años después (614) se trasladó a Italia, donde erigió el célebre monasterio de Bobbio cerca de Piacencia.

A pesar de este fecundo movimiento monástico no había en Occidente un reglamento fijo y escrito como las reglas que San Basilio dio para Oriente. Aquí los monasterios eran autónomos y dependían del abad, gobernándose por una especie de regla o leyes muy diferentes, pues mientras unas eran excesivamente rigoristas, otras eran susceptibles de interpretaciones falsas y abusivas del espíritu religioso. Los grandes doctores de la Iglesia occidental, San Jerónimo y San Agustín, fueron los que formularon las primeras reglas a principios del siglo V; sin embargo, fue preciso que apareciera la figura providencial de San Benito para que el monacato alcanzara su plasmación perfecta. Así pues, la obra de unificación de estas energías dispersas la llevó a cabo San Benito de Nursia (hoy Norcia, en Sabina) (480-543) introduciendo una reforma saludable en la que reglamentó estrictamente la vida y ocupaciones de los monjes. Después de haber vivido algún tiempo en la soledad de una gruta de Subiaco como los antiguos anacoretas y de obtener la dirección del

vecino monasterio de Vicovaro, edificó en aquellos ásperos parajes veinte pequeños cenobios donde albergó los numerosos discípulos que acudían atraídos por la fama de sus virtudes y en los que ensayó los preliminares de su sabia regla monástica. Perturbada la paz en aquel lugar por la envidia de algunos clérigos, el Santo se retiró al monte de Casino (Montecassino) (529), situado en la Vía Latina junto a San Germano, donde construyó por fin el monasterio deseado que pronto se convirtió en la metrópoli de la orden benedictina. Allí, en su biblioteca, escribió para sus monjes una nueva regla detallada que con la recomendación y ayuda de papas y reyes fue poco a poco adoptada por todos los monasterios de Occidente. En esta regla del patriarca del monaquismo occidental, basada en parte en la de San Basilio, se da un gran paso en el cenobitismo, sin que por esto dejase de admitirse el ascetismo. En ella se estableció el voto de estabilidad, por la cual los monjes se obligaban a permanecer en el monasterio que elegían hasta su muerte. Previo noviciado de un año se ingresaba en la Orden y pasado éste se hacía firme el compromiso teniendo que renunciar a todo. La regla del fundador de Monte Casino (*Regula monachorum*), contenida en un prólogo y 73 capítulos, es más humana y más llevadera (reduce los excesivos ayunos y penitencias de los monjes orientales) y a la vez más amplia y práctica que las anteriores; se diferencia de la de San Basilio en que en la de San Benito no hay lugar para la pereza, pues impone a sus monjes la obligación de la oración, el trabajo corporal y el intelectual (*ora et labora*), convirtiéndose los monasterios en centros de cultura.

El abad con carácter vitalicio preside la comunidad formada por los monjes, a los cuales exigía un voto de obediencia al ingresar en el convento. Todos vivían en el monasterio, del que sólo podían salir con un permiso especial. Éste debía bastarse a sí mismo, teniendo campos espaciosos, ricos huertos y molinos. Asimismo contaba con claustro, iglesia, refectorio, dormitorio, biblioteca, hospital, hospedería, almacenes, establos, talleres, etc.

Antes de morir San Benito ya se habían fundado doce monasterios benedictinos; después, la expansión de la Orden fue rápida por toda Italia y cuando San Gregorio subió al solio pontificio sale de la península, extendiéndose la regla de San Benito y con ella la influencia del papado por casi toda Europa. De esta forma el monacato de Occidente se convirtió en una única y poderosa familia que vivió según el ideal de vida religiosa trazada por el santo de Nursia.

En España el monacato se remonta al siglo IV, citándose en el Concilio de Elvira (¿300-313?) las "vírgenes consagradas a Dios", y, a finales de esta centuria tenemos noticia de la virgen Egeria que escribió un curioso relato de su viaje a Tierra Santa para edificación de sus monjas, pero sólo adquirió un gran incremento en el VI a

partir de la conversión al Catolicismo de los visigodos (589). Los monasterios fueron abundantes, sobre todo en la región gallega, levantándose unas veces junto a las ciudades episcopales y otras en lugares deshabitados. La vida en ellos era muy austera y sus monjes guardaban los tres votos de obediencia, pobreza y castidad. El obispo de Dume o Braga, San Fructuoso, parece que fue el organizador del monacato en España, redactando dos reglas que dieron fijeza y uniformidad a las desordenadas y dispersas que entonces había. Las reglas de San Leandro y San Isidoro, seguramente, estuvieron basadas en la de San Agustín, y ni con éstos ni con el anterior, a pesar de ser posteriores a San Benito, no es probable que se introdujesen en la península las normas benedictinas. Fueron célebres los monasterios de Asanio (Huesca), Servitano (Játiva), Biclario (Béjar), San Román de Hornija, Samos, San Martín de Dumio, etc., y sus abades se les ve figurar frecuentemente al lado de los prelados en los concilios de la época.

Función social y moral de la Iglesia.

Con la cristianización de los Estados se abrió un amplio campo en el que cumplir su altísima misión de caridad y sacrificio. Su función de asistencia o auxilio social, con carácter exclusivo en estas centurias, se siguió efectuando a través de las instituciones benéficas de los monasterios (asilos, orfanatos, hospitales), destinando una gran parte de los bienes eclesiásticos al socorro de los pobres. Los obispos estaban obligados a proveer de alimentos y vestidos a los necesitados y el Concilio de Tours de 567 obligaba a cada ciudad a cuidar de sus pobres. Desde muy pronto la humanidad doliente tuvo establecimientos desconocidos en el mundo antiguo, en los que pudo curar sus enfermedades y aliviar sus miserias.

La esclavitud, aunque no se suprimió, sufrió un cambio por influencia de la Iglesia, que recomendó la manumisión como obra buena facilitándola legalmente. También se esforzó en suavizar la relación entre los esclavos y sus dueños, basándose en la idea cristiana moral de la igualdad de todos los hombres. La diferencia de clases no era reconocida y el esclavo gozaba de los mismos medios de gracia que el señor, y como él podía aspirar a las dignidades eclesiásticas.

La influencia cristiana se hizo también notar en el duro procedimiento judicial que ahora se transforma y se humaniza suprimiendo varios suplicios, dando trato más benigno a los presos, autorizando a los obispos para que les visiten y socorran (409 y 549) y concediendo el derecho de asilo a los edificios eclesiásticos. Entre los germánicos recién convertidos, a pesar de los esfuerzos de la Iglesia, quedaron muchas fantasías y usos supersticiosos por algún tiempo, si bien muchos de éstos

se revistieron de aspecto cristianos. Éstos, y los *juicios de Dios*, fueron duramente combatidos, pero hasta el siglo XIII no se inicia su decadencia.

El espíritu cristiano tuvo también su eficacia en orden a la conservación de la vida humana, excluyendo a los suicidas de la conmemoración en el Sacrificio y de la sepultura eclesiástica (563), condenando enérgicamente el aborto, la exposición de los niños y el infanticidio, que fue considerado como un delito; asimismo el Cristianismo enseñó en lo referente a la vida sexual una altísima moral procediendo contra el adulterio y todos los groseros vicios de la época.

Función cultural del Cristianismo.

Desde el siglo V toda la vida intelectual de Occidente se refugia en la Iglesia y eclesiásticos son todos los escritores de algún valor, salvo alguna rara excepción (Boecio). La Iglesia, recogiendo y atesorando los restos del saber, fue la salvadora de la cultura en la antigüedad y gracias a ella pudieron aparecer brotes de renacimiento en Occidente a partir del siglo IX. Los monasterios benedictinos, llamados a dirigir la vida cultural de Europa durante ocho siglos, surgieron por todas partes como focos de luz para restaurar, mantener y suscitar normas de cultura, para conservar y multiplicar los libros, para desarrollar las artes útiles, para mantener vivo el recuerdo de los oficios, para enseñar de nuevo el método de labrar las tierras, dando al mundo el espectáculo y el ejemplo de un eje de articulación sin el cual hubiese sobrevenido el caos. En sus *scriptoria* los monjes desde el amanecer sentados ante unos pupitres transcribían con cariño y paciencia en grandes hojas de pergamino, preparadas por ellos mismos, y en una lengua empobrecida y rústica, códices y fragmentos del saber clásico, los que a veces iluminaban con bellas iniciales de colores formadas por combinaciones de figuras y motivos florales.

Con el triunfo del Cristianismo comenzaron a desaparecer las escuelas de la antigüedad, y pasado un cierto tiempo, durante el cual no todos los clérigos sabían leer el Evangelio o el libro de rezos, comenzó una restauración lenta de la enseñanza por todo el mundo, pero ya no fue dada por los esclavos cultos, sino por los clérigos, únicas personas que entonces poseían instrucción. Estas escuelas son ahora cristianas y se establecen principalmente en iglesias y monasterios y en ellas como supervivencia de las siete *Artes liberales* se enseñan el *trivium* y el *quadrivium* después de conocidas las primeras letras.

En esta época la enseñanza la daba la Iglesia para la Iglesia, cada ciudad episcopal tenía su escuela dirigida por su obispo a través de un delegado, el *scholasticus*, que presidía a maestros y alumnos.

El florecimiento de estas escuelas episcopales tuvo lugar a partir del siglo VII, siendo centros culturales las de Sevilla, Toledo y Zaragoza en la España visigoda, las de Verona, Parma y Milán en la Italia lombarda y las de York y Cantorbery en la Inglaterra anglosajona. Las escuelas monásticas fueron al principio más importantes, siendo célebres las de los monasterios de las Galias (San Víctor de Marsella y Luxeuil), Irlanda (Bangor), Escocia (Hy), Alemania (San Gall), Italia (Bobbio), etc. En esta península las antiguas escuelas imperiales no llegaron a desaparecer y en la corte lombarda también las hubo palatinas, destacando entre ellas la de Pavía.

La literatura tiene un carácter enciclopédico y de síntesis falto de originalidad. En el siglo IV, al triunfar el Cristianismo, las grandes controversias teológicas promovieron una gran actividad intelectual, comenzando para la ciencia patristica una era de florecimiento. La necesidad de defender la fe contra las innovaciones peligrosas dio a esta literatura un carácter principalmente dogmático y polémico.

Un escritor griego importante fue el monje Leoncio de Bizancio, celoso impugnador del nestorianismo y del eutiquianismo en su obra *Adversus Nestorianos et Eutychianos*. Contemporáneo de éste parece que fue Romano, el más importante poeta de la Iglesia griega. Del siglo VII es el *Chronicon Paschale*, una de las más ricas crónicas antiguas cristianas compuesta bajo el emperador Heraclio.

Entre los escritores latinos de estas dos centurias ocupan un lugar destacado el obispo San Fulgencio (m. 533), gran teólogo, defensor de la doctrina de San Agustín sobre la gracia y celoso impugnador de los arrianos, que escribió numerosos escritos dogmático-polémicos, y el pontífice San Gregorio Magno (m. 604), uno de los cuatro grandes Doctores de Occidente, aunque literariamente hablando, su producción no tiene la amplitud, elegancia de estilo, claridad y magnitud que la de los otros tres Padres de la Iglesia (los santos Ambrosio, Agustín y Jerónimo) .

En las artes plásticas se van borrando los principios de la estética grecorromana para dar paso a nuevos ideales. Con el Cristianismo dejan de esculpirse estatuas de divinidades paganas, cesa el desnudo en el arte y tampoco se labran imágenes cristianas; solamente bustos imperiales estereotipados con rigidez oriental y algunos bajorrelieves de trazos rígidos y esquemáticos. La escultura exenta desaparece y pasa al servicio de la arquitectura. Este declinar del arte se debe a la crisis económica que reduce la demanda, a la imitación constante de las obras maestras que mata toda iniciativa, al adocenamiento de los artistas y a la instalación de los pueblos germánicos que traen gustos nuevos y otros ideales estéticos.

BIBLIOGRAFÍA

M. Duchesne: *L'Église au VIIIe siècle*, París, 1925. - A. Fliche y V. Martin: *Histoire de l'Église*, dirigida por. Interesan para este período, vol. 3.º: *De la paix constantinienne a la mort de Theodose*, por Palanque, Bardy, Brehier y Plinval; el 4.º: *De la mort de Theodose a l'éllection de Gregoire le Grand*; el 5.º: *Gregoire le Grand, les États barbares et la conquête arabe (590-757)* y 6.º: *L'époque carolingienne*, por E. Amann (1947). - Daniel-Rops: *L'Église des temps barbares*, París, 1950; del mismo: *L'Église de la Cathédrale et de la Croisade*, París, 1952. (Hay versión española, Barcelona, 1956.) - B. Llorca: *Manual de Historia de la Iglesia*, Barcelona, 1942, ampliado en *Historia de la Iglesia Católica*, t. I y II, Madrid, 1950-53. - L. Homo: *De la Rome païenne a la Rome Chrétienne*, París, 1950. - H. Rahner: *Libertad de la Iglesia de Occidente*, Buenos Aires, 1948. - L. von Pastor: *Geschichte der Päpste seit dem Ausgong des Mittelalters*, 16 vols. en 22 tomos (1933). Hay traducción española, 22 vols., Barcelona, 1941. - Aragonés Virgili: *Historia del Pontificado*, 3 vols., Barcelona, 1945. - Saba-Castiglioni: *Historia de los Papas*. (Versión española, 2 vols., Barcelona, 1948.) - Hefele-Leclercq: *Histoire des Conciles*, versión francesa en 16 tomos, París, 1907-1930 y 1938. - Tixeront: *Histoire des dogmas*, 3 vols., 11 ed., París, 1930. - G. Ambroise: *Les moins au moyen age. Leur influence intellectuelle et politique en France*, París, 1946. - E. Maire: *Histoire des Instituts religieux et missionnaires*, París, 1930.- J. Pérez de Urbel: *Los monjes españoles en la Edad Media*, Madrid, 1933-1934, dos vols.; del mismo: *Historia de la Orden Benedictina*, Madrid, 1941. - Cabrol: *Saint Benoit*, París, 1933. - Berliere: *L'Ordre monastique des origines au XIIIe siècle*, París, 1921. - Pío María de Mondreganes: *Bibliografía Gen. Misionología. Manual de Misionología*, 2ª ed., Madrid, 1942. - P. Batifoll: *Saint Grégoire le Grand*, París, 1928. - R. Dragnet: *Les Peres du Desert*, París, 1949. - Cauwenbergh: *Étude sur les moines d'Égypte (451-460)*, Lovaina, 1914.- J. P. Massanet: *San Antonio Abad, el Grande*, Buenos Aires, 1948. - Vizmanos: *Las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva*, Madrid, 1949. - Marron: *Saint-Agustin et le fin de la culture antique*, 2 vols., París, 1949. - García Villada: *Historia eclesiástica de España*, 3 vols., Madrid, 1929-1936. - G. Schnürer: *La Iglesia y la civilización occidental en la Edad Media*, Madrid, 1955 (siglos V al XI).- J. Chélini: *Histoire religieuse de l'Occident médiéval*, París, 1968. - R. Morghen: *Medioevo cristiano*, Bari, 1970. - M. Riu: *Historia del Cristianismo*, Barcelona, 1967. Y. Congar: *L'Ecclésiologie du haut Moyen-Âge*, París, 1968.

DECADENCIA DE LA IGLESIA, SU REFORMA Y APOGEO HASTA INOCENCIO III

La Iglesia feudalizada.

Ya hemos visto cómo también la Iglesia, al poseer feudos, se encontró unida estrechamente a las concepciones feudales, si bien sus bienes territoriales, desde una época anterior a las invasiones, ya eran defendidos por la inmunidad, recurso típico del régimen feudal. Junto a la función religiosa, obispos, abades y simples clérigos, tienen que administrar una serie de bienes materiales que van unidos a sus cargos. Insensiblemente el alto clero se mezcla en los negocios públicos, entrando en la organización feudal y asimilándose a la alta nobleza. La coexistencia del Pontificado y del Imperio fue algo esencial durante los tiempos medios y al vivir la Iglesia en contacto con los poderes civiles sufrió la presión del Estado y su clero se contaminó con el mundo material del sistema feudal, pero también chocó con el régimen feudal por ser esencialmente pacifista, universalista e individualista; de aquí que los eclesiásticos pudiesen llegar a dignificar la misión de la caballería, convirtiéndola, al menos en teoría, en un ejército cristiano que había de luchar por nobles ideales, e imponer, en el transcurso del siglo XI, la paz y tregua de Dios. No obstante, la Iglesia, al mismo tiempo que influyó en el feudalismo, se vio influida por el ambiente feudal, no sólo porque sus dignidades al poseer feudos tenían deberes feudales, sino también porque al disponer los señores de la investidura influían notablemente en la elección de obispos y abades, ya que el cargo eclesiástico (*beneficio*) se llegó a considerar por éstos como algo accesorio al feudo. Anteriormente, los obispos se designaban por elección del clero y del pueblo, con el beneplácito del príncipe, pero en los siglos IX y X es ya frecuente que la designación se haga directamente por el rey, sin contar con los electores. A ejemplo de los reyes, pronto los grandes señores feudales se arrogarán el mismo derecho. Como consecuencia de esta forma de investir sin intervención de la Iglesia, muchos segundones de familias nobles, con más ambición material que vocación religiosa, escalaron las altas jerarquías eclesiásticas para gozar de sus bienes y rentas, continuando su vida como otro laico cualquiera con mujer (*Donna episcopissa*) e hijos legítimos y bastardos. La vida de estos obispos y abades sin sentimientos religiosos, tan en desacuerdo con los preceptos eclesiásticos, se llamó *nicolaísmo* y la compra al señor de la investidura o dignidad eclesiástica, *simonía*; ambas prácticas fueron de uso corriente durante los siglos X y XI, sobre todo en Alemania, donde la Iglesia estaba más enfeudalizada y corrompida.

El Papado durante el siglo X y la intromisión imperial.

El Pontificado, ya decadente desde el siglo IX, sufre durante la centuria siguiente (siglo de hierro de la Iglesia) una fuerte crisis por la intromisión de la aristocracia romana y de los emperadores en las elecciones pontificias (Pontificados de *Formoso*, enemigo de Lamberto de Espoleto, que consiguió de su sucesor Esteban VI que fuese desenterrado su cadáver para celebrar un juicio macabro, de Sergio III, Juan XI, Juan XII, León VIII, Juan XIII, Bonifacio Franco (VII) y Juan XIV). En este siglo de postración, sin igual en la historia, el Papado cae primero en manos de las familias nobles italianas de los Teodoras y Marozia, y después en la imperial de los Otónidas. Alberico de Espoleto, hijo de Marozia, como Juan XI, al que mantuvo en una especie de prisión, tomó el título de príncipe y senador de los romanos y gobernó la ciudad con mano dura hasta su muerte (954). Los cuatro sucesores de Juan XI, fueron hechura suya y los tuvo sometidos. Antes de morir preparó la elección de su hijo Octaviano, que, con el nombre de Juan XII, subió a la Sede Pontificia (955-964). Joven altanero de dieciocho años, corrompido y amigo de todos los vicios, condujo al Papado a su mayor descrédito. Por su carácter veleidoso e inconstante, pronto chocó con Berengario de Friul y, aunque coronó a Otón I, más tarde fue depuesto por éste por sus "sacrilegios y corrupción de costumbres". A León VIII, elegido por el emperador, le sucedió Juan XIII, que estuvo bajo la influencia de los *Crescencios*, descendientes de los Teodoras, con el que se inicia la intromisión de esta noble familia; no obstante, el hecho de que la Iglesia como institución, conservara incólume el depósito de la fe, perviviendo su misión y su esencia, a pesar de tantas miserias y del relajamiento de algunos individuos, es una de las pruebas más contundentes del carácter divino de la Iglesia católica.

La jerarquía eclesiástica y todo lo que con ella se relaciona siguió su desarrollo normal, si bien sufrió las consecuencias de la crisis. El Romano Pontífice continuó ejerciendo, con más o menos amplitud, la primacía, a pesar de las duras pruebas por las que atravesó, si bien durante este tiempo se separó definitivamente de su obediencia la Iglesia oriental. Los papas poco a poco se fueron rodeando de un grupo de eclesiásticos que, por sus ocupaciones, constituían el *cardo* o quicio de la organización eclesiástica. A éstos se les fue dando el título de *cardenales*, formando un primer grupo el *presbiterium* o los veinticinco sacerdotes titulares de otras tantas parroquias básicas de Roma (*cardenales-presbíteros*); después venían los que servían las dieciocho diaconías de la Ciudad Eterna (*cardenales-diáconos*), y en un tercer grupo formado por los obispos de las siete diócesis de los contornos de la capital. El cardenal archidiacono fue la mano derecha del Papa. Desde el siglo IX

todos los cardenales fueron considerados como el consejo oficial del Pontífice y desde el año 1059 con Nicolás II recibieron el derecho exclusivo de su elección. Desde 1049 con León IX, convencido cluniacense, hasta Alejandro II (1061-1073), se llevó a cabo el primer período de restauración de la Iglesia, volviendo a dar carácter ecuménico a la Santa Sede, persiguiendo el nicolaísmo y simonía y estableciendo la elección de los papas por el Colegio de cardenales. Así pudo la Iglesia enarbolar su bandera de independencia y escindir el proceso de integración feudal en que había caído.

A pesar de la opresión y de la subida al Pontificado de personas poco dignas, la Iglesia, tradicional monopolizadora de la cultura, conservó su prestigio y su fuerza moral, apareciendo como el poder directo y moderador de la Europa desquiciada por el feudalismo. También el Papa fue aumentando en conjunto su prestigio lentamente hasta llegar en la segunda mitad del siglo XI a una altura no alcanzada hasta entonces. Hombres de gran energía y sabiduría, con una clara visión de Europa, restablecieron la disciplina en la Iglesia y consolidaron la idea de Estado frente al desmembramiento y anarquía política, pero antes de prestar este servicio a la causa europea, la Iglesia hubo de organizarse y reformarse a sí misma para estar en condiciones de poder hacerlo.

Decadencia del monacato y primeros conatos de reforma.

El desorden y la falta de disciplina eclesiástica de fines del siglo IX sobre todo durante el X arrastró también a los numerosos monasterios que hasta ahora habían ido a la cabeza de la civilización. La decadencia de la vida monacal puede atribuirse a las riquezas que acumularon parte de ellos, a las ingerencias de los señores feudales laicos al reivindicar la jurisdicción sobre los conventos situados en sus dominios y a que los carolingios dieron también las abadías a legos sin ninguna vocación religiosa, que con sus familias y guerreros habitaron los monasterios. No obstante, el relajamiento en el clero regular no fue tan general como en el secular y nunca faltaron monasterios observantes como los de Corbie, Fulda, Bobbio y Montecassino; por esto, de los cenobios salieron reformadores providenciales que intentaron llevar a cabo la ansiada reforma.

El movimiento de reforma se produjo en diferentes etapas, influyendo tanto en la vida y costumbres del clero secular y regular como en la liberación de la Iglesia de la tutela que sobre ella ejercieron los poderes temporales. Los reformadores surgieron de diferentes puntos, pero la reforma de la vida monástica no se realizó de una vez. El abad San Benito de Aniane (816-817), español de origen, fue uno de

los primeros y más notables, contribuyendo activamente a redactar unos códigos de reforma (*Capitulare Monacorum* y el *Codex regularum*) que sirvieron de base a varios monasterios; después, los monjes de las abadías lorenasas y los patarinos de Italia, preconizaron y practicaron ideas reformistas; asimismo en las tierras fronterizas entre Alemania y Francia, en donde se mezclan las culturas latina y germánica, y en la Lotaringia brotan también de nuevo el monasticismo y sus reformadores hacen grandes esfuerzos, aunque en vano, por revivir un rígido ascetismo y por retornar a la letra de la regla de San Benito.

La reforma cluniacense, la más profunda y extensa y de más vastas consecuencias, hizo factible la reforma en general, no reduciéndose su influjo a los claustros monacales, sino que además abarcó al Pontificado y a toda la vida eclesiástica. La famosa abadía de Cluny fue fundada en el Maçonnais (Borgoña) por el duque Guillermo de Aquitania en el año 910, y según la carta fundacional debía quedar exento de toda jurisdicción civil y episcopal, para depender directamente de la Santa Sede, propugnando también la reforma de la economía y de la administración monástica. El abad Bernon o Berno, gran entusiasta de la regla benedictina, después de trabajar por la reforma de otros monasterios, tomó la dirección de éste recién creado de Cluny (911) imponiendo con todo rigor la regla de San Benito, combatiendo la apatía, la tolerancia de cada uno consigo mismo y el aislamiento y aconsejando el ascetismo y la estricta obediencia. Desde un principio esta comunidad, que lo era todo, obtuvo de los Papas, de quien dependía directamente, la exención completa de la autoridad de los obispos y de los señores laicos; de esta forma pudieron elegir sus abades sin la ingerencia señorial, lo que favoreció su desarrollo. El segundo abad, Odón (926-942), dedicó todo su celo y sus extraordinarias dotes a hacer vivir las reglas, los votos, la clausura y los oficios litúrgicos (*opus Dei*). Con este abad la orden fue tomada como modelo en todo Occidente, inaugurándose el período de conquistas por Francia, Italia, España, etc., convirtiéndose Cluny en una congregación de monasterios (cerca de 200), ya que los nuevos y asimilados que solicitaron su admisión quedaron sujetos a su obediencia, pues a los ya existentes se les enviaba unos cuantos monjes iniciados en la reforma, mientras los de nueva fundación recibían sus superiores de la Orden. Por encima de todos se hallaba el abad de Cluny, que nombraba los priores e inspeccionaba en continuas peregrinaciones los monasterios filiales; éste se aconsejaba periódicamente de la Congregación general formada por todos los priores. Durante dos siglos los "monjes negros" cluniacenses tuvieron una serie de abades admirables por sus virtudes y singulares aptitudes, con los que aumentó el prestigio y el poder de la Orden, llegando a su apogeo con el abad San Hugón (1049-1109), en cuyo tiempo contó la congregación con unos dos mil monasterios esparcidos por toda Europa. Lorena, con sus abadías de Erogue y Lobbes, fue tierra

de elección para la Orden y por Alemania, norte de Italia y Francia se esparcieron colonias de monjes fervorosos que contribuyeron a la roturación de las tierras y a la implantación de una mejor disciplina social.

En España la vida monástica con la invasión musulmana había quedado casi aniquilada, pero a los pocos años de comenzar la reconquista cristiana la vida monacal adquirió un desarrollo extraordinario, rigiéndose sus monasterios por la regla de San Fructuoso, primero, y después (siglo XI) por la de San Benito (Sahagún, Cardeña, Silos, Leyre, San Juan de la Peña, Ripoll, etc.). El monje Paterno, después de pasar un poco tiempo en Cluny, introdujo la reforma cluniacense en su monasterio de San Juan de la Peña, de donde fue abad; más tarde, invitado por el rey Sancho el Mayor de Navarra, colaborador eficaz de la reforma en España, fue al monasterio doble de Oña, donde implantó con todo rigor la reforma. Fernando I la estableció en Castilla, y en Cataluña muchas fundaciones fueron puestas bajo la dependencia de Moissac que representaba a Cluny en el mediodía francés. En la Península Ibérica llegaban en el siglo XII los monasterios reformados a unos ciento treinta, entre los que sobresalían el de Sahagún, el Cluny español, y el de Ripoll en tiempo del abad Oliva.

Este renacimiento del monasticismo representó la restauración del pensamiento religioso. Las casas de la Orden, animadas de un mismo espíritu, focos de cultura y de estudios teológicos y con una misma disciplina, fueron centros de los que partió el impulso para la reforma eclesiástica. Ellos fueron las que reformaron la doctrina de la monarquía universal de los papas, sus monjes se convirtieron en los mayores propagandistas y campeones de la supremacía del Pontífice Romano en la Iglesia y de su total independencia y entre ellos salieron los grandes portavoces de la reforma como el monje Hildebrando (Gregorio VII).

Al mismo espíritu reformador sirvieron otras órdenes nuevas fundadas en Italia que contribuyeron mucho a levantar su espíritu religioso. A principios del siglo XI (1012) el abad San Romualdo, después de hacer vida de ermitaño fundó el convento de Campo Maldolo (*Camaldoli*) que siguió la regla benedictina, pero acomodada a la disciplina eremítica. Innovación de los camaldulenses fue el silencio absoluto y el hábito de lana blanca. Más contemplativa fue la vida de los monjes de Valleumbrosa, del monasterio de este nombre, fundado por San Juan Gualberto en las cercanías de Florencia. Aunque ambas órdenes religiosas llegaron a tener varias casas, no llegaron a ejercer ni la mitad de la influencia que la prestigiosa de Cluny. Otras corrientes reformistas partieron también de Italia y de Lorena representadas por San Pedro Damiano, que creía posible la reforma en colaboración con el poder temporal, y por el cardenal Humberto que preconizó la independencia absoluta de

la Iglesia.

La querrela de las investiduras y la teocracia pontificia.

Ya vimos cómo desde hacía tiempo las altas dignidades eclesiásticas, por la íntima unión entre la Iglesia y el Estado, habían obtenido una gran significación pública, desempeñando al mismo tiempo cargos civiles de importancia, lo que trajo, por esta dependencia, gravísimas consecuencias. Además de la simonía y del matrimonio de los eclesiásticos, la elección anticanónica para los oficios por los laicos se había hecho casi general a fines del primer milenio. En el mundo feudal los párrocos habían venido a ser nombrados por el señor laico de la tierra, de quien recibían el cargo como un beneficio, y los obispos y abades por el rey o señor feudal de quien dependía el obispado y la abadía o al menos sus tierras como feudo, fundándose en el acto de la investidura laica por el que el soberano les entregaba el báculo y el anillo (*báculo et anulo*). Con esta elección anticanónica hecha por el rey o el señor atendiendo a razones seculares, aunque era conveniente para los intereses del Estado, puesto que los obispos gobernaban un territorio equivalente a un condado feudal, fue funesta para la Iglesia, porque se hizo a espaldas de ella y sin intervención del metropolitano y del Papa.

Los primeros pasos hacia la reforma los dio el piadoso e instruido monarca Enrique III, campeón de la reforma cluniacense, el cual entró en contacto con los monjes de Cluny y confió los más altos cargos de la Iglesia a los partidarios de la reforma. Como Papa, vimos que eligió un reformista auténtico, su pariente León IX (1049-1054), que no aceptó el alto cargo hasta la celebración posterior de una elección canónica. Con éste, la idea cluniacense de independencia del poder secular fue trasladada a la sede romana, idea que, impregnada de universalismo, fue adquiriendo fuerza hasta mantener y exigir la superioridad papal sobre todos los reinos profanos, incluso sobre el Imperio. León IX, con su infatigable actividad, se dedicó a depurar la Iglesia de sus miembros indignos y simoníacos, reuniendo en todas partes sínodos e interviniendo constantemente en las relaciones eclesiásticas según las normas canónicas. Este Papa lorenés fue el fundador de la monarquía eclesiástica pontificia y al mismo tiempo le dio un carácter internacional respondiendo a sus tendencias universales, nombrando extranjeros reformistas para el cardenalato y enviando cardenales legados para asegurar el control de las provincias. En su corte se encuentran por primera vez las grandes figuras de las futuras luchas como el toscano Hildebrando, el ambicioso Hugo el Blanco y sobre todo el fraile cardenal lorenés Humberto de Silva Candida, hombre rígido y resuelto en sus exigencias, verdadero campeón de la escuela reformista de su patria, el cual impugna el derecho de los laicos a intervenir en los asuntos de la Iglesia.

A la muerte de Enrique III (1056) y durante la minoridad de Enrique IV, la curia pontificia recuperó la libertad de movimientos de que había carecido hasta entonces y pudo prescindir del Imperio para elevar a la Silla de San Pedro a sus mejores candidatos, así los cardenales, en una resolución Fudaz, nombraron Papa (Esteban IX), sin consideración al gobierno y derecho imperial, y a pesar de las protestas y tumultos se mantuvieron firmes y eligieron después al florentino Nicolás II (1058-1061), con el que se dio un importante paso para la liberación del Pontificado, promulgando un famoso decreto conciliar (1059) por el cual la propuesta de candidato a la sede pontificia incumbiría a los obispos cardenales y la aceptación o no aceptación a todo el Colegio cardenalicio, no quedando al resto del clero y al pueblo romano más que un derecho puramente formal de asentimiento. El patriarcado del emperador no fue tenido en cuenta y sólo se reservó al joven Enrique IV un vago derecho de confirmación. En este mismo sínodo lateranense, siguiendo las ideas expuestas por el cardenal Humberto, se prohibió a los clérigos y sacerdotes recibir iglesias de manos de seculares. Un nuevo intento de elección de la nobleza romana fracasó y canónicamente fue elegido el obispo de Luca, Alejandro II (1061-1073) sin tener en cuenta el derecho imperial, gracias a la rapidez con que obró Hildebrando, indiscutido jefe de la política curial y gran campeón de la lucha por la hegemonía de la Iglesia.

En tanto, la reforma general de la Iglesia avanzaba, contribuyendo a ello la mayor austeridad de los Papas y las mejores costumbres del clero. Para sujetar enérgicamente a éste, se acudió al método de prohibir a los simples laicos de oír Misa y de recibir los Sacramentos de un sacerdote casado, lo que llevó a colocar a los seculares al lado de los reformadores, factor importante en la lucha que se avecinaba entre el Pontificado y el Imperio.

El choque entre el Imperio y el Papado: Gregorio VII.

Al día siguiente de morir Alejandro II, fue proclamado por el pueblo el cluniacense Hildebrando, primera dignidad del Sacro Colegio como archidiacono, que tomó el nombre de Gregorio VII (1073-1085). Débil de cuerpo, pero de una fe ardiente y de una energía extraordinaria, estaba imbuido del espíritu de la Reforma, siendo el alma de ella, poniendo a su servicio su voluntad férrea, su espíritu combativo, su genio de mando y una singular habilidad diplomática.

Gregorio VII prosiguió la obra emprendida por sus antecesores en la lucha contra la simonía y la incontinencia del clero (proclama el celibato) y por la independencia del poder eclesiástico, pero en unión íntima con los poderes civiles para hacer

cumplir la ley a todos, ideal que sólo podría realizarse imponiendo la supremacía papal sobre el poder de los príncipes y sobre los señores feudales. El pontífice había de ser un monarca centralista y absoluto de la Iglesia, y como representante de Dios en la Tierra, tenía además que gobernar a los reyes, cuyo poder temporal debía quedar bajo el espiritual superior de los Papas (*Dictatus Papae* de 1075). El poder espiritual es como el Sol, que da luz, y el temporal como la Luna, que la recibe. Gregorio VII, aprovechándose de favorables circunstancias políticas, anarquía feudal en Francia, dificultades en la Alemania de Enrique IV, comenzó a desplegar mayor energía temporal en Italia aliándose con los normandos de Sicilia y con la soberana de Toscana, Matilde, de la cual era su director espiritual. En el sínodo de 1074 sanciona la imposición del celibato a los clérigos y promulga severas disposiciones contra el nicolaísmo, simonía y concubinato, poniendo por medio de legados una gran energía en su ejecución. Las dificultades que encontró no le arredraron y en otro sínodo (1075) excomulgó a cinco consejeros reales, depuso a algunos arzobispos y obispos y lanzó censuras contra otros preladados. En este mismo concilio prohibió bajo pena de excomunión la investidura laica y la simonía fue calificada de herejía.

Enrique IV, que ante los desórdenes de Sajonia había confesado sus abusos contra la Iglesia y había prometido al Papa enmienda, ahora victorioso de los sajones (Hamburgo, 1075) cambia de proceder y sin hacer caso de las disposiciones pontificias, siguió obrando simoníacamente y nombrando preladados por su cuenta, como ocurrió en el arzobispado de Milán sin encontrarse éste vacante. El Papa le envió legados, el emperador se negó a obedecerle a pesar de la amenaza de la excomunión y deposición y de esta irreductibilidad comenzó la lucha entre el *regnum* y el *sacerdotium*. Enrique IV, que tenía a su favor la mayor parte del clero alemán, le convocó a una asamblea y en ella declaró indigno al Papa y le depuso (Sínodo de Worms, 1076); además, dirigió un escrito insultante a "Hildebrando, que ya no es Papa, sino falso monje". Este paso fue de graves consecuencias, pues Gregorio VII, en el sínodo cuaresmal de 1076, le contestó publicando la excomunión y en consecuencia la deposición del emperador, desligando a todos sus súbditos del juramento de fidelidad, lo que le quitó muchos de sus partidarios. Los tiempos en los que los emperadores podían fácilmente deponer a los papas habían pasado y la excomunión era un arma espiritual eficazísima. Aun cuando al fin de esta medida era forzar al emperador a entrar en los planes reformistas de la Iglesia, los efectos fueron más trascendentales, abandonándole muchos de sus partidarios, mientras los sajones se levantaban de nuevo. En la dieta de Tribur (1076) se sometió a las exigencias de los grandes del reino, teniendo que reconocer a Gregorio VII como papa y siendo amenazado con la deposición si no era absuelto de la excomunión en el plazo de un año.

Enrique IV escribió a Gregorio VII la famosa carta *Promissio*, en la que se arrepentía y le daba satisfacción por las injurias inferidas, comprometiéndose a cumplir cualquier clase de penitencia que quisiese imponerle. Se invitó al papa a la dieta de Augsburg, donde se solventarían las diferencias, pero Enrique, decidido a humillarse para obtener el perdón, se adelantó y en pleno invierno atravesó los Alpes presentándose ante el castillo de Canosa, perteneciente a la condesa Matilde de Toscana, mujer de ánimo viril e intrépida luchadora, que era dueña del feudo más vasto y poderoso que Enrique IV tenía en Italia. De esta poderosa aliada pontificia era huésped Gregorio VII y después de tres días de penitencia ante la fortaleza, el papa, a ruegos de Matilde y del abad de Cluny, Hugo, le recibió y le admitió de nuevo en el seno de la Iglesia, después de hacer el emperador toda suerte de promesas (enero de 1077).

El papado triunfaba por el momento y la teocracia parecía iniciarse como nuevo régimen en Europa, pero en realidad en el acto de Canosa el astuto emperador, aprovechándose de la bondad del papa, había torcido su brazo y quebrantado la unión de los principales apoyos que éste tenía en Alemania. Descontentos algunos nobles alemanes por este cambio, no admitieron a Enrique y eligieron a Rodolfo de Suabia, acudiendo ambos partidos al papa en busca de apoyo; éste intentó permanecer neutral, pero Enrique, con su ejército, venció a su rival (1078 y 1080) y exigió con amenazas la excomunión de éste y su reconocimiento, persistiendo en no renunciar a la investidura laica; ante esta conducta, el Papa le excomulgó de nuevo (1080) y reconoció a Rodolfo, pero en esta ocasión sus victorias militares anularon la excomunión y ante la oleada antigregoriana que se levantó en toda Alemania, el emperador depuso solemnemente al Papa en el falso sínodo de Brixen, eligiendo en su lugar al antipapa Clemente III (arzobispo excomulgado de Rávena) y vencido y muerto Rodolfo (batalla de Molsen), ambos entran en Italia y, ante la resistencia de los romanos, Clemente III le corona en una tienda de campaña durante el sitio de Roma (1083). Al año siguiente entraron en la capital al asalto y Gregorio VII se refugió en el castillo de Sant' Angelo, donde resistió hasta que fue liberado dos meses después por Roberto Guiscardo, duque de los normandos, que a cambio de reconocer sus conquistas, se acababa de hacer su feudatario, pero los excesos de sus tropas en el saqueo de Roma le restaron partidarios, teniendo que retirarse con ellas a Salerno, donde murió al poco tiempo (1085). Aunque a primera vista parecía que moría en completa derrota, ya que fracasa su tentativa de subordinar la Iglesia y el Imperio a la autoridad absoluta del Papa, su labor de reforma fue fecunda ganando terreno en la cuestión de la investidura, en la depuración de la Iglesia y en la doctrina del origen divino del poder imperial.

Fin de la lucha y Concordato de Worms.

Al morir Gregorio VII, reyes y señores feudales creyeron haber ganado la partida, notándose en todo Occidente un retroceso religioso antirreformista, pero éste fue pasajero, pues el papa había dejado tras sí un ejército de hombres defensores de sus ideas, y pasados tres años subía al solio pontificio Urbano II (1088-1099), antiguo abad de Cluny, y decidido partidario de las reformas gregorianas que preparó el desquite formando un partido adicto en el sur de Alemania y norte de Italia (güelfo) y más tarde la Liga de las ciudades lombardas. Ganó para su causa a los normandos de las Dos Sicilias, las ciudades lombardas y la condesa Matilde de Toscana, a quien casó con Güelfo de Baviera, enemigo también del emperador. Continuó la lucha con una actitud más conciliadora por la reforma eclesiástica en una serie de sínodos como los de Piacenza y Clermont (1095) y en la gran asamblea de Letrán que reforzaron la posición papal y le dieron un gran prestigio, mientras la hegemonía del emperador declinaba. Enrique IV, aislado de todos, tuvo que regresar a su patria humillado y traicionado, pero Urbano II, a pesar de concertar varios convenios y de la corriente partidaria de resolver por acuerdos la querrela de las investiduras, dirigida por el gran canonista Ivo de Chartres, tuvo que luchar con Enrique IV hasta que abdicó por continuar este emperador practicando la investidura prohibida.

Su sucesor, el francés Pascual II de la Orden de Valleumbrosa (1099-1118), aunque reformador y voluntarioso, fue poco enérgico y consecuente. Enrique V (1106-25) entró en Italia y obligó al papa prisionero a que le confirmara en su derecho a investir obispos y abades (Tratado de Sutri, 1111). Vencido más tarde por los nobles partidarios del pontífice, éste revocó el anterior privilegio y renovó los decretos gregorianos excomulgándole. Por fin, acortando distancias, el papa Calixto II (1119-1124), tras muchas negociaciones, llegó a una solución con Enrique V en el *Concordato de Worms* (1122) y *Edictum Calixtinum*, que sustancialmente habían ya aceptado Francia e Inglaterra, basándose en la distinción que establecían los juristas franceses entre investidura temporal (bienes seculares cedidos en feudo) y la canónica (dignidades canónicas). Por él renunciaba el emperador a la investidura del anillo y báculo y reconocía a la Iglesia el derecho a elegir obispos y abades; en cambio, el papa dejaba al emperador que la elección se celebrase en su presencia, de decidir las dudosas con el consejo del metropolitano y de dar el *placet* (conformidad) antes de la consagración. Las *regalías*, o sea la entrega de los bienes y derechos del obispado las recibirían por el cetro de la autoridad civil a la que prestarían homenaje. Aunque fue una forma de transigencia, en lo sustancial resultaron victoriosas las ideas pontificias al dar un nuevo impulso a la reforma

deseada. Los dos poderes quedaron delimitados, separados y equilibrados por esta solución acertada que trajo la paz y para celebrar este gran acontecimiento se reunió al año siguiente el magno Concilio ecuménico de Letrán, al que asistieron trescientos prelados y en el que se renovaron los decretos reformistas.

La crisis alemana y romana y la restauración del poder real por Federico I Barbarroja.

El Concordato de Worms, que había separado la Iglesia del Imperio, trajo como consecuencia inmediata la ruina del poder monárquico en Alemania y el descrédito de la autoridad pontificia en Italia, pues si bien consiguió escapar del poder imperial, quedó prisionera de los jefecillos locales.

En Alemania, muerto el último de los Salios (Enrique V) sin sucesión, los electores eligieron al insignificante Lotario III (1125-1137), duque de Sajonia y aliado del Papa, mientras los señores se inclinaron por Conrado de Suabia, que por su castillo de Waiblingen se le llamó *Gibelino*. Lotario casó a una hija con Enrique el Soberbio, duque de Baviera, jefe de la casa de los Welfen, sellándose de esta forma la oposición entre los partidarios del Papa o *güelfos* y los del Emperador o *gibelinos*. Después del reinado del incapaz Conrado III (1137-1152) que inútilmente empleó su política en destruir a los güelfos y que ni siquiera acudió a Italia a recibir la corona imperial, fue elegido su sobrino, el duque de Suabia, Federico I (1152-1190) que representó un equilibrio entre los Hohenstaufen y los güelfos.

Al concluir la contienda de las investiduras (1123) el pontificado se encontraba a extraordinaria altura; sin embargo, durante este siglo tuvo que luchar contra toda clase de dificultades, primero por la intromisión de las familias nobles romanas (de los Frangipani y Pierleoni) que pretendían imponer sus respectivos candidatos (Inocencio II y Anacleto II, el primero apoyado por los güelfos y el segundo por los gibelinos), llegando a producir un cisma (1130), y después, por los disturbios que provocó Arnaldo de Brescia que exigía el retorno de la Iglesia a su pobreza primitiva. Inocencio II tuvo que huir a Francia pero apoyado por San Bernardo y el abad Pedro de Cluny, las mayores autoridades morales de su época, fue reconocido por Francia, Alemania, Inglaterra y España y, ayudado por el rey alemán Lotario entró en Roma donde años más tarde (1139) celebró el II Concilio de Letrán al que asistieron más de un millar de prelados y en el que se tomaron enérgicas medidas contra el agitador Arnaldo de Brescia. Después de solucionado el cisma se levantaron algunos nobles contra los papas a los que sustituyeron con un senado hasta que Eugenio III (1145-1153), con la intervención de San Bernardo, llegó a un acuerdo con los rebeldes. Ausente el Papa de Roma, Arnaldo de Brescia, fugitivo

en Francia, aprovechó la ocasión para volver a la capital y avivar la rebeldía, proclamando una república romana independiente, haciéndose llamar tribuno del pueblo. Eugenio III le excomulgó repetidas veces y, tras muchas dificultades, logró entrar en la Ciudad Eterna, llegando con Federico Barbarroja a firmar el tratado de Constanza (1153), por el cual el rey prometía ayudar al Papa a restablecer el orden en Roma.

Federico I (1152-1190) inaugura la dinastía Staufen en Alemania, de cuyo país fue uno de los emperadores más brillantes. Por su ascendencia era, a la vez, güelfo y gibelino, y por esto pudo servir de lazo amistoso entre las dos facciones. Impuso la organización monárquica imperial frente a los señores laicos y eclesiásticos, que trajo un resurgimiento del Sacro Imperio germánico y un nuevo choque con el Papado. Su pretensión para el *dominium mundi* tenía su asiento en la consideración de hallarse investido de la herencia de los emperadores romanos, cuyas fórmulas absolutistas y ecuménicas, resucitaba ahora la escuela de derecho de Bolonia.

En Italia, incapaz de comprender lo que significaban los nuevos poderes autónomos de las ciudades, empleó una política de mano dura contra los ricos municipios rebeldes y en Roma liberó al nuevo Papa, Adriano IV, de la revolución comunal de Arnaldo de Brescia que fue ejecutado, y se hizo coronar emperador (año 1155), pero no tardaron en romperse estas relaciones ya que el Imperio consideraba a la Santa Sede como un apéndice feudal.

Apoyándose en los legistas restauradores del derecho romano justiniano, Federico I, como "señor del mundo", trató de dar un contenido efectivo al Imperio, y así, en la 2.^a *Dieta de Roncaglia* (1158) asistido por el consejo de los legistas de Bolonia, intentó reorganizar Italia como señor absoluto, proclamando su derecho a administrar justicia y a nombrar los *podestá* (alcaldes) de las inquietas ciudades de Lombardía, los cuales se colocarían en adelante por encima de los Consejos municipales. También reclamó para sí los bienes y derechos reales, las *regalías*, percibidos por las ciudades. Milán, que acababa de ser sometida, se sublevó de nuevo (1159) apoyada por muchas de sus antiguas rivales pero es derrotada. Ni los municipios libres, ni el Papa, sumamente celoso de sus derechos, se conformaron con esta política y comenzó la lucha que trajo otro cisma al nombrar el emperador un antipapa, Víctor IV frente a Alejandro III (1159-1181). Federico Barbarroja, erigiéndose en árbitro, reunió un concilio en Pavía para decidir que .era legítimo papa Víctor IV (1160), pero las monarquías occidentales reconocieron a Alejandro III enfrentándose con el Imperio. Federico toma de nuevo Milán y la destruye (1162) y pone en manos de su canciller e inmediato colaborador Reinaldo de Dassel la realización del *dominium mundi* en Italia. Éste, después de vencer en Túsculo,

obró violentamente y el emperador se vio obligado a emprender nuevo viaje a esta península para calmar los ánimos. Habiendo alcanzado Federico la cumbre de su poder (1165) y aliado con Inglaterra, decidió exigir (en la Dieta de Wurzburg) a los obispos un juramento de fidelidad al papa Pascual III, creado por el emperador, so pena de ser castigados. Ambos entraron en Roma después de una sangrienta batalla (1167), mientras las más importantes ciudades fundaban la Liga Lombarda anti-imperial (Juramento de Pontida) y llamaban a las demás a la lucha por la libertad. Atacado por la peste, el ejército alemán hubo de retirarse, en tanto que la Liga se fortalecía y fundaba una nueva ciudad, simbólicamente llamada Alejandría (de Alejandro III). Federico preparó su venganza durante seis años, pero cuando pasó a Italia, se encontró con fuerzas muy superiores a sus cálculos, siendo derrotado por la Liga en Legnano (1176). Iniciadas negociaciones de paz un Congreso general fue reunido en Venecia (1177), teniendo .que reconocer a Alejandro III como papa legítimo y a las ciudades lombardas su autonomía. Años después firmó la paz de Constanza (1183), por la que reconocía los Estados Pontificios y la libertad de las ciudades lombardas y se comprometía a devolver todos los bienes quitados a las iglesias de Roma. En un nuevo viaje a Italia fue rodeado de grandes demostraciones de afecto. Unos años antes, para celebrar tan gran acontecimiento se reunió el tercer Concilio ecuménico de Letrán (1179), en uno de cuyos cánones se decretó que para la elección papal el elegido habría de contar con las dos terceras partes de los cardenales votantes. Alejandro III dejó unida a la Iglesia elevando a un gran prestigio el Pontificado.

Federico, después de casar a su hijo Enrique, rey de Romanos, con Constanza, heredera de Sicilia (1184), partió para la Tercera Cruzada, como jefe del mundo cristiano, y en las aguas del Salef en el Tauro, halló la muerte mientras se bañaba (1190), pero su herencia ideológica de dominio universal no se perdió, pues fue recogida por su hijo Enrique VI.

La teocracia pontificia e Inocencio III.

Desde la muerte de Federico Barbarroja (1190), el imperio *Hohenstaufen* declina rápidamente mientras el prestigio y la autoridad moral y temporal del pontificado aumenta extraordinariamente a pesar de las sacudidas experimentadas en el siglo XII. Cuando Inocencio III (1198-1216), el más poderoso de los papas medievales, llegaba al solio, la Iglesia romana se veía amenazada, por un lado, por el poder político y la cultura seglar y profana, hondamente fecundada por la antigüedad que despertaba y por un espiritualismo que despuntaba del fondo de la contemplación religiosa que intentaba transformar la firme imagen del mundo y, por otro, la jerarquía eclesiástica. La elección para papa del joven pero extraordinariamente

valioso cardenal Lotario de Segni, contribuyó eficazmente al triunfo sobre ambos peligros, extendiéndose la Iglesia misma sobre el poder profano y la cultura laica y recogiendo en su seno lo aprovechable de las corrientes espiritualistas para mejor combatir lo que quedase por inadmisibile.

Inocencio III, romano de nacimiento, descendiente de unos condes que dominaban en la Campania, asimiló con gran aprovechamiento la educación universitaria de su tiempo en Roma, París y Bolonia, llegando a ser un agudo dialéctico, un impresionante teólogo y un insuperable jurista, elevando su tribunal a sede de la justicia aclamada por todo el Occidente.

La doctrina teocrática formulada por Nicolás I y precisada por Gregorio VII había consistido hasta ahora en una serie de reivindicaciones que el poder espiritual había presentado en su política frente al poder temporal; Inocencio III, como monarca absoluto de la Iglesia, la convierte en realidad, haciendo de la teocracia pontificia un hecho tan positivo como la idea imperial, un concepto rival en la lucha por el *dominium mundi*.

Este personaje, de gran talento y voluntad firme, que supo manejar su fina diplomacia como ninguno para vencer al enemigo, tuvo desde el principio un concepto del poder papal aún más elevado que el del mismo Hildebrando. Su misión como representante de Pedro y Cristo en la Tierra (*vicarius*), como mediador entre Dios y el hombre, como ungido del Señor y como rey y sacerdote a la vez, la consideraba tan alta que se tenía por "menos que Dios, pero más que hombre" y en virtud de la "plenitud de poder", como vicario de Cristo y juez de los pecados, se creía autorizado a intervenir en la conducta de los reyes en cuestiones de pecado mortal (*ratione peccati*), pues en realidad los consideraba como vasallos de la Santa Sede. La idea teocrática había de conducir a la Cristiandad hacia una unidad perfecta basada en la dirección espiritual y política concentrada en la soberanía del papa. La inculcación de esta idea en la conciencia de la humanidad occidental, sus intervenciones universales, el torrente de apelaciones eclesiásticas a Roma y los grandes éxitos favorecidos por la fortuna, tuvieron como consecuencia que la Iglesia diese un gigantesco paso que la llevó a la cumbre de la: dominación universal.

Inocencio III encontró una serie de circunstancias favorables a la realización de su política. Lo primero que hizo fue reorganizar y aún reconquistar los Estados Pontificios, exigiendo a las autoridades romanas y a los señores de sus ciudades el juramento de vasallaje. De los Estados normandos de las dos Sicilias obtuvo

también el reconocimiento de sus derechos feudales, Juan sin Tierra de Inglaterra, después de excomulgado y puesto su reino en entredicho, se declaró su súbdito feudal, y los reyes Kaloján de Bulgaria y Pedro II de Aragón le infeudaron sus Estados, mientras Sancho de Portugal y Alfonso VIII de Castilla hicieron algo parecido y Felipe II Augusto hubo de ceder ante el Papa defensor de la inviolabilidad matrimonial. También envió cruzadas contra los árabes y albigenses del mediodía de Francia y desposeyó al conde Raimundo de Tolosa colocando en su lugar a Simón de Montfort. Asimismo intervino en la elección del emperador de Alemania, declarándose por el güelfo Otón IV, que fue coronado, pero más tarde, enemistado con él, hizo uso del principio de soberanía judicial y le depuso, siendo entronizado en su lugar su pupilo Federico II, previa renuncia de Sicilia.

Inocencio III, verdadero árbitro de toda la Cristiandad, un año antes de su muerte (1215), presidió el Concilio cuarto de Letrán al que acudieron cerca de quince mil eclesiásticos de todo el mundo cristiano, príncipes y embajadores. Ante los allí reunidos se debatieron los procedimientos contra la herejía (Inquisición), se codificaron las disposiciones existentes, se intensificó la Reforma y en medio de un gran entusiasmo, Inocencio III, hablando como soberano universal, proclamó una Cruzada que reconquistara el Santo Sepulcro del poder de los infieles. Mientras se preparaba murió este gran pontífice creyendo dejar arraigado el régimen teocrático, cosa en la que se equivocaba, pues no sólo persistía la idea imperial, sino que también en el mundo feudal europeo asomaba un sentimiento nacional dirigido por sus reyes que fue una fuerza efectiva cuando Federico II, desilusionado y traicionado por todos, muere y con él la idea imperial. Desde entonces las ideas *imperium* y *sacerdotium* que habían conmovido a Europa durante tanto tiempo pasaron a pertenecer al pasado.

Federico II.

Con Federico II (1210-50), notable emperador, más moderno que medieval, culto y diplomático, el Imperio, momentáneamente, volvió a situarse en la cumbre de la política europea, luchando constantemente con todos los pontífices desde el momento en que murió su bienhechor Inocencio III. Su eficacia como administrador es sorprendente, pero detestable su moralidad. Cautó, puso especial cuidado en no atacar directamente al papado, sino tan sólo a la persona determinada de tal o cual pontífice. Bajo la benévola amistad de Honorio III, fue coronado emperador en 1220, no sin prometerle la separación del reino de Sicilia del Imperio y su asistencia a una Cruzada (tratado de San Germano - 1226 -). Alemania fue pacificada y el Estado siciliano fue reorganizado a fondo. Contra su deseo de restaurar su derecho en la región del Po, proclamado en la Dieta de Cremona (1226),

se produjo una segunda confederación de ciudades lombardas que halló un valedor en el enérgico Gregorio IX (1227-1241), que por no cumplir con presteza su voto de cruzado le excomulgó (1227) ; no obstante, partió después para Tierra Santa, donde reveló sus cualidades diplomáticas. En tanto, el Papa invadía Sicilia, si bien fue recuperada por Federico al regreso de la Cruzada, firmándose la paz de Ceprano (1230), por la que el Papa, al que se le imponían condiciones duras, se obligaba a absolverle de la excomunión y a proclamar su amistad. Federico sacrificaba su autoridad en Alemania, que era bien escasa, a la obsesión de dominar Italia. Aquí, consistió su política en favorecer los golpes de Estado de ambiciosos políticos gibelinos. Gregorio IX intervino como mediador para evitar el aplastamiento de las ciudades, mientras una ola de misticismo, la *gran devoción*, atacaba indirectamente a los tiránicos colaboradores de Federico. En la Dieta de Maguncia declaró la guerra a la Liga Lombarda que fue vencida en Cortenuova (1237). Excomulgado de nuevo, ataca los Estados Pontificios, pero firma la paz de San Juan de Letrán con el nuevo Papa Inocencio IV (1244). Éste abandonó Roma y se instaló en Lyon dispuesto a luchar contra el gran gibelino. El Concilio de Lyon dio el golpe de gracia a la causa de Federico al ser excomulgado solemnemente en nombre de la Iglesia universal. Desde entonces su posición comenzó a debilitarse, descubriéndose frecuentes conjuras. Vagando por Italia muere en Apulia traicionado en 1250. El conflicto entre el Papado y el Imperio termina con la muerte de Federico II, pero estas luchas no beneficiaron ni a uno ni a otro, sino a las nuevas monarquías nacionales que recogerían su herencia.

El movimiento monástico y las nuevas órdenes religiosas.

La relación entre el papado y el monacato fue estrecha y continua durante todos estos siglos medios; así hemos visto cómo el temprano movimiento benedictino o cluniacense fue una ayuda importante en la reforma gregoriana, de la misma forma que ahora veremos cómo otras órdenes nuevas, sobre todo las mendicantes, prestarán auxilios semejantes al desarrollo del Pontificado y a la causa de la Iglesia.

Con el rejuvenecimiento del espíritu cristiano ascético de los siglos XII y XIII se produjo un gran impulso en la vida monástica, naciendo nuevas órdenes y modernas tendencias más conformes con el espíritu de la época.

El renacimiento cluniacense fue seguido por la creación de otras órdenes religiosas como la de los cartujos, que tomó su origen de la asociación de ascetas que fundó San Bruno de Colonia, canónigo de Reims, el cual, atraído por la vida solitaria, se estableció con seis compañeros en el desierto de *Chartreuse* al pie de los Alpes y cerca de Grenoble (1084), donde fundó la llamada Gran Cartuja. Llamado por

Urbano 11 a Roma, estableció una segunda cartuja donde murió (1111), llevando la más severa y ascética existencia en la soledad. No dejó regla sino solamente la *tradición* basada en la regla benedictina con los nuevos puntos principales consistentes en un silencio casi absoluto, completa abstinencia de carnes, distribución del tiempo entre la oración, el trabajo (cultivo de los huertos y transcripción de libros) y la soledad. Dentro del mismo monasterio cada uno vivía eremíticamente en su celda que por lo general consistían en casitas pegadas a los muros del claustro. Su hábito es blanco y a pesar de su mucha severidad la orden se extendió pronto por otras naciones sin perder en nada su prestigio y pureza, llegando a contar en el siglo XIV hasta ciento ochenta monasterios, de los cuales doce eran de mujeres.

Más notable por su extensión e influencia fue la orden de los cistercienses creada contra la relajación de los enriquecidos cluniacenses por el abad .San Roberto de Molesme (m. en 1100), el cual, después de fundar con algunos solitarios el monasterio de Molesmes, se retiró a la soledad de Citeaux, Cister, en Borgoña, donde fundó una nueva abadía base y matriz de la nueva Orden cisterciense. La regla de San Benito fue adoptada en toda su pureza y rigor, aceptándose después algunas innovaciones. En realidad esta orden fue una rama de la benedictina, teniendo como misión, aparte de la vida ascética, la colonizadora (tala y roturación de bosques, agricultura y ganadería en sus granjas modelo). Su abad, el inglés Esteban Harding, la organizó dándole unos estatutos (*Charta caritatis*= complemento de la regla benedictina), difundiéndose con gran rapidez por la Europa occidental, llegando a contar a los cincuenta años con unos trescientos conventos. Con el tiempo, esta Orden, que tan importante papel desempeñó en la vida económica de la época, al enriquecerse también se relajó y comenzó a languidecer, apareciendo pronto el antagonismo entre los monjes blancos del Cister y los negros de Cluny. De la ruina completa que la amenazaba fue salvada por San Bernardo, fundador del convento de Claraval (1115), de donde fue primer abad hasta su muerte (1153). Con este ilustre santo la vida de los monjes cistercienses fue definitivamente encauzada y con su fuerza de carácter e intensa actividad dio a la Orden su verdadera significación mundial, convirtiendo a su desnuda celda, con el duro lecho de paja, en el centro mismo de todo el Occidente. San Bernardo gozó de una posición preeminente y fue uno de los hombres más influyentes de su tiempo. Supo alternar la vida contemplativa y ascética con la activa, intentando compaginar el viejo ideal eclesiástico-político con el nuevo de la santificación interior. Con sus conocimientos teológicos, con su arrebatadora elocuencia y con su inteligencia dirigió el movimiento espiritual de la Europa cristiana interviniendo en todas las controversias de su tiempo. Aconsejó a papas e intervino en sus querellas, compuso discordias de príncipes y reyes, hizo que el emperador se

pusiese al frente de la segunda Cruzada y todos hubieron de oírle admoniciones nada suaves. Fue un gran predicador y uno de los mejores escritores medievales, al mismo tiempo que extraordinario defensor de la ortodoxia contra la herejía. Su desaparición se notó mucho en la Iglesia; no obstante, en 1300 el número de monasterios cistercienses varones llegaba a cerca de setecientos, y el de religiosas, multiplicadas más rápidamente, se elevó al de novecientos.

A medida que la reforma de la Iglesia avanzaba por el esfuerzo de los papas, se fue extendiendo la idea de que las prácticas ascéticas formaban parte integrante de la vida cristiana y por esto se trató de someter al clero secular de catedrales y colegiatas a una regla semimonástica, atribuida a San Agustín, con vida en común y prácticas ascéticas, con lo que nacieron las fundaciones de canónigos regulares. Entre las más notables tenemos la de los premonstratenses o norbertinos, fundada por el alemán San Norberto de la diócesis de Xanten, junto al Rin, que se estableció en Prémontré, no lejos de Laón (1124), con un buen número de discípulos. Su ideal era la vida monástica unida con el ministerio de las almas. Los canónigos regulares premonstratenses usaban hábito blanco y de sus casas salían para servir las iglesias parroquiales. Su sucesor, el beato Hugón, les dio una regla calcada de la de San Agustín y sus residencias pronto se extendieron por toda Europa occidental.

Del mismo tipo de canónigos regulares fue la Orden de los Victorinos, organizada por el profesor de París, Guillermo de Champeaux; la congregación de San Rufo, en Avignon; la de Santa Genoveva de París; los canónigos regulares de Letrán; los del Santo Sepulcro en Jerusalén y otras muchas instituciones regionales.

Las órdenes militares, en relación con las Cruzadas y en consonancia con el espíritu guerrero de la época, dirigieron en otro sentido el desarrollo del movimiento monástico. Éstas fueron la Orden de los Sanjuanistas o Caballeros Hospitalarios, la de los Templarios o *equites templi* (1119), la de los Caballeros Teutónicos (1190) y directamente emparentada con éstas la de los Trinitarios, para redención de cautivos (1199), la de los Mercedarios con el mismo fin y las nacidas en España y Portugal en la segunda mitad del siglo XII (Calatrava, Alcántara, Santiago y Montesa).

Las órdenes mendicantes: franciscanos y dominicos.

Inocencio III había comprendido que la Iglesia no podía mantener el dominio sobre el pueblo valiéndose solamente de los monjes confinados en sus monasterios, apartados de la sociedad y del clero secular preocupado de las cosas temporales; necesitaba humildes milicias que quisiesen practicar la pobreza evangélica y el

ascetismo y estuviesen dispuestos a predicar y a luchar entre los laicos de las ciudades enriquecidas por el comercio, con el arma de la verdad y la persuasión. Fruto de esta necesidad fue un nuevo tipo de monje que sin vivir en la soledad y sin verse obligado a mantenerse del trabajo manual, pudiese dedicarse a la instrucción del pueblo, a combatir la herejía, a la enseñanza en los centros superiores de cultura y a escribir obras científicas. Así nacieron las órdenes mendicantes, que se obligaron a vivir en la pobreza, fiando su subsistencia a la caridad de los fieles, a los que a cambio procuraron servir con su ministerio pastoral. La tendencia marcada hacia la pobreza, que ya existía, fue recogida casi al mismo tiempo por los dos grandes fundadores de estas nuevas milicias pontificias: el italiano San Francisco y el español Santo Domingo.

San Francisco, nacido en Asís (1182), Umbría, de una familia de comerciantes de paños, fue el fundador de la primera de estas órdenes mendicantes y la figura más santa de todo el período medieval. Después de una apacible juventud algo descuidada, experimentó un cambio interno a los veinte años, renunciando a sus bienes, familia y amigos, y de resultas de él se dedicó a la vida penitente, a amar e imitar a Cristo, comenzando a vivir según los preceptos primitivos evangélicos, no en la reclusión de un monasterio, sino entre los pobres y enfermos de Italia. En la iglesia de los Ángeles o Porciúncula oyó leer las palabras del Señor al enviar a predicar a sus discípulos y reconoció como vocación suya la de predicar la penitencia. Pronto se le juntaron algunos compañeros con los cuales formó una asociación de penitencia (*Viri paenitentiales*). Esta familia, constituida por el abnegado santo (*il Poverello d'Assisi*) y sus doce discípulos o *hermanos menores*, así calificados por su humildad, construyó sus chozas en una parcela de terreno cedida por los cluniacenses (*portiuuncula*) y allí vivieron de limosnas, usando la indumentaria de gente pobre: túnica de lana gris con una cuerda a la cintura y sandalias. Este pequeño grupo, cuya misión fue reavivar la devoción popular, predicar y hacer el mayor bien al prójimo, creció rápidamente y convencido el Papa de la santidad de los deseos de los nuevos apóstoles, aprobó oralmente la nueva "Fraternidad de la penitencia". Con la primera regla compuesta por San Francisco, calcada del Evangelio, los franciscanos o frailes menores se extendieron por toda Italia y ya desde el 1217 el fundador pudo mandar sus discípulos a Francia, España, Alemania, etc., y él mismo estuvo en España y en el norte de Africa con la idea de convertir al sultán de Egipto. Ante la considerable extensión que tomó la Orden, San Francisco, a petición de muchos de sus hijos, redactó una nueva regla más completa y definitiva que, además de discutida y algo retocada por sus consejeros fue aprobada por Honorio III (1223).

Ya antes (1212) se había extendido este entusiasta movimiento a las mujeres, naciendo de esta forma una Segunda Orden de San Francisco que se llamó "Congregación de señoras pobres" o *Clarisas* por haber sido su primera superiora Santa Clara de Asís dedicada principalmente a la contemplación (1227). Por otra parte, San Francisco, con objeto de conectar perpetuamente el mundo laico con los suyos, instituyó una devota asociación formada por seculares piadosos (*Fratres de penitencia*) que permanecían en la vida ordinaria, pero conforme con el espíritu franciscano. Con esta Orden tercera se salvó el foso entre los religiosos profesos y las personas del mundo.

En 1226, sobre el pavimento de la capilla de la Porciúncula, moría el Santo de Asís, amigo de las plantas, de la Naturaleza y de los animales y enemigo de la riqueza y la soberbia. Dos años después, Gregorio IX le elevó a los altares. La Orden de los Frailes Menores continuó su rápida expansión, y sus miembros, a más de discurrir como peregrinos por las pequeñas poblaciones, tuvieron también casas, oratorios, cementerios y diversos privilegios concedidos por la Santa Sede. En 1230, Gregorio IX declaró la licitud de los estudios con objeto de que la Orden llevase con más utilidad a la práctica su fin de apostolado. A mediados del siglo XIII sus miembros eran ya unos 20.000, divididos en treinta y dos provincias y mil doscientos conventos y en 1354 llegaban sus casas a 1.453. Un *ministro general* estaba en la cúspide de una jerarquía cerrada, que elegido por el *capítulo* de la comunidad, aseguraba la centralización indispensable para el mantenimiento de la disciplina.

Al mismo tiempo que las órdenes franciscanas intentaban restaurar la moral, se ponían los fundamentos de la dominicana con el propósito de luchar contra las herejías y de organizar el estudio de las grandes cuestiones filosóficas y teológicas en las nuevas Universidades europeas. Santo Domingo de Guzmán (1170-1221), natural de Caleruega, era un canónigo de Osma, de ardiente celo, que con su predicación sencilla y con el ejemplo de una vida pobre y austera se dedicó en el sur de Francia a la conversión de los herejes albigenses. Al principio, como San Francisco, sólo obtuvo aprobación pontificia para difundir entre el pueblo la verdadera doctrina y convertir a los herejes, pero poco después, dados los magníficos resultados obtenidos y las necesidades urgentes, Honorio III constituyó la Orden de Frailes o Hermanos predicadores (1216), el grupo de discípulos reunidos en torno a Santo Domingo, cuya base fue la regla de canónigos regulares de San Agustín. Desde que el papa invitó a la Orden a establecerse en Roma, se desarrolló extraordinariamente, fundándose residencias en la Ciudad Eterna, Bolonia y París, y con la ayuda de Honorio III, penetró en el campo universitario con el fin de enseñar las ciencias teológicas y afines. En el primer Capítulo general

(Bolonia, 1220), el Santo fundador declaró que era una Orden mendicante para la cual adoptaba las líneas de la regla franciscana, pero sin ser tan rigurosa en la pobreza. Anteriormente, en la falda del Pirineo (*Prouille*), había fundado un monasterio de religiosas dominicas para la enseñanza de niños (1206) y una hermandad constituida por seglares para la defensa y seguridad de los bienes eclesiásticos, llamada *Militia Christi*, de la cual se formó más adelante la Orden tercera o Hermanos de la Penitencia de Santo Domingo.

En su lucha contra la herejía adquirieron gran cultura y de sus ilustradas comunidades salieron ilustres teólogos y escolásticos. Su devoción a la autoridad de los papas fue grande y éstos les encargaron el funcionamiento de su Inquisición, que debía arrancar la herejía en todas partes. Muerto Santo Domingo (1221), la Orden siguió extendiéndose y los dominicos, con sus blancas túnicas y mantos negros, predicaron y enseñaron hasta Persia y el Tíbet. Al morir el fundador la Orden contaba con unos trescientos conventos y un siglo después alcanzaba la cifra de quinientos sesenta y dos distribuidos en veintiuna provincias. Hacia el 1231 el papa les confió el Santo Oficio de la Inquisición. El tercer general de la Orden, San Raimundo de Peñafort, redactó la regla definitiva (1238).

La Orden de los Carmelitas, fundada por el cruzado Bertoldo de Calabria (1156), en su origen, es anterior a los franciscanos y dominicos. Al trocar su carácter eremítico por el cenobítico, Inocencio IV (1247) la convirtió en mendicante, creciendo notablemente.

Las herejías y la Inquisición medieval.

Durante estos siglos de exuberante vida religiosa y de deseo de reforma, al mismo tiempo que el nuevo goce por la vida y el desbordante individualismo, se engendraron y desarrollaron en algunos puntos, donde la religión se manifestaba con ciertas exterioridades, una serie de peligrosísimas herejías que con el pretexto de una mayor perfección se atacaban los fundamentos de la Iglesia y de la sociedad civil.

Los primeros movimientos llevan un carácter de revolución religiosa más o menos anticatólica. Los *valdenses* o *pobres de Lyon*, tuvieron su origen en Pedro Valdo o Valdez (1170-1197), rico comerciante de Lyon que, movido por la lectura de la Biblia y por un arrebatado de ascetismo, distribuyó sus bienes entre su mujer y los pobres, y se entregó a una vida apostólica predicando la penitencia y la pobreza más absoluta. El éxito le acompañó y pronto se le unieron muchos secuaces (*insabbatati* o *valdenses* por el uso de las sandalias). Al no tener fundamento teológico pronto

cayeron en la herejía; su fe era el Evangelio y su base un alarde de pobreza y misticismo que les imprimió un sello de igualitarismo social. Rechazaban todo ministerio eclesiástico, menos la predicación en lengua vernácula, despreciaban a los sacerdotes, a los que atribuían ansias de riquezas, y no admitían más sacramento que el de la Eucaristía. Se dividían en *perfectos* y *amigos de los perfectos* o fieles, encargándose los primeros de la predicación. Tenían una organización propia, reuniéndose en asambleas locales o generales, en las que se conferían las órdenes a sus sacerdotes y obispos. Por los excesos a que se entregaban las grandes masas que atrajeron, por su soberbia y por el celo ardiente que desplegaban, fueron condenados por la autoridad eclesiástica; pero a pesar de esto, la secta adquirió una gran extensión, teniendo que prohibirse su predicación y excomulgarlos y al confundirse con los albigenses Inocencio III tuvo que proceder con todo rigor contra ellos.

Más importante fue la secta de los *cátaros* o *puros*, cuyo nombre viene de su ascética y abstinencia de todas las cosas que imaginaban ser impuras. Su origen parece oriental y en el siglo XII ya se manifiestan con gran fuerza en el sur de Francia y norte de Italia. La base de la doctrina la formaba el dualismo maniqueo que respondía a la oposición entre el bien y el mal, entre el cuerpo y el alma, practicando el suicidio para defender a ésta del cuerpo. Para combatir la carne procedían a ayunos severísimos, se abstenían de matar animales, de consumir huevos y leche y condenaban el matrimonio. Profesaban la transmigración de las almas y hacían guerra a la jerarquía eclesiástica, a las instituciones y dogmas, no admitiendo más sacramentos que el Bautismo y la Penitencia. Su difusión fue rápida y extensa y su nido principal fue el Languedoc, con la ciudad de Albi, de donde tomaron el nombre de *albigenses*. Aquí fueron protegidos por algunos señores deseosos de apoderarse de los bienes de iglesias y monasterios, y la autoridad eclesiástica, viendo que por la instrucción y persuasión no obtenía éxito, empleó la fuerza y en una Cruzada de veinte años (1209-29) el poder de la herejía quedó debilitado y su obra después desarraigada por la acción de la Inquisición.

La Inquisición medieval, aunque producto en cierto modo de la evolución de las ideas y del sentimiento cristiano del siglo XIII, nació precisamente con motivo del desarrollo de las herejías citadas, que amenazaban con sus prácticas disolventes a los Estados y al catolicismo de Occidente. La autoridad civil por medio de actos singulares o con disposiciones regionales iniciaron la persecución violenta contra la herejía. Los Concilios y los papas, aun sintiendo la urgente necesidad de la represión, establecieron penas más suaves y se resistieron al empleo de la pena de hoguera impuesta por el pueblo a los herejes en general. Hasta Gregorio IX (1231), la pena de muerte contra los herejes no fue incluida entre las penas canónicas, y entonces, porque Federico II había dado la ley imperial de 1224 en la que

consideraba la herejía como un crimen de lesa majestad y por esto fue aceptada para toda la Iglesia. Para su ejecución este pontífice nombró legados especiales para que de acuerdo con los Ordinarios buscaran y castigaran a los herejes, pero como éstos no bastaban, nombró agentes particulares para la ejecución de las leyes canónicas contra la herejía a los franciscanos y dominicos, lo que equivalía a erigir un nuevo tribunal. Este tribunal de la Inquisición estuvo formado después únicamente por dominicos, nombrados por sus Maestros generales o provinciales, que actuaron con gran energía. Entre los procedimientos eran característicos la presunción de culpabilidad de todo acusado, la determinación del delito de sospecha, el secreto del proceso y la negación de defensa. Inocencio IV autorizó a los inquisidores para emplear el tormento, como medio para averiguar la verdad. Las penas, además de la abjuración pública y las destituciones, solían consistir en penitencias canónicas, multas, prisión temporal o perpetua y suplicio del fuego. Concluida la causa, era generalmente entregado el delincuente al brazo secular para que ejecutase el castigo.

BIBLIOGRAFÍA

P. Fedele: *Richerche per la Storia di Roma e del Papado nel sec X*, en "Arch St. Roma", 33 y 34 (1910 y 1911). - E. Amling: *Zur Geschichte des Papstums im 10. Jahrh (931-962)*, I, 1913.-J. Gay: *Les papes du 11e siecle et la chrétienté*, París, 1926. - D. W. Lowis: *History of the church in France 950-1000*, Londres, 1926. - P. Merkert: *Staat u Kirche im Zeitalter der Ottonen*, 1906. - A. Fliche: *La formation des idées gregoriennes*, Lovaina, 1924. A. Dufourcq: *Le christianisme et l'organisation féodale (1049-1309)*, 4.^a ed., 1924. - A. Fliche: *Études sur la polemique religieuse e l' époque de Gregoire VII, les pregrégoriens*, París, 1916. - Del mismo: *La Réforme grégorienne*, 3 vols., Lovaina, 1924-1937. - Gfrörer: *Papst Gregorius VII und sein Zeitalter*, 7 vols., Schafhausen, 1859-1861.- E. Voosen: *Papauté et pouvoir civil e l'époque de Gregoire VII*, Lovaina, 1927. - W. Wühr: *Studien zur Gregor VII. Kircherenform und Welt politik*, Munich, 1930. - A. Macdonald: *Hildebrand (Gregory VII)*, Londres, 1932.-A. Fliche: *Saint Grégoire VII*, 3.^a ed., París, 1920. - H.-X. Arquilliere: *Saint Grégoire VII, essai sur sa conception du pouvoir pontifical*, París, 1934. - "Studi Grégoriani ". *Per la storia di Gregorio VII e della riforma gregoriana*. Ed. G. B. Borino, Roma, 1947-1961, 6 vols. - Rampe: *Heinrich IV*, Leipzig, 1927. -B. Schemeideer: *Heinrich IV und s. Helfer im Investiturstreit*, 1927. - Scharnag: *Der Begriff der Investitur*, Stuttgart, 1908. - Pignot: *Histoire de l'Ordre de Cluny*, París, 1968. - Vacaudard: *Vie de Saint Bernard*, 4.^a ed., París, 1912. - C. Greenaway: *Arnold of Brescia*, Cambridge, 1931. Otto: *Freidrich Barbarosso*, Postdam, 1940. - Walh: *Barbarossa*, trad. italiana,

Turín, 1945. - A. Luchaire: *Innocent III*, 6 vols., París, 1905-1908.-A. Fliche: *Innocent III et la reforme de l'Église*, 1949. - Antonino di Stéfano: *L'idea imperiale di Federico II*, Bolonia, 1952. - M. Brion: *Federico II de Hohenstauten*, París, 1948. F. Vernet: *Les Ordres mediants*, París, 1933.- A. M. Walz: *Compendium Historiae Ordinis Praedicatorum*, 2.^a ed., 1948. - W. Ullmann: *The Growth of Papal Government in the Middle Ages*, Londres, 1954. - Del mismo: *Medieval papalism. The political theories of the medieval canonists*, Londres, 1949. - A. Fliche: *Le querelle des investitures*, París, 1946. - J. B. Mahn: *L'ordre cistercien et son gouvernement des origines au milieu du XIIIe siecle*, París, 1955. - M. J. Hachagen: *Kulturgeschichte des Mittelalters*, 1950. - F. B. Artz: *The Mind of the Middle Ages*, Nueva York, 1953. L. Sonmariva: *Studi recenti sulle eresie medievali*, "Rivista Storica Italiana", 1952.-J. Guiraud: *Histoire ed l'Inquisition au Moyen Âge*, París, 1935-1938. - H. Brost: *Die kathäirer*, Berlín, 1953. - Dossat: *Cathares et Vaudois a la veille de la croisade albigeoise* en "Rev. Hist. et dit. du Languedoc", 1945. - P. Belperron: *La Croisade contre les Albigeois et l'union du Languedoc a la France (1209-1249)*, París, 1948. - Niel: *Albigeois et cathares*, París, 1955. - *International Bibliography of the History of Religions*, compilada por H. Boas, bajo la supervisión de Bleeker. Tomos publicados: XIV, XV y XVI, años 1952-1957. - R. W. Southern: *La formación de la Edad Media*, Madrid, 1955. - P. H. Santangelo: *Gregorio VII y su siglo*, Buenos Aires, 1953. - M. Pacant: *La Théocratie. L'église et le pouvoir au Moyen Âge*, París, 1957. - P. E. Schramm: *Kaiser, Konige und Päpste*, Stuttgart, 1968-70, 4 vols. - M. Pacant: *Frédéric Barberousse*, París, 1967. - ídem: *Alexandre III*, París, 1956.

DECADENCIA DEL INFLUJO PONTIFICIO Y CRISIS DE LA IGLESIA DURANTE LOS SIGLOS XIV Y XV

Características generales.

Vimos cómo el pontificado medieval había alcanzado su cenit con Inocencio III, al mismo tiempo que la Iglesia, con su organización eclesiástica centrada en Roma, aumentaba su autoridad, su poder y prestigio hasta límites insospechados. La Iglesia contribuyó más que ningún otro poder a dar forma y unidad a la Europa medieval proporcionando ideales de vida o medios para buscarlos. Los papas durante su apogeo intervinieron mucho en el gobierno de otros Estados coronando reyes y emperadores y a veces privándoles de la realeza por medio de la excomunión. El papa nombraba obispos, confería el palio, canonizaba santos, autorizaba nuevas órdenes religiosas, expedía dispensas canónicas, convocaba concilios generales, administraba los bienes eclesiásticos y con el colegio de cardenales dirigía la ingente tarea de gobernar la Iglesia. De la cancillería papal emanaba la legislación pontificia que junto con los escritos de los Padres y las disposiciones conciliares formaban la ley canónica por la que se regían los cristianos. Los legados pontificios llevaban la autoridad del papa por toda Europa, y desde todos sus rincones, clérigos y laicos, apelaban continuamente a la curia papal para resolver toda clase de asuntos. La Iglesia proporcionó en esta época legistas, embajadores, administradores y toda clase de funcionarios, así como profesores, ya que la instrucción estaba casi completamente en sus manos. Fundó Universidades y puso la dirección de la vida espiritual del pueblo bajo las órdenes mendicantes. Entonces, el arte era en gran parte religioso, lo mismo en sentimientos que en motivos, y el drama, desarrollado en forma de misterios y autos de fe, se representaba delante de los templos. Las iglesias daban albergue y hospitalidad a toda clase de viajeros y las corporaciones sociales y las cofradías tuvieron su centro en éstos.

El poder y el prestigio que tenía el papado a la muerte de Inocencio III (1216) perdura por algún tiempo a pesar de las luchas que sus sucesores hubieron de sostener con los últimos Hohenstaufen. El frío y calculador Inocencio IV llevó con gran tenacidad la Iglesia pontificia a la victoria, elevándola al pináculo de su grandeza y colocándola a la cabeza de Europa como única potencia universal, pero, al desaparecer el Imperio, su antiguo protector, hubo de buscar quien la defendiera de sus nuevos enemigos, llamando en su auxilio a las vírgenes fuerzas nacionales de la Europa occidental que pronto se revolvieron también contra el pontificado que pensaba utilizarlas como sostén. Antes de terminar el siglo XIII la decadencia de los poderes universales del pontificado se percibe claramente, pero todavía con el hábil y enérgico Bonifacio VIII (1294-1303) el sol que caminaba hacia su ocaso

brilló momentáneamente; no obstante, sus excesivas pretensiones teocráticas al poder sobre la Iglesia y la realeza pidiendo exenciones fiscales fracasaron, pues los príncipes hicieron ya poco caso a las excomuniones que lanzó sobre ellos. La última etapa de la Edad Media presencia un progresivo curso de desintegración de las ideas e instituciones que conduce a una verdadera crisis en la civilización occidental que abarca lo mismo a los sectores políticos que a los religiosos. Culturalmente, ésta habría de desembocar en el Renacimiento, que, con el tiempo, sería el que serviría de base a la rebelión protestante.

La sumisión del papado a Francia.

Sucesor Felipe IV el Hermoso (1286-1314) de Felipe III, había recibido la inspiración política de los legistas educados en las teorías romanistas de la Universidad de Bolonia que abogaban por el restablecimiento de la plena autoridad real frente al particularismo feudal y el poder teocrático (Guillermo de Nogaret, Pedro de Flote, Pedro Du Bois). Este monarca consolida la monarquía mediante una hábil política financiera, ocupa Flandes (1297) y más tarde incorpora Lyon (1312) y Champagne (1314). En el mantenimiento de las tropas mercenarias contra Inglaterra y en la nueva y compleja administración, había empleado muchos recursos, y para llenar sus arcas y enjugar el déficit, impuso contribuciones a los eclesiásticos de su reino, lo que habría de provocar un conflicto con Bonifacio VIII. Este papa, brusco en su deseo de defender a todo trance la inmunidad eclesiástica y el derecho del pontífice a controlar el poder civil, le llevó a chocar contra su terrible y poderoso rival Felipe IV de Francia, lo que causó al papado efectos desastrosos. Por la bula *Clericis laicos* (1296), declaraba que el clero no debía pagar impuestos a los laicos sin su consentimiento. La respuesta de Felipe IV prohibiendo sacar oro ni plata con destino a Roma y el encarcelamiento del obispo y legado pontificio, Bernardo Saisset, aplacó los ánimos del papa, que se vio obligado a ceder por la bula *Etsi de statu* (1297). Vencidos los Colonna romanos y celebrado el jubileo fastuoso de 1300, Bonifacio VIII salió en defensa del prelado encarcelado por el rey francés, y por la bula *Ausculda fili* le recordó que Dios había colocado a los papas sobre los príncipes para mantener el orden cristiano, al mismo tiempo que convocaba al clero francés a un concilio en Roma, lo que prohibió Felipe IV apoyado por la reunión de los primeros Estados Generales (1302). Bonifacio VIII publicó la bula *Unam Sanctam* (1302) resumiendo el concepto medieval más rígido de hegemonía pontificia asegurando rotundamente su autoridad sobre el poder de los príncipes. Como escribe Yves Renouard, las pretensiones teocráticas que acababa de afirmar en esta bula, dadas las circunstancias, carecían de eficiencia práctica, ya que la indispensable Cruzada para apoyar esta reacción doctrinal era imposible por la falta de concurso de Francia y de Inglaterra.

El punto culminante de este pontificado había sido el solemne jubileo, ya citado, celebrado en 1300, que revistió proporciones nunca vistas en Roma y en el cual se presentó Bonifacio VIII con dos espadas, símbolos de su poder temporal y espiritual. A partir de entonces se iniciaron de nuevo los roces con el rey de Francia, cuya política dirigía ahora el hábil y desaprensivo Guillermo de Nogaret. Los legistas refutaron la teoría teocrática, parte del clero francés se puso al lado del rey, y el canciller francés Nogaret, de acuerdo con los Colonna, enemigos del papa, y con los gibelinos de Toscana, hizo prisionero de forma violenta a Bonifacio VIII en su residencia de Agnani (1303), y aunque no tardó en ser libertado por el pueblo, al mes siguiente fallecía a consecuencia del atentado de que fue víctima.

La muerte de Bonifacio VIII marca definitivamente el fin del prestigio medieval pontificio entrando en un período de humillaciones. Los principios básicos de la unidad religiosa y de la hegemonía del papado se desmoronan, entrando éste en crisis con los comienzos del siglo XIV, aumentando con la estancia de los papas en Aviñón y culminando con ocasión del gran cisma de Occidente. Aunque a mediados del siglo XV esta crisis parece haberse superado, la decadencia de la vida eclesiástica, por un lado, que se manifiesta en la relajación del clero, en los abusos de la curia pontificia y en la corrupción de costumbres, y por otro la aparición de nuevas herejías vienen a anunciar la inminencia del protestantismo que produciría fatalmente una escisión en la Cristiandad.

El cautiverio de Aviñón y el cisma de Occidente.

Con el atentado de Agnani la república cristiana comienza a derrumbarse, la concepción medieval se desmorona, el pontificado se disuelve y el papa, en vez de ser el árbitro reconocido por todos, se transforma en un rival que se combate o un aliado que puede utilizarse. Las nuevas nacionalidades, influenciadas por el derecho romano que renace, se sacuden el yugo de toda tutela externa y reivindican su autonomía, mientras sus reyes tienden al poder absoluto. El de Francia, Felipe el Hermoso, con toda clase de presiones cerca del Sacro Colegio consiguió un nuevo triunfo al ver elegido papa al débil arzobispo de Burdeos que se llamó Clemente V (1305-1314). Supeditado éste a la política francesa, trasladó la corte pontificia a Aviñón, dando comienzo al período tristemente célebre llamado "segunda cautividad de Babilonia", durante el cual (1308-1377) el poder temporal volvió a triunfar pasajeramente sobre el pontificio. Con este hecho el rey francés se convirtió en árbitro de toda la Iglesia, y la sociedad cristiana, como parte integrante de la misma, obró bajo sus dictados. Por otro lado, el cautiverio influyó poderosamente en el estado deplorable de la Iglesia y de los Estados Pontificios que volvieron a

ensangrentarse presos de las facciones y partidos que sirvieron de pretexto a los papas para no regresar a Roma. Esto y la necesidad de arbitrar nuevos recursos para subvenir a los suntuosos gastos de la curia pontificia, hizo que disminuyese mucho el prestigio del papado, debilitándose su autoridad en toda Europa, al mismo tiempo que el magisterio de San Pedro comenzaba a ser menoscabado por las herejías.

Buena prueba de la influencia francesa sobre Clemente V fue la abolición de la orden de los Templarios, el acontecimiento más triste de su pontificado (1307). Clemente V, que obtuvo un éxito al conseguir se diese carpetazo al escandaloso proceso abierto contra la memoria de Bonifacio VIII, se vio obligado a ceder en la ofensiva abierta por Felipe IV y sus legistas contra los Templarios, que terminó con la supresión de la Orden (1312), la muerte en la hoguera de su Gran Maestre Jacobo de Molay (1314) y la incautación de sus inmensos bienes por la corona francesa.

A su muerte se sucedieron varios papas franceses, consecuencia lógica de la mayoría francesa en el Conclave (Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VI, etc.). Las calamidades que trajo esta cautividad sobre la Iglesia alentaron el deseo de los cristianos de que la Santa Sede volviese a Roma, pero la anarquía había alcanzado en Italia su punto extremo llegando la nobleza a apoderarse de los Estados de la Iglesia, mientras en Roma se ensayaban los sistemas más utópicos en medio de monumentos arruinados que ofrecían un aspecto desolador. En este ambiente de confusión apareció el fanático Cola di Rienzi (1345), que con el título de "tribuno del pueblo" y amigo del papa consiguió apoderarse de Roma dando a los romanos una constitución democrática, pero más tarde excomulgado, fue asesinado por el furor popular, lo mismo que le ocurrió al dictador demagogo Baroncelli, que también surgió de la plebe (1354).

Mientras los Estados Pontificios estaban envueltos en esta horrible anarquía, hizo su aparición en Italia el excepcional cardenal español Egidio o Clemente de Albornoz, antiguo arzobispo de Toledo y ahora legado de Inocencio VI (1352-1362) en la reconquista y reorganización del Patrimonio de San Pedro. Los pequeños tiranos y los grandes señores que, aunque se combatían encarnizadamente coincidían en el deseo de apoderarse de los Estados de la Iglesia, recibieron con hostilidad al cardenal Albornoz, pero éste, con sus dotes políticas y militares y su gran habilidad diplomática, consiguió en quince años pacificar a Italia, restableciendo la autoridad pontificia y dando a las provincias recuperadas las sabias *Constituciones Egidianas*, por las que se rigieron hasta el siglo XIX (1816). Con sus bienes personales creó en Bolonia el Colegio de San Clemente para estudiantes españoles que todavía subsiste y gracias al restablecimiento del orden hizo posible la vuelta del papado a la Ciudad Eterna (1377) que, en contra de la

voluntad del rey francés, tuvo lugar definitivamente en tiempos de Gregorio XI (1370-1378), a lo que también contribuyó la ilustre virgen Santa Catalina de Siena con sus cartas y continuos esfuerzos.

Este confuso período se complica por la aparición en la historia del Pontificado del principio de autoritarismo y centralización monárquica. En la ciudad languadociana de Aviñón, los papas crearon una verdadera corte y administración fastuosa, con su consejo privado, vicescancillería, tribunales y cámara apostólica, encargada de la administración de los enormes recursos pontificios, ahora incrementados por nuevos impuestos (expectativa, annata y despojo) que eran exigidos con dureza.

El establecimiento de los papas en el Vaticano no implicó gran mejora, pues debido a la situación crítica en que se encontraba el Sacro Colegio, en el que las opiniones de los dieciséis cardenales (once eran franceses) que había en Roma, estaban profundamente divididas, les llevó a formar grupos antagónicos y aunque canónicamente eligieron nuevo papa en la persona de un italiano como deseaba el pueblo (Urbano VI), al que más tarde, en la coronación, le reconocieron como legítimo, su carácter irascible y desigual motivó que un grupo de cardenales le abandonaran y reunidos en Agnani declararan nula su elección, pretextando falta de libertad, eligiendo un nuevo papa francés: Clemente VII, que pronto fue reconocido por todos menos uno. Urbano VI, afligido, pero no desesperado, nombró de una sola vez veintinueve cardenales, con lo que se consumó el Gran Cisma y desde entonces y durante treinta y nueve años los fieles vivieron sin saber quién era el verdadero vicario de Cristo, dividiéndose la Cristiandad en dos obediencias (1378-1417). Alrededor de Urbano VI (1378-1389) se agruparon Alemania, Italia, Inglaterra, Hungría y Flandes, y en torno del hábil diplomático Clemente VII (1378-1394), Francia y Santa Catalina de Siena sus amigas Saboya, Escocia, Nápoles, Portugal, Castilla y Aragón. Ante el escándalo de la Cristiandad, los dos pontífices se excomulgaron mutuamente y hasta empuñaron las armas para hacer triunfar su respectiva causa, produciéndose una confusión tal que hasta personas eminentes que la Iglesia ha canonizado se encontraron en una y otro bando; así, mientras Santa Catalina de Siena, Santa Catalina de Suecia y Santa Brígida trabajaron incansablemente por los papas de Roma, Santa Coleta, el Beato Pedro de Luxemburgo y San Vicente Ferrer se declararon a favor de los de Aviñón.

Con este estado de cosas hubo dos papas, dos capitalidades, dos colegios cardenalicios, dos conclaves y a veces hasta dos prelados en cada sede episcopal. Las consecuencias fueron muy tristes, pues las luchas y diatribas que se desencadenaron entre uno y otro disminuyeron grandemente el prestigio del Pontificado, comenzando a dudarse sobre la necesidad del Primado Romano y

cuando se intentó deponer a entrambos papas se dio motivo a que surgieran las teorías conciliares, por las cuales se suponía erróneamente que el Concilio era superior al papa.

Pronto se pensó terminar con esta anómala situación, pero la dificultad estribaba en la forma de solucionarla. Clemente VII quiso terminar el cisma por *vía de hecho*, pero hubo de abandonar este medio por lo costosas e impopulares que fueron las expediciones a Italia.

La muerte de los dos papas rivales tampoco resolvió la situación, porque sus sucesores, Bonifacio IX, napolitano, y el aragonés Benedicto XIII (Pedro de Luna), perseveraron en la misma intransigente actitud, en tanto que en Inglaterra y Bohemia se manifestaban los primeros síntomas de reacción anti eclesiástica. Profeso res franceses y alemanes propusieron la *vía synodi o concilii* para restituir la unidad del gobierno de la Iglesia y después este medio fue defendido enérgicamente por los hombres más significados de la Universidad de París como Pedro d'Ailly y Juan Gerson, que realizaron los mayores esfuerzos para terminar con tan enojoso conflicto. Al lado de esta solución se proponía también la *via cessionis*, es decir, la renuncia de los dos papas, la *via compromissi*, consistente en que se aceptara un árbitro, así como la *via discusiones* y la *via subtrationis*, pero de momento por ninguna se obtuvo el resultado apetecido.

Al fracasar el sistema de cesión o dimisión rechazada de plano por Bonifacio IX y por el tenaz Pedro de Luna (Benedicto XIII), se pensó en celebrar un concilio general que al mismo tiempo que pusiese término a este escándalo, resolviese otras cuestiones concernientes a la Iglesia. Los cuantiosos gastos que tenía la doble curia y las campañas suscitadas, obligó a los papas a aumentar sus peticiones sobre el clero y los fieles llegando a exigir la entrega de la primera anualidad de rentas de cada obispado o abadía al ser provistas, reservándose también numerosos beneficios y enviando por toda la Europa del Oeste recaudadores de impuestos. Esto hizo odioso al Pontificado, protestando el Parlamento inglés contra la intromisión papal en los bienes eclesiásticos y contra las apelaciones, cada vez mayores, a la Curia de Roma, mientras Alemania expulsaba a los recaudadores papales y la Asamblea del clero francés retiraba la obediencia al papa de Aviñón siendo imitado por los de Castilla, Navarra, Bohemia y Hungría.

Los Concilios de Pisa y Constanza.

Más tarde los teólogos parisienses ensayaron el sistema de conferencia o compromiso, pero ninguno de los dos pontífices acudió a la proyectada reunión de Savona. Desengañados los cardenales y demás personas bien intencionadas en resolver por estos medios la situación y observando el incremento que iba tomando la oposición y las herejías se decidieron a convocar un Concilio general en Pisa (1409). Los dos papas (Benedicto XIII y Gregorio XII) no sólo negaron su asistencia, sino que cada uno de ellos convocó otro Concilio. Aun cuando la base del Concilio de Pisa era anticanónica, acudieron a él, llevados por el ansia de unidad, muchos cardenales, prelados, diputados universitarios, teólogos y doctores. Falto de dirección y del apoyo unánime de toda la Cristiandad y dominados por la teoría de la superioridad del Concilio sobre el papa, en vez de solucionar el conflicto le complicaron, pues después de deponer a los dos rivales "como cismáticos y herejes notorios", eligieron a un nuevo papa (Alejandro V), con lo que la Iglesia de bicéfala se convirtió en tricéfala, ya que ni Benedicto XIII ni Gregorio XII acataron sus disposiciones. El nuevo pontífice, apoyado por Inglaterra y Francia, pudo conseguir apoderarse de Roma, pero su sucesor (Juan XXIII), hombre mundano, agitador y excesivamente político, desacreditó la causa que representaba.

Como la división y el desorden iban en aumento agravándose el Cisma, el emperador Segismundo, como defensor de la Iglesia, puso toda su autoridad, su prestigio y tacto en acabar con él, restaurando la unidad, la paz y la fe del Cristianismo occidental. A él se debe la convocatoria del Concilio de Constanza (1414) y su éxito. Fue más concurrido que el anterior y estuvo presidido por Juan XXIII que esperaba ser confirmado en su dignidad, pero viendo que la asamblea se le imponía, escapó de Constanza, siendo más tarde preso y depuesto. Los procuradores de Gregorio XII presentaron su renuncia no sin antes declarar que con su autoridad pontificia se legitimaba el Concilio, con lo que transformado en ecuménico pudo ya nombrar nuevo papa; en cambio, Benedicto XIII se resistió a toda tentativa de renuncia y ni el mismo Segismundo pudo convencerlo. Abandonado y depuesto (julio 1417) "por perjurio, cismático y hereje", se refugió en el inexpugnable castillo de Peñíscola, donde murió casi centenario (1423). Desembarazado de los tres papas el Concilio trabajó en materia de reforma religiosa condenando la herejía de los husitas (1415), el nepotismo y la simonía, y tratando otros asuntos de importancia, como la purificación de la doctrina (= *causa fidei*). Terminado el proceso contra el antipapa Luna, eligió pontífice único a Martín V (1417-1431), con lo que quedaba terminado el Cisma.

Final del movimiento conciliar y triunfo de la tendencia monárquica en la Iglesia.

El Concilio de Constanza había resuelto el Cisma, pero no sólo no llevó a cabo la reforma de la Iglesia tan solicitada y deseada, sino que proclamó la superioridad de la Asamblea sobre el papa (1415) y la periodicidad de las reuniones de la misma. Los teólogos, persuadidos de que la teoría conciliar había salvado a la Iglesia, sentaron la doctrina de que ésta se gobernaría por una monarquía de tipo constitucional y federal, con poder legislativo, en la cual el pontífice sólo tendría el poder ejecutivo. Martín V no aceptó la doctrina del gobierno de la Iglesia por los Concilios y pronto proclamó su superioridad sobre la Asamblea. El Concilio de Pavía-Siena (1423) fue infecundo, tomando únicamente el acuerdo de celebrar uno nuevo en Basilea, que a pesar de la resistencia del papado pudo reunirse en 1431 con el fin de continuar la obra reformadora del de Constanza, resolver el conflicto de los husitas y llevar a cabo la unión con la Iglesia griega. En él se manifestó en seguida la pugna entre Martín V y su sucesor Eugenio IV por un lado y la teoría conciliar por otro, pues al querer disolverle el papa y convocar otro en Bolonia, el Sínodo, apoyado por los príncipes (Segismundo de Alemania) continuó sus trabajos y de hecho renovó su superioridad, pero ante el peligro de un nuevo cisma, Eugenio IV (1431-47) reconoció el Concilio, transformándole en ecuménico, comenzando desde entonces una serie de trabajos de gran utilidad para la reforma eclesiástica. La "reformatio in capite" disgustó al pontífice y al comenzar a tratar de esta cuestión le trasladó a Ferrara (1438-45) para afianzarse en su posición política y llegar más fácilmente a la unión con los griegos que se negaban a acudir a Basilea; de aquí pasó a Florencia, donde después de negociaciones muy difíciles, se llega a la deseada unión con la Iglesia griega (bula "Laetentur Coeli ", 1439) en la que intervinieron los cardenales Cesarini y Besarión, unión que hizo estéril la toma de Constantinopla por los turcos, pues bajo su dominio continuaron los griegos con sus ritos y dogmas. La decisión de trasladarse de Basilea a Ferrara no fue acatada por todos sus miembros, lo que dio lugar a un nuevo Cisma que fue breve, pues el antipapa (Félix V), al ver la superioridad que tenía sobre él el legítimo (Nicolas V), abdicó la tiara (1449), siendo reconocido el de Roma por el sínodo de Basilea antes de su disolución, cuyas decisiones fueron anuladas. Con estos éxitos Eugenio IV adquirió un gran prestigio y gracias a su energía y constancia el principio monárquico en el gobierno de la Iglesia triunfó definitivamente, dejando aclarado que el origen del poder pontificio procedía directamente de Dios, no de la comunidad de fieles representados en el Concilio.

Esta tendencia monárquica absolutista fue continuada por su sucesor, el ilustre humanista y fino diplomático Tomás Parentucelli, que con el nombre de Nicolás V (1447-1455), fue el iniciador y el prototipo de los papas del Renacimiento. Éste no cumplió la promesa de convocar nuevo Concilio, pues la ineficacia del régimen parlamentario en los concilios anteriores había quedado demostrada, y ahora, toda la Cristiandad, canonistas y órdenes mendicantes apoyaban al pontífice y pedían el fortalecimiento del papado en el gobierno absoluto de la Iglesia. Con esto el movimiento conciliar había terminado. En 1450 se celebró pomposamente un jubileo en el que Nicolás V, restaurada la paz y la unidad del mundo cristiano, pareció como verdadero soberano. Quedaba pendiente la reforma de la Iglesia y estos tres últimos pontífices prepararon el camino, reorganizando la Curia y la Cancillería y colocando al frente de los altos cargos personas idóneas, pero no se atrevieron a emprenderla decididamente y esto dio lugar a los próximos intentos reformistas, los cuales, por haber desaparecido la unidad cristiana medieval ante las diferencias nacionales, seguirían unas directrices más nacionales que universales.

Culturalmente el cautiverio de Aviñón tuvo una cierta importancia, pues se estableció un intercambio artístico y literario entre el sur de Francia y norte de Italia, al mismo tiempo que en la corte pontificia aviñonense se fomentó y desarrolló un movimiento cultural. También consta que pasado el Cisma, Martín V dio entrada en su cancillería a algunos humanistas y que Eugenio IV fue un gran protector de las artes.

Las herejías de este período.

Como en los períodos anteriores la inquietud teológica y la práctica mística llevadas al extremo, así como la pérdida por parte de las órdenes monásticas de gran parte de su pureza y celo, dieron lugar a varios movimientos heréticos en los que no sólo se criticó al clero regular y al pontificado por haber sucumbido a influencias seculares, sino que también se puso en tela de juicio algunas de las doctrinas que habían sido ya aceptadas por la Cristiandad medieval. Estas nuevas calamidades heréticas, unidas a la presión francesa en Aviñón, al Cisma de Occidente, a la oposición de las Universidades que se iban alejando de la tutela pontificia y al debilitamiento de la Inquisición, fueron fuerzas que al coincidir en su enemistad al papado prepararon el ambiente para la revolución luterana.

Desde la fundación de la Orden franciscana existió una división entre *conventuales* y *fraticelos* o espirituales. Estos últimos, tratando de defender el rigor primitivo de pobreza absoluta, se insubordinaron y se declararon en rebeldía. Extremistas de la

sencillez y pobreza se acercaron a los sueños apocalípticos de Pedro Oliví y Joaquín de Floris, que predicaban muy a gusto de los espíritus exaltados, la substitución del Evangelio escrito por el *Vangelo eterno*. El médico y estadista Arnaldo de Vilanova, partidario de la doctrina apocalíptica animó al pontificado a terminar con el cisma franciscano. Clemente V exigió bajo severas penas la unión entre las dos ramas, pero muchos espirituales se rebelaron cometiendo toda clase de atropellos contra los demás franciscanos en Francia e Italia y excomulgados, formaron una Congregación independiente, la de los *fraticelos*, que protegida por los laicos inició una campaña furibunda contra el papado, sobre todo desde Alemania con el apoyo de Luis IV de Baviera que nombró antipapa a un espiritual. El cisma no terminó hasta el siglo XIV, después de la muerte de los cabecillas Miguel de Cesena, Guillermo de Ockham y Bonagratia.

Las cofradías de los *begardos* y las *beguinas* extendidas por Alemania y los Países Bajos pronto desaparecieron excomulgadas y los restos de las antiguas herejías, *cátaros*, *valdenses*, *umiliatis*, *hermanos del libre espíritu* y *apostólicos* también se fueron extinguiendo lentamente.

En tanto desaparecían los restos antiguos heréticos, se formaban otras nuevas más peligrosas con un carácter de franca rebeldía contra la autoridad papal, basada en cierto modo en un nacionalismo exagerado. En Bohemia, donde los valdenses y las iglesias secretas tuvieron gran fuerza, aparecieron en el siglo XIV violentos pastores evangelistas (Waldhausen, Kromeritz, Janov, etc.) que influyeron en el porvenir con sus doctrinas. También durante esta centuria se produjo una crisis de fervor religioso a causa de la peste negra, de la Guerra de los Cien Años y del general estado de Europa que motivó la aparición de bandas de penitentes que formando impresionantes procesiones se iban flagelando como único medio de obtener la salvación.

En Inglaterra las exigencias fiscales de Aviñón y la oposición a éstas por parte del monarca (Eduardo III), del Parlamento y del pueblo, a quien seducía no tener que pagar contribución alguna a la Iglesia, prepararon el camino al sacerdote Juan Wycleff (1329-1384), escolar y profesor después de la Universidad de Oxford, que influido por algunas doctrinas apocalípticas se lanzó violentamente contra el papa, el monacato y la propiedad del clero, proponiendo que se nacionalizaran los bienes de la Iglesia. Durante muchos años escribió y predicó contra la riqueza y abusos de la Iglesia, contra las pretensiones del papado y hasta contra la doctrina de la Transubstanciación, negando los sacramentos y afirmando la necesidad de volver al Evangelio con objeto de que la Iglesia recuperase su pobreza y fe primitiva, de la cual se había apartado. Niega la jerarquía, abandona el celibato, rechaza las

indulgencias y propugna una iglesia nacional. Estas doctrinas, la traducción de la Biblia a la lengua vulgar, el consejo para que los príncipes laicos se apoderasen de los bienes eclesiásticos, la dependencia directa de los fieles de Dios, etc., hace que se le considere como el más importante precursor de Lutero. Su fanatismo llevó a intervenir a la autoridad eclesiástica, pero aunque fueron condenados muchos de sus errores, el Gran Cisma y las circunstancias internas del país impidieron que se obtuviese el efecto deseado y su campaña continuó arreciando contra la Iglesia y el dogma. Su intensa actividad fue seguida por sus partidarios, los *lollardos* o sembradores de cizaña, hasta que el Parlamento inglés y la dinastía de Lancaster (Enrique IV) terminaron con ellos, pero ya el wycleffismo había pasado a Bohemia, país desde hacía unos años independiente.

El fanatismo religioso de los albigenses, valdenses y los escritos de Wycleff, traídos a Bohemia por Jerónimo de Praga, prepararon el terreno para la revolución religiosa de Juan Huss (1369-1415), sacerdote y profesor de Filosofía de la Universidad de Praga, gran nacionalista checo y muy opuesto a la influencia germana en Bohemia, su país natal; atacó con más violencia la corrupción de la Iglesia, la propiedad eclesiástica y la primacía de Roma, pero no siguió a Wycleff en la negación de la Transubstanciación. La cuestión religiosa pronto se mezcló con el nacionalismo checo, haciendo esta minoría causa con Huss, al censurar la Universidad de Praga, con mayoría alemana, muchas de las proposiciones heréticas de Wycleff. La lucha se enardeció erigiéndose en representante de los intereses de las clases populares campesinas frente a la oligarquía feudal, las diatribas contra el papado aumentaron, y éste le excomulgó y pone en entredicho la ciudad en donde residiera. Huido de Praga, se dedica a escribir (*La exposición de la fe, Los diez mandamientos y el Padrenuestro y Sobre la simonía*) y a exponer su doctrina en la que la Iglesia era la comunidad de los predestinados que alcanzan la salvación eterna por la sola misericordia de Dios, y no por los méritos humanos, que nada valen. Huss apela a un Concilio y a Cristo, juez supremo y única cabeza de la Iglesia; el rey Segismundo le facilita un salvoconducto para el Concilio de Constanza, pero a pesar de él, fue preso y procesado, siendo condenadas cuarenta y cinco proposiciones de sus escritos, y al negarse a abjurar de ellas, convicto y confeso, fue quemado como hereje (1415), siendo considerado en su capital de Bohemia como un héroe nacional. Su amigo y colaborador Jerónimo de Praga murió también en la hoguera meses después.

El ajusticiamiento de Huss le tomaron sus paisanos como una afrenta nacional y tres años después estalló en Bohemia una guerra religiosa y nacional, a cuyo frente se puso el noble Juan Ziska, venciendo a Segismundo de Alemania en varias batallas en las que se cometieron muchas atrocidades por parte de los fanáticos

hussitas. Estos pronto se dividieron en moderados (utraquistas, calixtinos) y extremistas (taboritas, adanitas) comenzando una lucha civil que después de once años terminó con la victoria de los moderados, llegándose en el Concilio de Basilea a un compromiso con los cuatro artículos, que se llamó las *Compactata de Praga* (1434), por los cuales la Iglesia checa quedaba consentida en Bohemia y Moravia con la comunión bajo las dos especies, aunque de esta fórmula de transigencia se inhibió Eugenio IV.

De esta manera junto a la reforma legal, prudente, tímida y dificultosa que intentaban los concilios y la misma aristocracia eclesiástica, hubo otra fuera de la Iglesia, violenta y apasionada, que fue la de los hussitas, primer ensayo de reforma popular. Con esta acción se afirmó el poder de la nación frente a la realeza.

La enseñanza y la escolástica posterior.

Durante el siglo XIV continúa el entusiasmo por el estudio que tanto esplendor alcanzó en las dos centurias anteriores. De esto es prueba no sólo la creación de nuevos centros superiores de cultura, sino también la pléyade de hombres notables que ilustraron la Escolástica. Los pontífices siguieron concediendo su máxima protección a los centros de estudios y a los hombres de ciencia (Juan XXII y Urbano V), y éstos y los monarcas pusieron en marcha por su iniciativa nuevas Universidades, y a las de Tolosa, Caen, Nápoles y Coimbra, siguieron en el siglo XIV las que fueron creadas en los dominios del Sacro Imperio Germánico como las de Praga (1347), Viena (1365), Heidelberg (1386), Colonia (1388) y Erfurt (1389) y en el siglo XV las de Leipzig (1409), Rostock, Friburgo, etc., al mismo tiempo que en la Europa Oriental se fundaba la de Cracovia (1364) y en Escandinavia la de Upsala (1477).

A pesar del entusiasmo por el estudio, tempranamente aparecieron ciertos vestigios de decadencia, crisis intelectual del siglo XIV, comenzando a substituirse las especulaciones serias por ciertas discusiones de escuela, que fueron degenerando en un frío formalismo. Santo Tomás había salvado en el siglo XIII un enorme escollo al cristianizar aquella época racionalista que había vuelto la vista a Aristóteles. El maravilloso equilibrio espiritual logrado por el *tomismo* pronto se vio amenazado por el averroísmo de un lado y por el positivismo del franciscano Rogerio Bacon (1214-94) por otro, que terminaron por romper esta quietud espiritual. A la ruptura de este equilibrio moral siguió también el de la unidad moral del mundo cristiano y cada nación se constituye en núcleo distinto con su espíritu propio. En esta crisis del idealismo medieval de los últimos siglos el monopolio

espiritual pasa de Francia a Italia, donde toda la cultura europea tomaría nuevos e insospechados rumbos.

La Escolástica en su desarrollo ulterior se caracteriza por cierta inclinación a cuestiones agudas, descuidando los temas fundamentales de la Teología y orientándose hacia el *nominalismo*. Esta Escolástica posterior que avanza hacia la disolución plena del verdadero ideal escolástico se verifica, aparte del *nominalismo*, en las discusiones y en relación con las rivalidades intensificadas entre los dominicos y franciscanos, por continuar éstos en oposición al aristotelismo y en alianza del conocimiento de la Naturaleza con la Teología.

El pensamiento del siglo XIV, en realidad significa un primer humanismo, un triunfo del individualismo con el culto al factor personal. La Escolástica posterior prepara el camino a la ciencia natural de los tiempos nuevos.

En los límites de la alta y posterior escolástica se encuentra el ilustre franciscano escocés Juan Duns Escoto (1266-1308), uno de los pocos casos de precocidad filosófica, que fue maestro en Oxford, París y Bolonia. Este "doctor subtilis", agudamente crítico, rompió la unidad del *tomismo* alejando a Santo Tomás de Aristóteles, construyendo frente a él un sistema filosófico-teológico de gran agudeza y perfección. Como fundador de la escuela franciscana moderna continuó defendiendo el agustinismo.

El franciscano inglés Guillermo de Ockham (1285-1349) fue la figura más importante de los "modernistas" del final de la Escolástica y al mismo tiempo fundador y principal representante de la escuela nominalista. Discípulo de Escoto se formó en Oxford, siendo después maestro muy celebrado en la Universidad de París, condenado más tarde en Aviñón y amigo de los espiritualistas, se refugió bajo la protección del rey herético Luis de Baviera, al que se unió en su violenta campaña contra el papa, muriendo en Munich, posiblemente, sin haberse reconciliado con el Papado. Este nominalista, apoyándose en Aristóteles, defiende que sólo las cosas individuales son reales; por consiguiente, una Teología racional o una Psicología que demuestre la inmortalidad del alma, es naturalmente imposible. El fondo del sistema lo forma una crítica persistente sobre las verdades fundamentales de la Iglesia. Muchos hombres insignes le siguieron en los siglos XIV y XV (Buridan, Helmstadt, Inghen, Oresme, Ailly, Gerson, Biel, etc.), y a su sistema cada vez más apartado del *tomismo* se le llamó *vía moderna*, en oposición a los sistemas dominico y franciscano que se les denominó *vía antigua*. La corriente ockhamista condujo al escepticismo y preparó el terreno a la reforma de Lutero.

En una situación intermedia entre escotistas y okhamistas se encuentran algunos célebres escolásticos que tienen de común con el nominalismo la dura crítica contra el realismo de los tomistas. Entre éstos tenemos al profesor de París y obispo de Meaux, Durando de S. Porciano, el crítico y fogoso Pedro Auréolo, obispo de Aix, Enrique de Herclay y Jacobo de Metz.

Al mismo tiempo que se aflojaban los lazos del dogmatismo, nacía el primer humanismo (siglo XIV) bajo la forma del individualismo y del estudio de la literatura de la antigüedad. El espiritual siglo XIII es una exacerbación de los fervores, el XIV significa, con algunas excepciones, el triunfo de lo humano y externo. Con más entusiasmo que crítica y conocimiento, Boccaccio y Petrarca marcan una corriente renacentista representada por dos tendencias distintas: realista cruda la del primero y clasicista pura la del segundo, ambos anuncian que los tiempos medios concluyen y que una nueva era se prepara. De ambos trataremos más adelante.

La mística y su apogeo.

Paralelamente a la decadencia escolástica, al positivismo y al humanismo del siglo XIV, florece extraordinariamente la ascética y la mística, desarrollándose particularmente en los monasterios y en el sur de Alemania. Este siglo XIV también está impregnado de misticismo, y aparte del que llevó a la práctica San Francisco y su Orden, existió una vena mística que se tradujo de una manera clara en obras de gran valía compuestas por almas privilegiadas que se dejaron arrebatar por los entusiasmos del corazón. La corriente amorosa se incluye entre los temas místicos (poesía "amorum" italiana) y los poetas toscanos, boloñeses y romanos, liberando al hombre de sus pasiones, le conducen por un camino puramente espiritual al verdadero amor (Dominico y Jacobo Passavanti, Giovanni Colombini, Guido Orlando). Otra corriente menos potente fue la que representó un misticismo sencillo caracterizado por la atención que pusieron en escribir e imitar la vida de los santos. Jacobo de Varazzo en el siglo XIII y los franciscanos Montegiorgio y Sarnana nos han dejado gran número de vidas santas y el Dante con su obra la *Divina Comedia*, en la que compone un poema religioso, busca el triunfo de la paz cristiana.

Aparte de este misticismo italiano hubo también manifestaciones en otras partes de Europa. En Alemania figura a la cabeza el maestro dominico Juan Eckhart (m. 1327), primer escritor en lengua alemana y la más fuerte personalidad de los místicos procedentes de la Orden dominicana, donde ingresó muy joven llegando a ser provincial en Sajonia y vicario general. Se distinguió como profesor en París,

Estrasburgo y Colonia, después de estudiar con Alberto Magno, y, al mismo tiempo que enseñaba escolástica tomista con algunas innovaciones neoplatónicas, se dedicó a la predicación y a la mística, componiendo obras, que aunque poco originales, le han inmortalizado. Acusado de panteísta, la Iglesia entabló contra él un proceso que terminó después de su muerte con la condenación como heréticas de una serie de proposiciones; no obstante, él se retractó sin esperar la decisión de los jueces, muriendo reconciliado con ella. Aunque su pensamiento y sus escritos son todavía muy discutidos, hoy se ha probado plenamente su ortodoxia.

Eckhart con sus escritos excitó la virtud de otros hombres notables que escribiendo también en lengua vulgar y con menos extremismos influyeron en la piedad del pueblo; entre éstos tenemos a sus discípulos Juan Tauler (1300-61) y Enrique Seuse (1295-1366), el lírico de la mística germana, ambos pertenecientes a la Orden de Santo Domingo.

También se pueden incluir dentro de este misticismo científico y didáctico el autor de la célebre *Imitación a Cristo*, probablemente Tomás Hamerken (1380-1471), llamado vulgarmente Kempis por la población cercana a Colonia donde nació, Juan Gerson, Dionisio Cartusiano y Gerardo Groot. Al lado de este misticismo intelectual hubo otro sentimental y apasionado, representado por notables figuras católicas como Ángela de Foligno, que describió magníficamente en su obra *Teología de la Cruz*, sus éxtasis y sufrimientos, la Santa extática Brígida de Suecia, Santa Catalina de Siena, verdadera vidente y mística consumada, San Lorenzo Giustiniani, San Juan Capistrano y San Bernardino de Siena.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliographie internationale de l'Histoire des Religions. Compilada por Henriette Boas, bajo la supervisión de C. J. Bleeker (publicados los vols. XIV, XV y XVI, años 1952 al 1957).- St. Baluzius: *Vitae Papatum Avenionensia*, 3 vols., 1908-1922. - Dufourcq: *Le christianisme et la désorganisation individualiste* (1303-1527), 4.^a ed., 1925.- F. Rocquain: *La Cour de Rome et l'esprit de réforme avant Luther*, 3 vols., París, 1893-1897.- J. Loserth: *Geschichte des späteren Mittelalters*, 1903. - Haller: *Papstum und Kirchenreform*, Berlín, 1903. - Bouard: *La France et l'Italie au temps du grand Schisme d'Occident*, París, 1936. - Y. Renouard: *La papauté d'Avignon*, París, 1959 (edic. española, Buenos Aires, 1961); del mismo: *Les relations des papes d'Avignon et les compagnies commerciales et bancaires de 1316 a 1378*, París, 1941. Guy Mollat: *Les papes d'Avignon (1305-1378)*, París, 1950 (9.^a edic.). - M. Ferguson: *The Church in a changing World*, "American

historical Review", 59 (1953). - L. Salembier: *Le grand Schisme d'Occident*, París, 1921. M. Sedlmeyer: *Die Anfänge des grossen abendl. Schismas*, 1940. - E. Perroy: *L'Angleterre et le grand schisme d'Occident*, París, 1933.- N. Valois: *La France et le grand schisme d'Occident*, París, 1896-1902; del mismo: *La crise religieuse du XV siecle. Le Pape et le Concile, 1418-1450*, París, 1909. - Vincke: *Briefe zum Pisaner Konzil*, 1940. - H. Finke: *Acta Concilii Constancensis*, 4 vols., Münster, 1898-1928. - S. Puig y Puig: *Pedro de Luna, último Papa de Aviñón (1378-1430)*, Barcelona, 1920. - A. Casas: *El Papa Luna*, Barcelona, 1944. - J. Sanabre: *El cisma de Occidente y los reyes de Aragón*. En Rev. Ecles., 1927. - G. C. Coulton: *Five centuries of Religion. IV. The last days of medieval monaschim*, Cambridge, 1951. - G. Schnürer: *L'Église et la civilisation au Moyen Âge*, 2 vols., París, 1933-1938. - G. Duby: *Fundamentos de un nuevo humanismo, 1280-1440*, Ginebra, Barcelona, 1966. E. Jeaneau: *La Filosofía medieval*, Buenos Aires, 1965. - Ch. Dupille: *Les enragés du XV siecle. Les étudiants au moyen âge*, París, 1969. - R. Morghen: *Storia medievale e Storia della Chiesa*, 1946. - A. Fliche: *La Chrétienté médiévale*, París, 1929. - E. F. Jacob: *Essays in Later medieval History*, Londres, 1968. - F. Rapp: *Église et vie religieuse en Occident á la fin du Moyen Âge*. Colee. "Nouvelle Clío". - E. Delaruelle, E. R. Labande y P. Oueliac: *L'Église au Temps du Grand Schisme et de la crisé conciliaire (1378-1449)*, Tournay, 1962. - G. Mollat: *Les Papes d'Avignon, 1309-1376*, París, 1965. - G. Pillement: *Pedro de Luna le dernier pape d'Avignon*, París, 1955. L. Suárez Fernández: *Castilla, el cisma y la crisis conciliar (1378-90)*, Madrid, 1960. - J. Beneyto: *El cardenal Albornoz, canciller de Castilla y caudillo de Italia*, Madrid, 1950. - H. Kaminsky: *A history of the Hussite Revolution*, Los Ángeles, 1967. - J. Gill: *Eugenio IV, papa de la unión*, Madrid, 1967. - E. R. Labande y B. Leplant: *Répertoire International des médiévistes*, Poitiers, 1971. - G. L. Barni y G. Fasoli: *L'Italia nell' Alto Medioevo*, Turín, 1971.- A. Viscardi y G. L. Barni: *L'Italia nell'eta Comunale*, Turín, 1966. *Historia Universal siglo XXI*, edic. castellana, vol. 10; *La Alta Edad Media, de Jan Dhondt*, Madrid, 1971; vol. 11, *La Baja Edad Medía*, de J. Le Goff, Madrid, 1971; vol. 12, *Los fundamentos del mundo moderno*, de R. Romano y A. Tenenti, Madrid, 1971.

El Catolicismo y los Bárbaros

1. Roma, el Catolicismo y los Bárbaros. 2.- El Cristianismo antes de la invasión. 3.- Conversión de los Bárbaros al Catolicismo. 4.- Conversión de los Francos. 5.- Conversión de los Visigodos. 6.- Conversión de los Anglo-sajones. 7.- Conversión de los Lombardos. 8.- Resultado de la conversión. 9.- Influencia del Catolicismo sobre los Bárbaros.

1. Roma, el Catolicismo y los Bárbaros. A la caída del Imperio quedan tres elementos informando la nueva sociedad; Roma, que representa el elemento de la antigüedad, los Bárbaros, que constituyen el elemento nuevo, y el Catolicismo que viene a ser el lazo que une lo antiguo con lo moderno, Roma y los Bárbaros. Estos tres elementos pueden reducirse a dos, el Catolicismo y los Bárbaros, por cuanto los principios permanentes de vida y de civilización que encerraba Roma, fueron recogidos por el Catolicismo, y por éste transmitidos a los pueblos invasores. Sobre estos dos elementos descansa toda la historia de la Edad media, y aún de la moderna.

Roma había perseguido al Cristianismo por espacio de tres siglos, lo declaró después religión única del Estado, y con este carácter subsistió hasta la caída del Imperio. Sin embargo, Roma, entregada a la corrupción, abyecta y envilecida, no consigue regenerarse con las saludables doctrinas evangélicas; por sus costumbres y por sus vicios, vive todavía entregada al paganismo: si el Cristianismo no la salvó, es porque para ella no había salvación posible; debía desaparecer de la historia abrumada por sus desaciertos.

Si la civilizada Roma en cinco siglos no llegó a ser verdaderamente cristiana, los Bárbaros, en cambio, aceptan esta religión al día siguiente de su establecimiento; en menos de un siglo todos los pueblos bárbaros que invadieron el Imperio se convirtieron al cristianismo. La nueva religión encontró en ellos el elemento que necesitaba para regenerar a la humanidad: el Cristianismo y los Bárbaros habían nacido el uno para el otro; de su fusión ha resultado la vida y civilización moderna.

2. El Cristianismo antes de la invasión de los Bárbaros. La Iglesia cristiana estaba perfectamente organizada cuando los pueblos bárbaros se extendieron por el Imperio romano. La unidad en la variedad se hacía notar en la jerarquía eclesiástica; y la unidad absoluta de la fe reinaba en todos los miembros desde el Concilio de Nicea.

Además de esta fuerte organización interior, la Iglesia, después de las persecuciones, estaba en íntima comunicación con el Estado y con el orden político del Imperio romano. Los elementos de variedad en la Iglesia tuvieron entre sí la misma organización que tenía el gobierno en Roma. La división en prefecturas, diócesis y provincias, sirvió de fundamento a la división de las funciones en la Iglesia. El pontífice, los arzobispos y los obispos, se unían entre sí con relaciones análogas a las que venían sosteniendo el emperador, los prefectos y los gobernadores de las provincias. De manera que la fuerte unidad en la organización de la Iglesia, no era únicamente interior, sino que se manifestaba de igual manera exteriormente en sus relaciones con la sociedad y con el Estado.

Por otra parte, desde Constantino, la Iglesia comenzó a enriquecerse, y por ello, y por las virtudes de los cristianos y la ciencia y prudencia de los Obispos, creció tanto su poder y su prestigio en la sociedad, que a la caída del Imperio recogió los elementos permanentes de vida que encerraba la civilización romana, ostentándose de esta manera ante los pueblos invasores no solo como depositarla de la religión, sino como representante de la cultura y de la unidad política de Roma. En este doble sentido influyó la Iglesia sobre los Bárbaros; suavizando y moralizando sus costumbres por la predicación del Evangelio, y educándolos con la cultura y la unidad de la política romana.

Los Bárbaros, pues, encontraron en la Iglesia los elementos que necesitaban para constituir la base de la sociedad futura: su barbarie se modificó al calor de la religión y de la cultura romana; y su espíritu exagerado de independencia y de división y fraccionamiento, halló una compensación en la fuerte unidad de la Iglesia y de la política romana,

3. Conversión de los Bárbaros al Catolicismo. Cuando los pueblos bárbaros invadieron el Imperio, profesaban distintas creencias religiosas. Los que vinieron a establecerse en el Mediodía eran arrianos, como los Suevos y Visigodos en España, los Borgoñones en la Galia y los Lombardos en Italia; los Francos y los Anglosajones conservaban el paganismo germánico. Unos y otros en muy corto tiempo aceptaron el Catolicismo, que era la religión de los vencidos, como aceptaron después el lenguaje de la civilización romana. Fue tan rápida la conversión de los Bárbaros que aún antes de establecerse de una manera definitiva en las provincias del Imperio, algunos pueblos se habían ya hecho cristianos.

La causa de la prontitud de la conversión debe buscarse en el escaso desarrollo del paganismo germánico, y su falta de arraigo en la conciencia de los Bárbaros; en que aquellas creencias estaban estrechamente unidas con los accidentes de la naturaleza

de los bosques de la Germania, y abandonado aquel país por los Bárbaros, se olvidaron estos de su religión, quedaron en cierto modo huérfanos de creencias, y mejor dispuestos para aceptar el Cristianismo. A esto hay que agregar el carácter dócil, aunque bárbaro de aquellos pueblos y sobre todo la bondad intrínseca de la nueva religión, las costumbres puras y sencillas de los cristianos y la civilización romana identificada con el Cristianismo, y que tanto prestigio alcanzaba sobre los bárbaros conquistadores.

4. Conversión de los Francos. Los Francos fueron el primero de los pueblos bárbaros convertido al catolicismo. Cuando los Francos pasaron el Rin, la dominación romana era solo nominal en la Galia, estando casi toda ella en poder de los Borgoñones, de los Visigodos y de los Alemanes. Contra estos tres pueblos tuvo que combatir el belicoso Clodoveo, rey de los Francos. Casado con Clotilde, princesa católica (493), tenía ya por ésta conocimiento de la religión cristiana. Sin embargo, su conversión fue bastante interesada. En guerra con los Alemanes, y a punto de perder la batalla de Tolviac, se encomendó al Dios de su esposa, prometiendo hacerse cristiano si conseguía la victoria. Triunfante del enemigo, Clodoveo recibió el bautismo de manos de S. Remigio, Obispo de Reims, (496) convirtiéndose desde entonces en campeón del Catolicismo.

Siendo Clodoveo el primer rey bárbaro que se hizo católico, y con él el pueblo franco, se atrajo por esta razón el afecto de toda la población galo-romana también católica, de los otros Estados sometidos a los Visigodos y Borgoñones que eran arrianos. Y con este poderoso apoyo se dirigió Clodoveo contra los Visigodos, derrotándolos en la batalla de Vouglé, Vouillé, 507) donde perdió la vida su rey Alarico II, extendiendo los Francos su dominación hasta los Pirineos, teniendo que replegarse a España los vencidos que no conservaron en la Galia más que la Narbonense, que en adelante se llamó Galia Gótica.

Los Borgoñones afectos también al arrianismo, y aliados por esta causa de los Visigodos, fueron también vencidos por Clodoveo, y sometidos por sus hijos. Con lo cual, la Galia toda profesó desde entonces la religión católica, fundiéndose por esta razón allí antes que en otros países los vencedores con los vencidos.

Como se ve, la Iglesia Católica encontró el más valioso apoyo en Clodoveo para concluir con el arrianismo en las Galias, así como el rey franco con la ayuda de la Iglesia y la cooperación de los Obispos, pudo reunir bajo su corona todos los países que se extienden desde el Rin hasta los Pirineos. Desde entonces quedan estrechamente unidas la monarquía de los Francos y la Iglesia Católica; unidas extenderán las conquistas y con ellas la religión por las regiones de la Germania;

los reyes francos harán al Papa rey, y la Iglesia restablecerá en ellos el imperio de Occidente.

5. Conversión de los Visigodos. Los Visigodos acampados en las orillas del Danubio, recibieron el arrianismo, que les predicó el Obispo Ulfilas, en tiempo del emperador Valente. Con estas creencias, después de sus correrías por la Grecia e Italia, vinieron a establecerse en la Galia meridional y la España, perdiendo la primera en la batalla de Vouglé, no tanto por el valor de los Francos, como por la antipatía religiosa con el pueblo galo-romano que profesaba el Catolicismo.

Concretada la dominación visigoda a nuestra península, tuvieron no poco que sufrir los católicos españoles; pues, aunque en general tenían el libre ejercicio de su religión, algunos reyes o por ser más fanáticos, o por miras políticas, los persiguieron, entre otros, Eurico y Leovigildo. Casado este con Golsuinda que era arriana, y su hijo Hermenegildo con Ingunda, princesa católica, comenzaron las escisiones en la familia real, entre las dos princesas, y entre el padre y el hijo, por haberse convertido Hermenegildo por los consejos de su tío S. Leandro a la fe católica. Ingunda tuvo que sufrir las iras de su madrastra, y Hermenegildo por no desmentir su fe perdió la vida de orden de su propio padre.

Recaredo, hijo y sucesor de Leovigildo y hermano de Hermenegildo, aleccionado por estos sucesos, e instruido también por S. Leandro en la fe católica, abjuró públicamente el arrianismo en el concilio III de Toledo, siguiéndole los obispos arrianos y la mayor parte de la nobleza, con lo que el Catolicismo fue desde entonces la única religión en España.

Los Suevos eran gentiles en la época de la invasión; adoptaron después el arrianismo, y fueron convertidos al Catolicismo por S. Martín de Braga, en tiempo del rey Teodomiro.

6. Conversión de los Anglo-sajones. La Gran Bretaña era cristiana en tiempo de los romanos, por los esfuerzos de algunos comerciantes del Asia Menor que introdujeron allí las primeras semillas del Evangelio; pero el paganismo semi-salvaje de los Anglo-sajones concluyó con el Cristianismo, que tuvo que replegarse con los vencidos a las montañas de Gales, a la Escocia y a la Irlanda.

La conversión de los Anglo-sajones se verificó en tiempo del Papa S. Gregorio el Grande, que mandó al monje Agustín con otros cuarenta compañeros a predicar la Buena Nueva en las regiones ocupadas por la Heptarquía. El primer Estado convertido fue el de Kent, (597) cuyo rey Etelberto, casado con Berta, princesa

cristiana, se hizo cristiano con todo su pueblo, y fundó la Catedral de Cantorbery. Los otros reinos admitieron también el Cristianismo y en menos de un siglo las islas Británicas volvieron al seno de nuestra religión.

7. Conversión de los Lombardos. Después de la breve dominación de los Hérulos y los Ostrogodos, penetraron en Italia los Lombardos, que intentaron extender con sus conquistas el arrianismo por toda la península, y apoderarse de Roma. Como los Lombardos fueron el último de los pueblos germanos que penetraron en el Imperio, cuando llegaron a establecerse en Italia, todos los otros pueblos bárbaros eran ya cristianos, y el rey Grimoaldo con miras más políticas que religiosas, se hizo cristiano, y con él en poco tiempo todo su pueblo.

8. Resultados de la conversión de los Bárbaros. La conversión de los Bárbaros al Catolicismo es uno de los hechos más importantes y trascendentales que registra la historia, porque representa el lazo y unión de la vida antigua con la vida nueva que los conquistadores traían de la Germania, y ha servido de base a la civilización moderna.

El individualismo de los Bárbaros hubiera conducido al fraccionamiento y a la ruina de la sociedad. Sólo la religión podía establecer la unidad de aspiraciones y la comunidad de intereses en medio de la confusión y el desorden que ofrecían tantos pueblos diferentes por su origen, aspiraciones y tendencias: sólo la religión podía ofrecer un áncora de salvación en el revuelto mar que presenta la humanidad en los primeros siglos de la Edad media.

Tres religiones existían en aquel tiempo más o menos extendidas y poderosas entre los pueblos bárbaros: el paganismo romano que aniquilado y casi destruido en los últimos tiempos del Imperio, dominaba todavía en la masa ignorante del pueblo, pero que como la religión de los vencidos había caído en descrédito, y no ofrecía el principio de unidad que la sociedad necesitaba en aquel tiempo: el arrianismo, aceptado por algunos pueblos bárbaros, llevaba en sí el espíritu estrecho y el particularismo de todas las sectas, careciendo también por esta causa de las condiciones necesarias para imponer una fuerte unidad a la sociedad dividida: únicamente el Catolicismo, por su carácter universal, podía establecer la unidad indispensable en aquella sociedad, reuniendo en comunidad de ideas y aspiraciones a pueblos tan diversos. Por estas razones desaparecieron los últimos restos del paganismo, concluyeron pronto los pueblos que habían adoptado el arrianismo, y el Catolicismo salvó a la humanidad.

9. Influencia del Catolicismo sobre los Bárbaros. Las consecuencias de los grandes hechos históricos no se tocan generalmente sino después del tiempo necesario para su natural y pacífico desenvolvimiento. La influencia del catolicismo sobre los Bárbaros no fue, ni podía ser instantánea; sino que se desarrolló de una manera lenta, pero constante en el trascurso de los siglos, y sólo puede ser apreciado comparando nuestra sociedad con el estado de la Europa inmediatamente después de la invasión.

Los Bárbaros exageraron la independencia personal y vinieron a caer en el más brutal egoísmo, no conociendo otro móvil de sus acciones que el placer y el goce material; las relaciones humanas se señalan entre ellos por la crueldad y la venganza, y por la violencia de las pasiones. El Catolicismo modificó estos caracteres, enseñándoles la abnegación y el desinterés, la dulzura, la justicia, el orden y la moralidad. El Catolicismo ejercía también una acción bienhechora sobre las costumbres de los Bárbaros, trabajando sin descanso para restablecer la pureza del matrimonio tal como hoy la conocemos; condenando todas las formas de la poligamia, que aquellos pueblos de pasiones ardientes habían tomado de los romanos; aun cuando los pecadores se llamasen reyes o príncipes; elevando considerablemente de esta manera la consideración de la mujer, abyecta y envilecida en los tiempos antiguos.

La Iglesia corrigió del mismo modo los crímenes y los extravíos de los reyes, perdiendo la vida algunos obispos y sacerdotes por su noble entereza en este asunto; la Iglesia, imitando a J. C., mostró además su predilección por los pobres y desvalidos, estableció lugares de amparo y asilo, donde los perseguidos y los oprimidos encontraban un refugio que les salvaba de la venganza personal de sus conciudadanos, y donde hallaban segura acogida hasta los esclavos y los criminales.

RESUMEN DE LA LECCIÓN

1.- A la caída del imperio quedan informando la nueva sociedad tres elementos; Roma, el Catolicismo y los Bárbaros, que pueden reducirse a los dos últimos. Roma no había conseguido regenerarse con el Evangelio. En cambio, los Bárbaros se convirtieron con facilidad al Cristianismo, preparando así la regeneración de la humanidad. 2.- La organización de la Iglesia tenía una fuerte unidad tanto por la jerarquía como por la fe; además se había apropiado la poderosa unidad de Roma en su organización exterior; adquiriendo a la vez riquezas y prestigio, y haciéndose la depositaria de la civilización romana. Con estos elementos de civilización se presenta la Iglesia ante los pueblos invasores. 3.- Los Bárbaros se hicieron católicos, aun antes de consolidar su establecimiento en el Imperio; y esto se debe a la poca influencia que sobre ellos tenía la religión que traían de Germania, a la bondad intrínseca del cristianismo, y a la especie de fascinación que sobre ellos ejercía la civilización romana que se les presentaba unida con la nueva religión. 4.- Los Francos fueron el primero de los pueblos que se convirtieron al Cristianismo en tiempo de Clodoveo; apoyado este rey por la población católica de los otros Estados, venció a los Visigodos y Borgoñones; permaneciendo desde entonces estrechamente unida la monarquía de los Francos con la Iglesia católica. 5.- Los Visigodos eran arrianos; vencidos por Clodoveo se replegaron a España, donde alguna vez persiguieron a los Católicos, perdiendo la vida por esta causa S. Hermenegildo en tiempo y por orden de su padre Leovigildo. Recaredo hijo de este aspiró el arrianismo en el Concilio III de Toledo. Los Suevos habían sido antes convertidos por S. Martín de Braga. 6. Los Anglo-sajones casi concluyeron con el Cristianismo de la Bretaña; pero fueron convertidos por los monjes allí enviados por el Papa S. Gregorio el Grande. 7.- Los Lombardos en Italia fueron el último de los pueblos bárbaros que se convirtió al Catolicismo, en tiempo del rey Grimoaldo. 8.- Solo la religión podía establecer la unidad en medio de la variedad, confusión y desorden que había producido la invasión de los Bárbaros; pero este resultado no podía obtenerse por el paganismo de los vencidos, ni por el arrianismo de algunos pueblos, faltos ambos de la unidad necesaria en aquellas circunstancias; sólo el catolicismo, por su carácter universal, podía salvar y salvó a la humanidad. 9.- El Catolicismo influyó sobre los Bárbaros, oponiendo a su egoísmo la abnegación y el desinterés, a su crueldad la dulzura de los sentimientos humanos, al espíritu de venganza la justicia, y a los goces materiales y a la vehemencia de las pasiones la más severa moral: estableció la pureza del matrimonio, y elevó la consideración a la mujer; corrigió a los reyes y poderosos sus extravíos, y amparó a los pobres y desvalidos, a los esclavos y a los criminales.

El Monacato. Las herejías y la literatura cristiana

1. Origen del Monacato. — 2. Servicios prestados por **los** monjes a la civilización. — 3. Conversión de los Alemanes al Catolicismo. S. Bonifacio. — 4. Conversión de Dinamarca y Suecia. S. Anscario. — 5. Las herejías. — 6. Literatura cristiana en los primeros siglos de la Edad media.

1. Origen de Monacato. El Monacato comenzó en el Oriente y especialmente en Egipto, durante las persecuciones contra los cristianos, siendo S. Antonio el primer Abad de los monjes de aquella región en tiempo de Decio. S. Atanasio introdujo en Occidente el monacato, que se extendió en gran manera bajo la protección de S. Agustín en África, de S. Ambrosio en Italia, S. Martin de Tours en la Galia y S. Martin de Braga en España. Este monacato tenía por base y fundamento el retiro y la vida contemplativa, en armonía con el carácter de los pueblos orientales; pero se acomodaba menos a la manera de ser de los pueblos de Europa, y al estado de la sociedad en aquellos tiempos, por lo que, si bien se constituyeron gran número de monasterios, no ejercieron por entonces una influencia decisiva en la vida y en las costumbres.

Aparte de este origen oriental; nació en Italia en el s. VI una regla más acomodada al carácter de las naciones occidentales. San Benito, natural de Nursia, en el ducado de Spoleto, fundó el monasterio de Monte Casino, prescribiendo a sus monjes siete horas diarias de trabajo manual, aplicado a la agricultura, en combinación con la oración y la vida contemplativa, ordenando al mismo tiempo la obediencia pasiva a los superiores. De esta manera la orden de los benedictinos se armonizaba mejor con el carácter activo de los europeos, desarrollándose de un modo sorprendente en el espacio de muy pocos años, y extendiendo sus fundaciones por todos los pueblos europeos, protegiéndoles a porfía los príncipes, los pontífices y los particulares.

La causa del rápido desarrollo del monacato en Europa, se encuentra en lo revuelto de los tiempos, en el desorden social, y en la falta de seguridad y de amparo en las personas y en los bienes, en los tiempos calamitosos que sucedieron a la invasión y establecimiento de los pueblos bárbaros. Los hombres buscaban en la soledad del claustro la paz y tranquilidad del cuerpo y del espíritu que no podían conseguir en otra parte. De manera que el monacato vino a satisfacer una verdadera necesidad social; nació cuando debía nacer, alcanzando por esta razón un desarrollo tan sorprendente en todas partes.

2. Servicios prestados por los monjes a la civilización. Además de ofrecer a la sociedad un seguro asilo de paz y tranquilidad dentro del claustro, el monacato de Occidente, por sus condiciones espaciales, prestó grandes servicios a la causa de la civilización.

Generalmente se establecían los monasterios en lugares agrestes, en medio de las selvas, que en muy poco tiempo se convertían en terrenos de labor, y campos de producción; y dedicándose los monjes por sí mismos a las tareas agrícolas, ennoblecieron y santificaron el trabajo, antes despreciado y envilecido como los seres que lo ejercían, que eran los esclavos. Por otra parte, contribuyeron a suavizar las costumbres violentas y el carácter inculto y grosero de aquella época, extendiendo por todas partes la dulzura y la santidad de las máximas evangélicas.

Otra deuda no menos importante tiene la civilización con el monacato de los primeros siglos de la Edad Media., que consiste en haber salvado de una pérdida segura en aquellos tiempos de ignorancia y de barbarie, los principales monumentos literarios y artísticos de la antigüedad bárbara y romana, siendo a la vez las abadías y monasterios, los únicos centros donde se cultivaban las ciencias, las artes y la literatura. Por último, desarrollándose el trabajo y la vida del campo y agrupándose por esta causa los siervos alrededor de los monasterios, fueron aquellos establecimientos el núcleo de futuras poblaciones y grandes ciudades que han llegado hasta los tiempos presentes.

3. Conversión de los alemanes al Catolicismo. S. Bonifacio. Después de haber convertido a todos los pueblos bárbaros que se establecieron en el antiguo imperio romano, la Iglesia comenzó otra empresa mayor, y más difícil y peligrosa; extender el Catolicismo entre los pueblos de la Germania y de las penínsulas del Norte, la Dinamarca y la Suecia, que todavía conservaban el paganismo.

Después de la invasión, la población de la Germania disminuyó considerablemente, los desiertos y las selvas, poblados de fieras, se aumentaron; y los hombres que los habitaban eran tan agrestes y salvajes como la misma naturaleza. Además, el paganismo en que vivían estaba allí identificado con la naturaleza; su fe se refería a los árboles y a las selvas, a las fuentes y a los ríos, a las rocas y montañas; así es que aquellos pueblos resistieron tenazmente el catolicismo, que los privaba de sus dioses locales, con los que se encontraban en una íntima y constante comunicación.

Los primeros misioneros que predicaron el Evangelio en Alemania procedían de Inglaterra, donde el Catolicismo había echado hondas raíces después de la conversión de los Anglo-Sajones, convirtiéndose sus monasterios en focos de

cultura y civilización, que extendieron después los monjes por distintos países europeos, y entre ellos por Alemania, donde S. Galo y S. Columbano, aparte de otros muchos, fundaron varios monasterios en los siglos VII y VIII.

Pero el verdadero propagador del Catolicismo, el Apóstol de la Alemania, fue Wifredo, anglo-sajón, llamado después Bonifacio por el bien que hizo en aquellas regiones predicando el Evangelio por espacio de treinta años. El Pontífice Gregorio II (715-731) celoso continuador de las elevadas miras de S. Gregorio I el Magno (590-604), protegió decididamente al monje inglés en aquella empresa (718), favoreciéndole de igual manera y con más eficacia Carlos Martel y Pipino, por cuanto en el estado de barbarie en que se encontraban aquellos pueblos era necesario el auxilio de la fuerza para arrancarles sus supersticiones, y obligarles a aceptar el Catolicismo.

En su largo apostolado, S. Bonifacio predicó el Evangelio en toda la Alemania, fundando abadías y monasterios, obispados, escuelas y seminarios, derribando los árboles sagrados y prohibiendo el culto pagano. En sus últimos años partió de su arzobispado de Maguncia para predicar el cristianismo a los Sajones y a los Frisones, hallando la muerte entre estos últimos en 755

4. Conversión de Dinamarca y Escandinavia. S. Anscario. El núcleo principal de la raza germánica había recibido el cristianismo por los heroicos esfuerzos de San Bonifacio, por la iniciativa de los Papas, y por el eficaz auxilio de los reyes francos; pero quedaba todavía sumida en el paganismo una parte importante de esa misma raza, que ocupaba las dos penínsulas del Norte, la Dinamarca y la Escandinavia, habitadas por los feroces Normandos que se habían dado ya a conocer por sus piraterías en los países de los francos.

S. Anscario, monje de Corbia, vivió en tiempos de Papa Gregorio II y de Ludovico Pío, fue el encargado de llevar a aquellos países el Cristianismo. Su ardiente fe y su constancia inquebrantable en medio de los mil peligros y contratiempos que tuvo que experimentar en aquella empresa, le hacen digno de figurar en la historia al lado de S. Bonifacio y de todos los grandes apóstoles del Cristianismo. Pero en aquellos países, como había sucedido en Alemania, los reyes de Dinamarca, de Suecia y de Noruega tuvieron que emplear la fuerza y la violencia, para auxiliar la predicación de los monjes, consiguiendo de esta manera la consolidación del Cristianismo.

5. Las herejías. Mientras la Iglesia católica, por la iniciativa de los Papas, por la ciencia y la virtud de los Obispos y por la fe y constancia de los Monjes, cumplía su misión de educar y evangelizar á los Bárbaros, tanto a los que se establecieron

en el antiguo imperio romano, como a los que todavía quedaban más allá del Rin y del Danubio, se levantaron algunas herejías, principalmente en el Imperio de Oriente, como preludiando la separación de la Iglesia griega de la latina, que más adelante se habrá de verificar.

Entre estas herejías citaremos únicamente las principales. El Pelagianismo (400) tomó su nombre de Pelagio, monje inglés que predicó en Roma contra el pecado original y contra la necesidad de la gracia para obtener la salvación, sosteniendo que el pecado de Adán no se había transmitido a la humanidad. Esta doctrina fue combatida por S. Agustín y condenada en varios concilios.

El Nestorianismo (429), trae su origen de Nestorio, patriarca de Constantinopla; que distinguía en Jesucristo dos personas, así como dos naturalezas, negando a la vez que fuera hijo de la Virgen. Nestorio fue combatido por S. Cirilo de Alejandría, y condenado por el Concilio de Efeso; pero su doctrina se extendió por la Persia y por la India, llegando quizá hasta la China. En Occidente solo dos obispos españoles, Félix de Urgel y Elipando de Toledo, profesaron aquellas herejías que abjuraron después.

El Monotelismo (627), nacido también en Constantinopla, sostenía que en Jesucristo solo existía una voluntad. Esta doctrina condenada por la Iglesia, ha sido profesada hasta hoy por los Maronitas del Libano. Los Monofisitas (417) que admiten en Jesucristo una sola naturaleza, extendieron sus doctrinas por el Egipto, Armenia, Siria y Mesopotamia.

En el siglo VIII apareció otra herejía más importante por la calidad de las personas que en ella intervinieron y por los desórdenes y violencias que por ella se originaron en el Imperio bizantino. Esta herejía es la de los Iconoclastas, que comenzó en tiempo del Emperador León, el Isáurico, mandando este quitar las imágenes de los templos, para evitar la idolatría del pueblo ignorante, y que terminó en el reinado de la emperatriz Irene, restableciendo el culto de las imágenes y de las reliquias.

6. Literatura cristiana en los primeros siglos de la Edad Media. Las luchas y violencias que acompañaron a la invasión de los Bárbaros, y las guerras que entre estos se originaron después de establecidos, no dejaban la paz y reposo que el cultivo de las letras necesita. En aquellos tiempos de desorden y confusión, al contacto con los idiomas germánicos comienzan a perderse las antiguas leyes gramaticales del latín, apropiándose más o menos elementos extraños, según los países, abriéndose entonces una época de transformación que dará por resultado más

adelante los diferentes idiomas que hoy se hablan en las naciones que formaron parte del Imperio romano.

La literatura tuvo en aquellos tiempos escasos representantes, y sus obras son tan inferiores que no admiten comparación alguna con las de los siglos anteriores. Después de los panegíricos de Sidonio Apolinar, de la historia de Salviano y la del español Paulo Orosio, solo debemos citar las obras teológicas de los papas S. Gregorio el Magno y San León, la historia de los Godos por Jornandes, la de los Francos por Gregorio de Tours, las obras filosóficas de Boecio, la última estrella de la filosofía; las de S. Isidoro y sus discípulos, de que nos hemos ocupado anteriormente, y la de Beda el Venerable en Inglaterra. En la lengua griega, aparte de las obras jurídicas de Justiniano, únicamente pueden citarse la historia de Procopio, y la de Gregorio Sincelo, y las teológicas y filosóficas de S. Juan Damasceno.

Como puede observarse, el escaso movimiento literario de aquellos siglos de decadencia, es debido casi en totalidad a la Iglesia, que además prestó por medio de los monjes benedictinos, el importantísimo servicio de conservar los monumentos de la ciencia y del arte antiguo en espera de mejores tiempos.

RESÚMEN DE LA LECCIÓN.

1. El monacato tuvo su origen en Egipto, siendo S. Antonio el primer Abad de los monjes de aquella región; pero por su tendencia a la contemplación ejerció escasa influencia en los pueblos europeos. El origen del monacato en Occidente se debe a S. Benito, que fundó el monasterio de Monte Casino, prescribiendo entre otras cosas el trabajo manual, por cuyo carácter se amoldaba mejor a los pueblos de Europa, y se propagó de un modo sorprendente por todas las naciones, porque venía a satisfacer una verdadera necesidad social en aquellos tiempos de violencias y de confusión. — 2. Los monjes convirtieron las selvas en campos de producción, ennoblecieron y santificaron el trabajo antes envilecido, suavizaron las costumbres con la predicación del Evangelio, conservaron los monumentos de la cultura antigua, cultivaron las ciencias, las artes y la literatura, y dieron origen con sus monasterios a grandes ciudades que han llegado hasta nosotros. — 3. Los germanos, por su barbarie, y por la localización de su religión ofrecieron una tenaz resistencia a la predicación evangélica: los monjes ingleses llevaron allí las primeras nociones del cristianismo. Pero el verdadero apóstol de la Germania fue S. Bonifacio, protegido por los papas y por los reyes francos, y cuya misión desempeñó hasta su muerte en la ancianidad. — 4. S. Anscario, monje de Corbia, llevó el Evangelio a Dinamarca y Suecia; pero tuvieron que apoyarle los reyes de aquellos tiempos, único medio de que tales pueblos bárbaros abrazasen con una fe ciega el cristianismo.— 5. Las principales herejías de aquellos tiempos son; el **Pelagianismo** contra el pecado original; el **Nestorianismo** que distinguía en Cristo dos naturalezas, y negaba su procedencia de una virgen; el **Monotelismo** que solo admite una voluntad en Cristo; **Monofisismo** que solo le concede una naturaleza, y los Iconoclastas que destruían las imágenes para huir de la idolatría. Todos estos errores fueron condenados por la Iglesia.— 6.- En los primeros siglos de la Edad Media comienza el latín a transformarse por el contacto con los idiomas germánicos. La literatura estaba en marcada decadencia y solo era cultivada por la Iglesia, distinguiéndose entre otros Sidonio Apolinar, Salviano, Paulo Orosio, los papas S. Gregorio y S. León, Jornandes, Gregorio de Tours, Boecio, Beda y S. Isidoro de Sevilla.

El Pontificado y el Imperio.

1. Misión del Pontificado en la Edad Media. — **2.** Misión del Imperio. — **3.** Estado de la Iglesia en el siglo XI: proyectos de reforma. — **4.** Gregorio VII: su pensamiento político y religioso. — **5.** Enrique IV de Alemania. — **6.** Cuestión de las investiduras. — **7.** Lucha de Gregorio VII y Enrique IV. — **8.-** Guerra entre el sacerdocio y el Imperio. — **9.** Concordato de Worms: fin de la guerra de las investiduras. — **10** Juicio sobre Gregorio VII y su Pontificado.

1. Misión del Pontificado en la Edad Media. Desde la época de las invasiones había comenzado la Iglesia a cumplir su misión de educar y moralizar a los rudos habitantes de Germania que se extendieron por el Imperio romano. El fraccionamiento y división de los pueblos, y la dificultad de las comunicaciones, fueron la causa de que esa educación se realizara en un principio muy principalmente por los obispos, y de que por entonces no fuere tan necesario un poder central fuerte y vigoroso en el Pontificado.

Andando los tiempos, y desarrollándose el feudalismo en el siglo X, los obispos, por las grandes riquezas adquiridas, se vieron envueltos en aquel cúmulo de complicadas relaciones, fueron señores y vasallos, empuñaron las armas, hicieron la guerra, se relajaron sus costumbres, participaron en fin de la confusión, el desorden y las violencias de todo género que acompañaban al feudalismo, y se olvidaron en general de las prácticas evangélicas y de su alta misión de paz y caridad. Si las cosas hubieran continuado por este camino, la sociedad hubiera perecido y el cristianismo hubiera sido impotente para salvar a la humanidad.

La salvación en tales circunstancias no podía venir más que del Pontificado: los recursos humanos no eran bastantes para enfrenar aquella sociedad; era necesario un poder superior que obrase en nombre de la Divinidad; un poder que en medio del desconcierto general fuese por todos reconocido y respetado; y este poder no existía más que en el Pontificado, que, dominando en todos los espíritus como órgano de Dios, podía encauzar aquella desbordada sociedad. La empresa es gigantesca, grande como pocas en la historia; necesitábase reformar la Iglesia, restablecer en ella la pureza y la santidad, sometiéndola a la más severa disciplina; y esto conseguido, acometer después la reforma del orden social, dominando todos los elementos anárquicos del feudalismo. Para ello se necesitaba un genio extraordinario, grande entre los grandes, una inteligencia suprema y una voluntad

de hierro, capaz de imponerse a todos, y allanar cuantos obstáculos se pudieran presentar. Este hombre extraordinario fue Gregorio VII

Corno acabamos de ver, el predominio del Pontificado en la sociedad de los siglos medios es natural, porque obedece a una verdadera necesidad histórica. La victoria de esa institución representa el triunfo del espíritu sobre la materia: salvando a la Iglesia, salvó la civilización.

2. Misión del Imperio en la Edad Media. La restauración del Imperio romano en tiempo de Carlomagno es debida al Papa, que colocó la corona en la cabeza del rey de los Francos. El Imperio nace unido a la Iglesia: los Emperadores la defienden, y propagan la fe cristiana por medio de sus armas. Pero cuando las disensiones comienzan entre los hijos de Ludovico Pío, el Imperio se olvida de la Iglesia, y esta, desamparada, es víctima de las violencias feudales, y de la corrupción, tanto en el Pontificado, que se encuentra a merced de los partidos políticos de Italia, como en los obispos que son vasallos de los príncipes y señores.

Para sacar a Roma de tan precaria situación, y librar al Pontificado de la ruina que le amenaza, pasó a Italia Otón el Grande; pero como resultado de sus expediciones, se restablece la supremacía del Imperio sobre la Santa Sede, interviniendo desde entonces los Emperadores en la elección de los Papas. Tratando estos de sacudir la dependencia del Imperio a la muerte de Otón, el Pontificado es víctima nuevamente de las mismas violencias y de los mismos errores anteriores, hasta que Enrique III, interviniendo también en los asuntos de Italia, y en las elecciones pontificias, depone tres Papas y coloca en su lugar un obispo alemán.

De esta manera el Imperio alemán vuelve a colocarse respecto de la Iglesia en las mismas condiciones que tenía en tiempo de Carlomagno, y Otón y Enrique procuran con sus disposiciones la reforma del Clero. Pero esta verdadera dependencia en que se encontraba el Pontificado respecto del Imperio, si fue beneficiosa en aquellas circunstancias, no podía prolongarse cuando aquellas habían pasado. La reforma de la Iglesia no podía provenir de los Emperadores, sino de ella misma, del Pontificado; y el primer paso para conseguirlo debía ser la libertad de este último y la emancipación de los obispos de las trabas feudales.

En este camino el Pontificado no se limita a conseguir la independencia; en virtud de la ley divina que representa, aspira a la dominación sobre el Imperio, al establecimiento del gobierno teocrático en la sociedad; el Emperador, por el contrario, es el jefe temporal, el representante del poder civil, el heredero de los Césares, con todos los derechos que estos se arrogaron sobre la Iglesia, así que

aspirando ambos, el Pontificado y el Imperio, a una misma cosa, la dominación universal, había de nacer necesariamente la lucha entre estas dos instituciones, venciendo con el tiempo la que más se acomodaba a las exigencias de la sociedad: el Pontificado.

3. Estado de la Iglesia en el siglo XI: proyectos de reforma. Grandemente calamitosas fueron para la Iglesia las consecuencias de la participación en el régimen feudal: el desorden, la corrupción, las violencias y tropelías de aquella sociedad, penetraron también de una manera ineludible en el Clero, y desde el Papa hasta el último sacerdote, ocupados casi constantemente en la guerra, se olvidaron de su sagrado ministerio, cayendo en la ignorancia y la corrupción.

Por otra parte, relajada la disciplina, menospreciados los cánones de los concilios, y desoídos los mandatos de los Pontífices, que prescribían el celibato del clero, una buena parte de este vivió en concubinato, unos en matrimonio y otros amancebados. Por último, era también un vicio general en la Iglesia la simonía, ó la compra y venta de lo espiritual por lo temporal; los reyes y señores vendían los obispados y abadías, y los obispos y abades vendían a su vez la ordenación y los beneficios eclesiásticos y la administración de sacramentos.

Un estado de cosas semejante, pedía urgentemente una reforma, en la que se ocupó con gran celo León IX (1049-1054), y después Víctor II (1055-1057), Estéban IX (1057-1058) Esteban X, si contamos a Esteban II que no fue consagrado, y Nicolás II (1058-1061), publicando este último el decreto sobre elección de los Papas por los Cardenales. Iguales proyectos abrigó Alejandro II (1061-1073), bajo el consejo y la dirección del célebre monje Hildebrando; pero tan generosos esfuerzos para mejorar el estado de la Iglesia, no dieron el resultado que sus autores se proponían, por la oposición del mismo clero, más inclinado al desorden feudal que a la severa disciplina eclesiástica, y por la resistencia de los príncipes, que perdían una parte de sus intereses con los proyectos de los Papas.

4.- Gregorio VII (1073-1085): sus proyectos religiosos y políticos. A la muerte del Papa Alejandro II, fue elevado al solio pontificio Hildebrando, hijo de un carpintero de Toscana, monje primero en Roma y después en Cluny, en el antiguo reino del norte del Loira, y que, por la reputación de su saber y la austeridad de sus virtudes, había sido llamado al Consejo de los Papas, y venía en realidad dirigiendo los asuntos de la cristiandad desde el Pontificado de León IX. Con este motivo había podido apreciar toda la profundidad del mal que aquejaba a la Iglesia, y conocido sus verdaderas causas, que eran, a su entender, la falta de independencia del sacerdocio y la corrupción de sus costumbres. Con toda la energía y firmeza de

carácter que tanto le distinguían, había procurado en los Pontificados anteriores el remedio de aquellos males, y todavía con mayor entereza prosiguió este camino cuando él ocupó la Silla de San Pedro.

El genio extraordinario de Gregorio VII no se limitó únicamente a procurar por todos los medios la reforma de la Iglesia, sino que abarcó igualmente los ideales de la política; y comprendiendo, quizá él solo en aquellos tiempos, que la causa del desorden y de los males sociales procedían de la falta de unidad en el gobierno de los pueblos cristianos, se propuso establecer la soberanía temporal del Pontificado sobre todos los Estados: como no hay más que un Dios y una fe, no debe haber tampoco más que una sola soberanía, así en el orden civil como en el religioso.

Como se ve, este gran Pontífice se propuso reformar toda la sociedad de su tiempo: lo espiritual y lo temporal, la Iglesia y el Estado. Trabajó con fe y ardimiento para conseguirlo, y todo lo que esos proyectos tenían de realizables, todo lo que humanamente se podía cumplir, se cumplió en su tiempo o en los siglos inmediatos.

5. Enrique IV de Alemania (1056-1106). Conocido el Papa que da comienzo a las guerras entre el Pontificado y el Imperio, veamos de conocer también a su competidor, al que representaba la autoridad imperial de Carlomagno y de los Otones, Enrique IV de Alemania.

A la muerte de Enrique III, le sucedió su hijo **Enrique IV** a la edad de seis años, bajo la tutela primero de su madre, y después del arzobispo de Colonia y del de Brema. De pasiones impetuosas, mal educado por sus tutores, adulado por sus cortesanos, relajado en sus costumbres, y falto de las grandes dotes que necesitan los monarcas para salir airoso en difíciles circunstancias, y careciendo de la prudencia que dan los años, y la experiencia del gobierno, Enrique IV no reunía condiciones para entablar la lucha con el gran Pontífice que dirigía la Santa Sede, y era de esperar por esta razón que el poder civil que el Emperador representaba, no saldría victorioso ante las invasiones de la Iglesia regida por Gregorio VII.

Enemiga la casa de Franconia de la de Sajonia que le había precedido en el imperio, Enrique IV tiranizó a los Sajones, desoyó a los Turingios en sus quejas contra el arzobispo de Colonia, y dio lugar a que unos y otros se levantasen en armas, comenzando en 1073 una guerra sangrienta, que terminó con la batalla de Hoemburgo (1075), en que fueron derrotados los Sajones, teniendo que someterse al Emperador, y y quejándose al Pontífice de las violencias de Enrique, a quien acusaron de simoníaco. En estas circunstancias Gregorio, VII amonestó por segunda vez al Emperador victorioso, amenazándole con graves censuras si no

renunciaba a la simonía y a la venta de las investiduras. Enrique rechazó insolentemente las pretensiones pontificias, dando con esto comienzo las largas y sangrientas guerras entre el Sacerdocio y el Imperio.

6. Cuestión de las investiduras. Conócese con el nombre de **Investidura**, en el sistema feudal, el derecho de conferir un beneficio eclesiástico, entregando al beneficiario los signos de la potestad espiritual, propios del cargo que se había de desempeñar. Estos signos, tratándose de los obispos y abades mitrados, eran el báculo, que representa el cuidado pastoral, y el anillo la unión del obispo con su iglesia. Por esta colocación, el beneficiario entraba en posesión del oficio, y quedaba investido con plena autoridad para ejercerlo.

La investidura a favor de los reyes y grandes señores tuvo su origen en las donaciones cuantiosas que estos hicieron a las iglesias y monasterios, otorgándoles en compensación aquel derecho. De manera que, en rigor de justicia, para anular las investiduras, deberían anularse también las donaciones por medio de las cuales el clero se había enriquecido, puesto que estas habían sido causa de aquella. Dada la organización feudal, el clero era vasallo y dependiente de los reyes y grandes señores por los territorios, privilegios, inmunidades y jurisdicción que de estos había recibido. Por estas razones defendieron con tanto ahínco los seculares, reyes y señores, el derecho de investidura.

Sin embargo, este derecho era una intrusión del poder civil en los asuntos eclesiásticos, teniendo en su mano los príncipes y señores la elección de los obispos y abades, y usurpando los derechos de la Iglesia al disponer del báculo y del anillo. Y de aquí nació el grande empeño de Gregorio VII para cortar de raíz este mal que había invadido toda la Iglesia privándola de su independencia.

Así se comprende que los reyes no pusieran grandes obstáculos a los decretos pontificios sobre el celibato y la simonía del clero, y defendiesen con tanto empeño el derecho de investidura, en el cual se ventilaban su propia consideración y sus intereses.

7. Lucha de Gregorio VII y Enrique IV (1056-1106). En el segundo año del Pontificado de Gregorio VII, (1075) reunió un concilio en el que se decidió que la investidura de las dignidades y de los bienes eclesiásticos no pertenecía a los legos. Victorioso Enrique de los Sajones y Turingios, rechazó con insolencia aquella decisión, y reunió un concilio en Worms con los obispos alemanes, que acordó la deposición del Papa (1076). Este reunió otro concilio en Roma que excomulgó al Emperador y desligó a sus súbditos del juramento de fidelidad.

El efecto de la excomunión fue seguro e inmediato; casi toda la Alemania se sublevó contra Enrique, y después de vencerlo y encerrarlo en Worms, la Dieta de Tribur, compuesta de los Legados del Papa y algunos obispos y señores alemanes, le amenazó con la deposición, si no obtenía la absolución del Pontífice. Para conseguirla Enrique se vio obligado a pasar los Alpes en el rigor del invierno, llegó al castillo de Canosa (1077), propiedad de la condesa Matilde, y residencia entonces del Papa, donde después de tres días de penitencia pública y solemne, recibió la absolución de Gregorio, pero privándole del título de Emperador hasta que sobre este asunto resolviese la asamblea que el Papa había mandado reunir para juzgar a Enrique.

8. Guerra entre el Sacerdocio y el Imperio. La dureza y la humillación impuesta por el Papa al Emperador sublevaron contra aquel una parte de Alemania e Italia. En estas circunstancias, los príncipes alemanes y los Legados del Papa eligieron (1077) emperador a Rodolfo de Suabia: Gregorio excomulgó nuevamente a Enrique, y este reunió un concilio que a su vez excomulgó y depuso al Papa, nombrando para sustituirle al arzobispo de Rávena, con el nombre de Clemente III (1080). Enrique venció a Rodolfo, que perdió la vida en la batalla (1080), y pasando a Italia, se apoderó de Roma, refugiándose Gregorio VII en el castillo de Santángelo (1084), siendo coronado Enrique por el antipapa Clemente III.

En tan apurada situación, el normando Roberto Guiscardo que poco antes se había hecho feudatario de la Santa Sede por sus Estados de las Dos Sicilias, se dirigió a Roma al frente de un poderoso ejército, obligó a Enrique a levantar el sitio de Santángelo y abandonar la ciudad. Para sustraerse a nuevos ataques del Emperador, Gregorio aceptó el asilo que le ofreció Roberto en sus Estados, y trasladó su residencia á Salerno, donde murió poco después, repitiendo aquellas célebres palabras de los Salmos: Amé la justicia y aborrecí la iniquidad; por eso muero en el destierro (1085).

9. Concordato de Worms. Fin de la guerra de las investiduras. Después del breve pontificado de Víctor III (1086-1087), el Papa Urbano II (1088-1099) continuó la empresa de Gregorio VII, quebrantó el poder de Enrique **IV**, sublevando contra él a sus dos hijos, viéndose abandonado por sus señores feudales y arrojado de Italia por los cruzados. Pascual II (1099-1118) protegió también los hijos rebeldes del desgraciado Enrique, que murió poco después en Lieja agobiado por los pesares.

Enrique V (1106-1125), hijo y sucesor de Enrique IV, y protegido por el Papa Pascual, se volvió contra este, lo hizo prisionero, y después de maltratarlo, le

arrancó la promesa de renunciar al derecho de investidura. Escapó en 1111, Pascual se retractó cuando estuvo en libertad y excomulgó al Emperador, que penetró en Italia arrojando al Papa de Roma y se hizo coronar por el antipapa Gregorio VIII. Pero teniendo que volver a Alemania, donde le llamaban las guerras incesantes con los partidarios del Papa, consintió en que volviera a Roma el Papa legítimo Calixto II (1119-1124).

Por último, en el Concordato de Worms (1122) el Emperador renunció a la elección de los obispos y abades y a la investidura eclesiástica. El papa por su parte renunció a favor del Emperador la investidura por el cetro, o laica. Así terminó aquella larga lucha, quedando el Papa como jefe espiritual de la Iglesia, y el Emperador como el primero de los reyes de Europa. Pero bien pronto, y con otros motivos renacerá la rivalidad entre Italia y Alemania.

10. Juicio sobre Gregorio VII y su Pontificado. Quizá no haya habido un personaje en la historia objeto de tan encontrados juicios y opiniones, como Gregorio VII; y es que son muy pocos los que han influido tanto como él en los destinos de la humanidad. Sus virtudes y sus defectos son grandes, porque él era grande entre los grandes: sus virtudes aumentan y sus defectos decrecen, si, como es justo, se le considera con relación al siglo en que vivió; y por el contrario, crecen sus faltas y se achican sus virtudes, si para juzgarlas se toma como punto de vista exclusivo la sociedad del siglo XIX. Para ser imparciales en asunto tan controvertido, procuraremos examinar los hechos del gran Papa, de una y otra manera, en lo que influyó en la sociedad de su tiempo, y en la civilización universal.

La sociedad del siglo XI estaba amenazada de próxima ruina: la división, las guerras incesantes, las violencias de todo género, la corrupción de costumbres, la ignorancia, la ausencia de toda ley y principio moral, el caos, en fin, en las cosas y personas, llevaban al mundo a una muerte segura. La Iglesia, mezclándose en el feudalismo, participa de todos esos vicios y desordenes, y se encuentra incapacitada de salvar á los hombres, porque ella misma necesita ser salvada, si no ha de perecer en el naufragio universal.

En tales circunstancias aparece Gregorio VII: Dios manda los grandes genios cuando la humanidad los necesita. Con completa buena fe, con recta intención, con miras levantadas, y una voluntad inquebrantable, sin separarse de su camino por la pasión, ni el temor, ni el afecto, echa sobre sus hombros la colosal empresa de regenerar la sociedad cristiana, basando esta regeneración en la reforma de la Iglesia, única institución que, por todos respetada a pesar de sus extravíos, tenía condiciones para salvar el cataclismo que amenazaba a la cristiandad.

Sus propósitos en cuanto a la Iglesia fueron, hacerla independiente, reformar las costumbres relajadas del clero y someter las iglesias nacionales a la de Roma, como medio de conseguir la unidad necesaria en todo gobierno y dominación. Para hacer la Iglesia independiente, le fue necesario a Gregorio VII subordinar la autoridad civil a la espiritual, abolir las investiduras y excomulgar y deponer a los reyes; pero estos medios, empleados a veces con dureza excesiva, concitaron en contra suya el poder temporal. Para reformar las costumbres del clero estableció el celibato y prohibió la simonía, atrayéndose con estas medidas la enemistad de ese mismo clero, bien hallado con los abusos anteriores. Para someter las Iglesias nacionales se valió de los Legados, que contribuyeron también a enajenar al Papa la voluntad del clero y del poder civil de las naciones.

Estos propósitos del gran Papa, así como los medios que emplea para conseguirlos, eran contrarios enteramente a la vida del siglo XI; así es que Gregorio VII vio levantarse en contra suya y tuvo que luchar con el mundo entero. Y luchó y venció como vence siempre el genio, verdadero representante de las necesidades sociales. Y a él se debe la renovación del poder espiritual que estaba en ruinas por los desórdenes del feudalismo: su mano poderosa contuvo la decadencia del catolicismo. Consolidó el Pontificado en el orden espiritual, y echó los cimientos de la unidad social cristiana en Europa.

Acúsase a Gregorio VII de usurpador del poder temporal: pero hay que convenir en que sólo el Pontificado tenía en aquel tiempo condiciones para dirigir la sociedad; el poder vino a caer en sus manos de una manera casi natural. Por otra parte, a él se deben incalculables beneficios para la sociedad; combatió con energía la corrupción de costumbres, sostuvo la indisolubilidad del matrimonio, contribuyó a suavizar la barbarie del feudalismo, mejoró la suerte de los siervos y condenó la esclavitud.

Si después de todo, queremos investigar los errores y defectos de Gregorio VII, encontraremos que se equivocó al creer que los Papas pueden no solo excomulgar, sino deponer a los Reyes y desligar a los súbditos del juramento de fidelidad; era injusto pretendiendo que los Reyes fuesen feudatarios de la Santa Sede: fue violento e inhumano, altanero y provocativo en sus cuestiones con Enrique IV, olvidándose de la mansedumbre y de la caridad cristiana, que como Pontífice estaba más obligado a practicar.

Pero todos estos errores y defectos, que serían imperdonables hoy en los Papas contemporáneos, tienen su explicación en el estado de la sociedad del siglo XI; que

por grandes que los hombres sean, siempre pertenecen a su tiempo, y son más o menos esclavos de sus preocupaciones.

De cuanto acabamos de exponer resulta que la figura de Gregorio VII se destaca en medio del caos de la Edad Media, arrancando a la Iglesia y a la sociedad de la barbarie del feudalismo, y trazándole nuevos y seguros senderos más conformes con el destino de la humanidad.

RESÚMEN DE LA LECCIÓN.

1. La educación de los Bárbaros se verificó en un principio por los Obispos. Pero se mezclaron en el feudalismo, se corrompieron, y la Iglesia hubiera sido impotente para salvar a la sociedad, si no hubiera venido a levantarla de su postración el Pontificado, única institución respetada por todos en aquel tiempo, como de origen divino. El Papa que llevó a cabo esta empresa colosal fue Gregorio VII. — 2. El Imperio restaurado por Carlomagno fue el protector de la Iglesia hasta los disturbios entre los hijos de Ludovico Pío. Para salvar a Roma de su precaria situación en medio del feudalismo, pasó a Italia Otón el Grande, y tanto este como Enrique III dominaron en realidad sobre el Papado. — 3. La participación de la Iglesia en el feudalismo, produjo el desorden, la corrupción, la simonía, la ignorancia, y el olvido de la caridad cristiana. Varios Pontífices emprendieron saludables reformas, pero encontraron grande oposición en el mismo clero y en los príncipes y señores feudales. — 4. Gregorio VII, de un origen humilde, por su saber y sus virtudes, ocupó la silla de S. Pedro. Consejero de los Papas anteriores, había llegado a comprender que los males sociales procedían de la falta de independencia del clero y de su corrupción, y de la falta de unidad en el gobierno temporal. — 5. Sucedió a Enrique III, su hijo Enrique IV, de carácter violento, vicioso y mal educado, que por su tiranía dio lugar a la sublevación de los Sajones y Turingios; derrotados estos, se quejaron al Papa: Gregorio VII amenazó al Emperador por sus violencias, exigiéndole que renunciase a la simonía y a las investiduras, y Enrique rechazó insolentemente las pretensiones Pontificias — 6. Se llaman **investiduras** el derecho de conferir un beneficio eclesiástico, entregando al beneficiario los signos de la potestad espiritual, propios del cargo: tenían su origen en las donaciones hechas a las Iglesias por los reyes y señores, y por esta causa las defendieron con tanto empeño, Gregorio VII las combatió como una intrusión del poder civil en los derechos de la Iglesia. — 7. Por la cuestión de las investiduras, el concilio de Worms reunido por Enrique, depuso al Papa, y este excomulgó al Emperador y desligó a sus súbditos del juramento de obediencia. Abandonado y vencido Enrique, tuvo que implorar el perdón del Papa en el castillo do Canosa. — 8. Enrique sublevó la Alemania contra el Pontífice; los legados de este eligieron emperador a Rodolfo de Suabia, que fue vencido por Enrique; este pasó a Italia, se apoderó de Roma, fue coronado por el antipapa Clemente III, sitió en Santángelo a Gregorio VII, que fue salvado por Roberto Guiscardo, y murió poco después en Salerno. — 9. Continuando la lucha con los sucesores de Gregorio, Enrique murió poco después agobiado por los pesares. Su hijo Enrique V continuó la lucha contra los Papas, hasta que se pusieron de acuerdo las dos potestades en el concordato de Worms, —

10. La sociedad en el siglo XI caminaba a su completa disolución; la Iglesia contaminada con el feudalismo, no podía salvarla. Gregorio VII se propuso esta empresa colosal, comenzando por hacer la Iglesia independiente, reformando las costumbres del clero, y sometiendo las iglesias nacionales a la de Roma. De esta manera contuvo la decadencia del catolicismo y echó los cimientos de la unidad social cristiana en Europa. Los defectos y errores del gran Pontífice, proceden del estado de la sociedad en el siglo XI; que los hombres por grandes que sean pertenecen siempre a su época, y son esclavos de sus preocupaciones.

Órdenes religiosas

1.— La Iglesia antes del siglo XIII. — 2. Los Cataros y los Valdenses. — 3. Las órdenes Mendicantes: su origen. — 4. San Francisco: su carácter. — 5. La Orden Franciscana: su objeto. — 6. Santo Domingo. — 7. La Orden de los Dominicos. — 8. Cruzada contra los Albigenses. — 9. La Inquisición.- 10. Juicio sobre esta institución. — 11. Juicio sobre las Ordenes Mendicantes.

1. La Iglesia antes del siglo XIII. La barbarie de los tiempos, las riquezas acumuladas en la Iglesia por la piedad y munificencia de los reyes y grandes señores, la inevitable participación del clero en los asuntos políticos y en las guerras incesantes del feudalismo, habían separado a la Iglesia de su misión de paz y caridad, descuidando y retrasando su principal objeto durante la Edad Media, que era la educación y moralización de los pueblos germanos. La rectitud de intenciones, y la energía de Gregorio VII y otros Pontífices, no habían sido bastantes para separar al clero de los asuntos mundanos, del afán de riquezas y de la corrupción de costumbres: por el contrario, cada día se engolfaba más en los vicios y defectos de aquella sociedad, olvidándose del ideal cristiano, y perdiendo todo prestigio y autoridad sobre los pueblos que debía corregir y moralizar.

Si tan lamentable era el estado del clero secular, no era más ventajoso el de las órdenes religiosas. Los Benedictinos, que tan importantes servicios habían prestado a la sociedad en los primeros tiempos de su institución, habían caído también en los mismos vicios, olvidando su antigua regla, adquiriendo inmensas riquezas, y entregándose por consecuencia al lujo y a la corrupción.

Para corregir un estado de cosas semejante, se fundó en el siglo X la orden de Cluni (Cluniacenses) con una regla más estrecha, y con una tendencia más marcada a la práctica de las primitivas virtudes cristianas: y en el XI la del Cister (Cistercienses) a que pertenecía el célebre San Bernardo, abad de Claraval, la de los Premostratenses, y la de los Cartujos. Estas órdenes que obedecían a una verdadera necesidad de la época, tuvieron en poco tiempo un gran desarrollo; pero el recogimiento de la vida claustral impidió que ejercieran una influencia más general en la sociedad.

2. Los Cataros y los Valdenses. A pesar de las elocuentes invectivas de San Damián y de San Bernardo, la corrupción del clero secular y regular, lejos de disminuir, iba en aumento, y como protesta a ella aparecieron varias sectas, que aunque diversas entre sí por sus doctrinas, todas ellas tendían a restablecer la fraternidad y la

comunidad de bienes de los primeros tiempos del cristianismo. Entre estas sectas fueron las más importantes la de los Cátaros y la de los Valdenses.

Los Cátaros vivían en la más extremada pobreza, renunciando a toda clase de bienes, errando de una en otra ciudad, por imitar la vida de Jesucristo y de los Apóstoles, sufriendo toda clase de privaciones y persecuciones, como los mártires de los primeros siglos. Los Valdenses, debieron su nombre a Valdo (1160), rico comerciante de Lyon, que vendió todos sus bienes y arrojó su importe a la calle por desprecio a las riquezas, emprendiendo una vida de abnegación y de sacrificio, siguiéndole varios discípulos, llamados los pobres de Lyon, que predicaron la pobreza como el ideal del cristianismo, hasta el punto de caminar desnudos por imitar la desnudez de Jesucristo.

3. Las Ordenes Mendicantes: su origen. Se llaman Ordenes Mendicantes las que, renunciando a toda clase de propiedad, así común como particular, vivían exclusivamente de limosna; tales fueron la de San Francisco y la de Santo Domingo, ambas fundadas a principios del siglo XIII.

Las instituciones que satisfacen verdaderas necesidades sociales se arraigan pronto en el pueblo, y ejercen larga y beneficiosa influencia en la sociedad. Esto sucedió con las Ordenes Mendicantes, que apenas nacidas, se extendieron por toda la Europa cristiana, han prestado inmensos servicios al catolicismo, y han prolongado su vida hasta el presente.

Las Ordenes Mendicantes nacieron cuando la sociedad las reclamaba; cuando el clero secular ignorante y ocupado en asuntos mundanos, rico y corrompido, se había olvidado de las máximas de caridad cristiana, y era impotente para continuar la educación de los pueblos de la Edad Media; y cuando el clero regular, o sean las órdenes religiosas anteriores, descuidando también el voto de pobreza, adquirieron inmensas riquezas, y con ellas el lujo, la comodidad, y como consecuencia necesaria la corrupción y los vicios. En tal estado era absolutamente necesaria una radical reforma en la vida cristiana, era urgente restablecer la pureza de los tiempos evangélicos, y vivir como Jesucristo y los Apóstoles en la pobreza y en la caridad: la sed de riquezas devoraba la sociedad de la Edad Media, como la romana al advenimiento del Salvador; y el único remedio en una y en otra época era la predicación de la caridad por la Iglesia con la palabra, y más todavía con el ejemplo; y a medida que aquel vicio era más general, se necesitaba extremar quizá la caridad, llevándola hasta la pobreza absoluta. Solo así podía la Iglesia obrar e influir

poderosamente sobre aquella sociedad, oponiendo a su avaricia la pobreza, y a su corrupción la virtud más acrisolada.

Estos objetos se propusieron, fuera de la Iglesia, las sectas de los cátaros, valdenses, y otros; pero como la necesidad de reforma era positiva y urgente, aparecieron en el seno mismo del catolicismo dos varones ilustres, que dedicaron toda su vida al restablecimiento del ideal cristiano de los primeros siglos; estos fueron San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán.

4. San Francisco: su carácter. Impresionado vivamente por el estado de la sociedad de su tiempo, oyendo San Francisco un día aquellas palabras de Jesucristo: No tengáis oro, ni plata, ni otra moneda en vuestros bolsillos, ni saco de viaje, ni túnicas, **ni** sandalias, ni bastón; exclamó con alegría. «Eso era lo que yo buscaba y lo que deseo con todo mi corazón» Desde entonces, a la edad de veinte y cinco años, repartió a los pobres cuanto tenía, quedándose únicamente con su vestido, cambiando aun su cinturón de cuero por una cuerda de esparto; y comenzó a predicar por todas partes con viveza y animación, y con esa elocuencia natural y llena de unción que tanto eco encuentra siempre hasta en el corazón más empedernido, las excelencias de la caridad y de la pobreza.

Tal era el contraste de la predicación y de la vida de San Francisco con la sociedad de su tiempo, que al principio todos le tuvieron por loco y extravagante; pero tanta era su sinceridad y tanta falta hacía aquella corrección a los vicios sociales, que poco después todos le admiraron y multitud de gentes de todas condiciones le siguieron, abandonando sus bienes a los pobres, y dedicándose a mendigar para dar a estos todo lo que no necesitaban para el exclusivo sustento de la vida.

El amor de San Francisco se extendía a los hombres y a los animales, a los seres animados, como a los inanimados; abrazaba la naturaleza entera: nadie como él consiguió imitar la vida y la caridad de Jesucristo: pocos hombres en la historia han sido tan grandes y extraordinarios como el Apóstol de la pobreza.

5. La Orden Franciscana: su objeto. Cerca de Asís, ciudad de Italia y patria de San Francisco, existía una pequeña ermita que recibió después el nombre de la Porciúncula, y que fue la casa matriz o central de la Orden franciscana. Allí vivió en un principio San Francisco, y allí se le reunieron sus primeros discípulos, a los cuales dio su regla, sacada completamente del Sermón de la Montaña, prescribiendo los tres votos de Pobreza, Castidad y Obediencia. Esta regla fue aprobada por el Papa Inocencio III, extendiéndose con una rapidez asombrosa por todas las

naciones cristianas: en su espíritu de propaganda, el fundador hizo dos viajes a España y otros tantos a la Siria y al Egipto.

Al primer Capítulo general celebrado en la Porciúncula en 1223, concurrieron 5.000 religiosos presididos por San Francisco. La regla primitiva fue modificada, por ser irrealizable la pobreza absoluta, autorizando solamente para tornar del producto de su trabajo lo necesario para la subsistencia, pero prohibiendo toda otra propiedad, y hasta tocar el dinero. Esta nueva regla fue aprobada por el Papa, tomando desde entonces los franciscanos el nombre de Minoritas.

A San Francisco se debe también el origen de las Clarisas, y la de la Orden Tercera: las primeras, llamadas también monjas de San Francisco, tuvieron por fundadora a Clara de Sufi, joven de Asís, que, abandonando la casa paterna, huyó a la Porciúncula, y fue consagrada a Dios por San Francisco. La Orden Tercera se componía de hombres que sin renunciar al matrimonio ni las riquezas, prometían guardar la ley de Dios, ejercer la caridad y no hacer la guerra sino en defensa de la Iglesia y de la patria.

La imposibilidad de realizar la pobreza absoluta prescrita por San Francisco, originó algunas escisiones en esta Orden después de la muerte de su fundador, inclinándose unos por suavizar esta prescripción, y sosteniendo otros, con San Antonio de Padua y San Buenaventura, la severidad primitiva. El Papa Nicolás III terminó aquella división, interpretando la regla en el sentido de la laxitud, llegando en su encono el partido derrotado hasta atacar al Papa y a la Iglesia romana.

6. Santo Domingo. Casi a la vez que la orden franciscana, apareció la de los Hermanos Predicadores, Dominicos, o de Sto. Domingo, que, aunque en muchos puntos diferente de aquella, tuvo las mismas causas, fue como ella mendicante, y prestó grandes servicios al Catolicismo.

Sto. Domingo nació en Caleruega en Castilla la vieja, era hijo de padres nobles, estudió en Palencia y fue canónigo en Osma. En un viaje que hizo con su obispo Diego al Langüedoc, conmovido entonces por la herejía de los Albigenses, concibió el proyecto de fundar una orden especialmente destinada a convertir aquellas almas sumidas en el error. Conseguida la autorización pontificia y asociado de algunos monjes del Císter, comenzó su predicación en el Mediodía de la Francia.

Aun cuando el Pontífice le había autorizado para predicar una Cruzada contra los herejes, Sto. Domingo, que conocía por experiencia que semejante medio era contraproducente, puesto que lejos de convertirse los Albigenses, eran mirados por el pueblo como mártires, y su número se aumentaba de día en día, se confirmó más en su propósito de fundar una orden religiosa que por la predicación los atrajese al redil del Catolicismo. Esta orden se llamó de los Hermanos Predicadores, que fue aprobada por Honorio III (1216-1227), y nombrado Prior general el mismo Santo Domingo (1216).

7. La Orden de los Dominicos. Los fines principales que se propuso el fundador, fueron la defensa de la fe, la conversión de los herejes y la propagación del Catolicismo; pero como para conseguir estos resultados se necesitaba más que todo ciencia y saber, los dominicos añadieron a los fines de su orden, la obligación del estudio, el aprender y enseñar, así en sus conventos como en las Universidades.

En un principio se rigió la Orden de Sto. Domingo por la regla de S. Agustín, que observaba como canónigo el fundador; pero pocos años después (1220) adoptaron la de S. Francisco, haciendo voto solemne de pobreza absoluta y renunciando a toda propiedad, así colectiva como individual, viniendo a ser de esta manera mendicantes, como los hermanos menores.

8. Cruzada contra los Albigenses. Con el mismo origen y semejantes tendencias que la de los Cataros y Valdenses, nació en el Mediodía de la Francia la herejía de los Albigenses, que tomó su nombre de la ciudad de Albi y se extendió a España, Italia y Alemania.

No dando resultado los medios pacíficos intentados por Inocencio III (1198-1216) para traer los herejes al seno del catolicismo, encargó a los monjes del Císter de predicar una Cruzada contra ellos; se prometieron a los católicos los bienes de los herejes, y al rey de Francia, Felipe II Augusto, los territorios poseídos por el Conde de Tolosa, el rey de Aragón y el de Inglaterra. Conducidos por Simón de Monfort se dirigieron los cruzados contra Beziers, y pasaron a cuchillo más de 20.000 personas, pereciendo más de 200.000 en aquella guerra.

La guerra fue sostenida primero por Ramón, Conde de Tolosa, y después por el rey de Inglaterra y por Pedro II de Aragón, perdiendo este la vida en la batalla de Muret. Poco después murió también Monfort combatiendo contra Tolosa; y el rey de Francia Luis VIII, puesto al frente de los Cruzados, terminó aquella guerra obligando al Conde de Tolosa a entregar la mayor parte de sus dominios, y perseguir a los herejes.

En esta guerra desoladora los campos de la Francia meridional quedaron desiertos, y desapareció la cultura y la poesía provenzal. Pero es justo advertir que el mismo Inocencio III, promovedor de la Cruzada y causante indirecto de tantos horrores, hubo de reprobear con frecuencia las crueldades cometidas por el conde de Monfort.

9. La Inquisición. Se llama Inquisición el tribunal encargado de inquirir y castigar los delitos contra la fe católica. Esta institución recibió en el siglo XIII y en los pontificados de Inocencio III y Gregorio IX (1227-1241), la forma y los procedimientos con que ha sido conocida hasta los últimos tiempos: pero sus gérmenes existían de mucho antes, y se había ido desarrollando a medida que crecía el poder de la Iglesia, hasta llegar a la época de la herejía de los Albigenses.

A fines del siglo XII (1184) en el Concilio de Verona, se fijaron los primeros procedimientos que se habían de emplear contra los herejes, encargando esta misión a los obispos de Lombardía. Treinta años después (1215) en el cuarto concilio de Letrán y en el Pontificado de Inocencio III, quedó casi completamente organizada esta institución, ordenándose a los obispos que castigasen a los herejes, y obligando a los príncipes a exterminarlos, so pena de excomunión, y de la pérdida de sus dominios temporales. Hasta entonces la Iglesia no hacía otra cosa que declarar la culpabilidad de los herejes, entregándolos a los poderes civiles para que les aplicasen las penas correspondientes, que en algunos casos llegaba hasta quemarlos vivos. Gregorio IX completó la organización inquisitorial, encargando a la Orden de los dominicos todo lo relativo a los juicios de Fe.

Partiendo de la idea errónea y anticristiana, pero entonces dominante, de que las creencias religiosas deben imponerse por la fuerza, la inquisición, empleando procedimientos secretos, dando crédito a las delaciones, sometió los herejes al calabozo, al tormento, al potro y al fuego, llegando hasta enterrar vivas a las mujeres.

Este tribunal no llegó a penetrar en Inglaterra, desapareció casi a su instalación en Alemania; existió en Francia desde Luis IX hasta el siglo XV; en Italia ha subsistido hasta mediados del presente siglo; y en España, fue aceptado desde luego en los diferentes Estados, lo confirmaron y robustecieron los Reyes Católicos primero, y después Felipe II, habiéndose conservado hasta el siglo actual.

10. Juicio sobre la Inquisición. Para descubrir, juzgar y castigar a los herejes, el Tribunal de la Inquisición empleaba el tormento, la hoguera y otras penas horribles; con refinamiento de crueldad y con sangre fría se inventaban suplicios para torturar el cuerpo; se aguzaba el ingenio para prolongar la vida y con ella los sufrimientos de los herejes; se les quemaba a fuego lento; todo esto, y mucho más que sería prolijo referir, se atribuye de una manera indudable a la Inquisición; por más que hoy cueste trabajo a los hombres honrados y cristianos el comprender cómo, en nombre de la mansedumbre y caridad evangélica, se hayan podido cometer en algún tiempo tantos horrores.

Habiendo desaparecido felizmente en todas partes la Inquisición bajo una reprobación general, hasta el punto de que ninguno que de leal se precie, se atreva hoy a defender aquella sanguinaria institución, tócanos únicamente explicarla históricamente, apuntando las razones de su existencia y de su conservación por algunos siglos.

La sociedad de la Edad Media, dominada por la fuerza y la violencia, no podía ser educada por las máximas de dulzura y misericordia de amor y caridad propias del Evangelio; cuadrábanle mejor las de castigo y de venganza, de crueldad y de tiranía que resplandecían en el Antiguo Testamento. De estas se sirvió principalmente la Iglesia en aquellos tiempos, mientras llegaban otros en que la ley de gracia pudiera ser mejor comprendida y practicada.

Así se explica la existencia en la Edad Media del Tribunal de la Inquisición. Existió porque, extraviado el pensamiento y pervertidas las costumbres, era el único medio de atraer a aquellos hombres de hierro al seno del catolicismo, que encerraba la salvación de la humanidad.

Pasaron aquellas circunstancias, y la Inquisición desapareció, excepto en España e Italia, donde se ha conservado hasta el siglo presente; pero esto se explica por el carácter político que ha revestido desde los Reyes Católicos, sirviendo de firmísimo apoyo a la tiranía de nuestros monarcas. Cuando las instituciones pierden su razón de ser, solo por la fuerza y la violencia pueden prolongar su existencia por algún tiempo, hasta que desaparecen condenadas por la opinión general.

Añadiremos, por último, que la Inquisición debe su existencia exclusivamente a la Iglesia; por eso se le llamó el Santo Tribunal de la Fe: el poder civil no tuvo otra intervención en los primeros siglos, que ejecutar los fallos de los inquisidores, y estos todos eran eclesiásticos.

11. Juicio sobre las Órdenes Mendicantes. Nacieron, como hemos dicho, las Ordenes Mendicantes cuando el estado de la sociedad, y la corrupción del clero secular y regular, las hizo necesarias. Llenaron un fin más amplio y general que las Ordenes anteriores, por cuanto estas tendían solo a la mejora del individuo (eremitas) o de la comunidad (monjes), mientras que las mendicantes viven en medio de la sociedad, no en los campos y desiertos sino en las ciudades; en lugar de huir del mundo y sus miserias, habitan en él para ayudar a los hombres, sus hermanos (fratres, frailes), a sobrellevar las miserias de la vida.

Incalculables fueron los beneficios que en aquellos tiempos prestaron a la sociedad las órdenes Mendicantes, instruyendo y moralizando a los pueblos, y llevando el consuelo a las clases más necesitadas de la sociedad, reprendiendo a los ricos y potentados, y sirviendo a todos de modelo por sus relevantes virtudes.

Igualmente prestaron grandes servicios a la Iglesia, siendo su más firme apoyo para combatir a los herejes, y extender con sus misiones el cristianismo entre los pueblos del Norte de Europa, y más tarde por el Nuevo Mundo; sosteniendo en todas partes la autoridad y jurisdicción de los Papas, contra el clero secular, contra los sabios y filósofos y contra los reyes y emperadores.

Así se comprende la asombrosa rapidez con que se extendieron las órdenes Mendicantes y las grandes riquezas y privilegios de todo género que adquirieron; pero con esto se proporcionaron también odios y enemistades del clero y de las Universidades, se relajaron sus costumbres, y esta relajación trascendió al pueblo, como antes sus virtudes. Hasta las más santas instituciones se gastan con el tiempo, cuando desaparecen, ó disminuyen las necesidades que les dieron nacimiento.

Agradecámosles los servicios que prestaron a la humanidad, y apliquemos a la sociedad presente lo que haya de verdaderamente aplicable en el ideal que perseguían los órdenes Mendicantes.

RESÚMEN DE LA LECCIÓN.

1. Tanto el clero regular, como el secular contaminándose con la corrupción y los vicios de la Edad Media, habían olvidado su misión de educar y moralizar a los pueblos germanos. — 2. Como protesta al estado de corrupción de la Iglesia, aparecieron la secta de los Cátaros y de los Valdenses, que pretendían realizar la fraternidad y la pobreza de los cristianos de los primeros siglos — 3. La reforma de las costumbres dentro de la Iglesia, la llevaron a cabo las Ordenes Mendicantes, oponiendo la pobreza y la caridad a las riquezas y la corrupción del clero regular y secular. — 4. S. Francisco dio sus bienes a los pobres y comenzó a predicar las excelencias de la pobreza y de la caridad, por lo cual fue tenido por loco, si bien encontró después muchos que le siguieran. — 5. La Porciúncula fue la casa matriz de la religión franciscana: la regla que le dio el fundador estaba tomada del Sermón de la Montaña, prescribiendo la pobreza absoluta. A S. Francisco se debe también la Orden de las monjas Clarisas, y la Orden Tercera, compuesta de hombres casados y que vivían en el mundo. — 6. Santo Domingo, canónigo de Osma, con motivo de la herejía de los Albigenses, fundó una Orden, cuyo objeto era convertirlos por la predicación, y que se llamó de los Hermanos Predicadores. — 7. La orden de Santo Domingo tenía por objeto la defensa de la fe, la conversión de los herejes y la propagación del catolicismo; y además el estudio, el aprender y enseñar: adoptaron la regla de S. Francisco y se hicieron Mendicantes. — 8. La herejía de los Albigenses era semejante a la de los Valdenses. Predicada una Cruzada contra ellos por los Cistercienses, Simón de Monfort cometió contra los herejes crueldades inauditas: en la batalla de Muret murió el rey de Aragón, y la guerra fue terminada por Luis VIII, quedando desolado el Mediodía de la Francia. — 9. Se llama Inquisición el tribunal encargado de inquirir y castigar los delitos contra la fe católica. Inocencio III y Gregorio IX le dieron la organización con que ha sido conocida después; los medios de conversión que empleaba eran el calabozo, el tormento, el potro y el fuego, llegando a enterrar vivas a las mujeres. — 10. La inquisición estaba en armonía con las ideas y el estado de la sociedad de la Edad Media y prolongó después su existencia porque de ella se sirvieron los monarcas para tiranizar a los pueblos. — 11. Las órdenes Mendicantes alcanzaron una influencia benéfica en la sociedad de la Edad Media, instruyendo y moralizando, consolando a los pobres, y reprendiendo a los señores; y fueron el más firme apoyo del Pontificado para combatir a los herejes y extender el Catolicismo, sosteniendo en todas partes su autoridad y jurisdicción.

El Pontificado y el Imperio.

1.- Italia y Alemania en tiempo de Lotario II. — 2. Conrado de Franconia. 3. Güelfos y Gibelinos. — 4. Establecimiento de la República en Roma. — 5. Federico Barbaroja. — 6. Sus luchas con Alejandro III. La Liga Lombarda. — 7. Enrique VI de Alemania, rey de las Dos Sicilias.

1. Italia y Alemania en tiempo de Lotario II. El tratado de Worms representa una tregua en las luchas del Pontificado y del Imperio: quedando subsistentes las causas que les habían dado nacimiento, debían renovarse aquellas guerras tan luego como una ocasión propicia se presentase.

A la muerte del Papa Honorio II (1130), que había empezado en 1124, se produjo un cisma en la Iglesia por haber sido elegidos dos sucesores, Inocencio II (1130-1148) y Anacleto II (1130-1138), terminando con la muerte de este último ocho años después (1138). Por el mismo tiempo, extinguida en Alemania la casa de Franconia con Enrique V, fue elegido emperador por la dieta germánica Lotario II de Sajonia (1125-1137), emperador en 1137, que consiguió vencer y reducir a la obediencia a sus adversarios, los descendientes de la última dinastía. Arreglaronse las cuestiones que habían surgido entre el Papa y el Emperador con motivo de la herencia de la condesa Matilde, cediendo Inocencio II los bienes alodiales en calidad de feudo, obligándose Lotario por esta causa a prestarle vasallaje.

Entre tanto las ciudades de la Lombardía, aunque sujetas en cierto modo al poder imperial, se constituyen en repúblicas independientes. En la Italia meridional Rogelio II, duque de Sicilia, y sobrino de Roberto Guiscardo, se hizo dueño de la parte continental, y fue proclamado rey de las Dos Sicilias, a pesar de las pretensiones del Emperador Lotario, y de los anatemas del Papa Inocencio II.

2. Conrado de Franconia (1138-1152). A la muerte de Lotario, la dieta de Coblenza eligió a Conrado de Hohenstauffen, descendiente de la casa de Franconia, y fundador de la nueva dinastía llamada de Suabia u Hohenstauffen. Enrique el Soberbio, yerno de Lotario, se sublevó contra Conrado, originándose de aquí una guerra civil, que terminó a la muerte de Enrique, recobrando su hijo Enrique el León la Sajonia, de que se había apoderado el Emperador.

Pacificados sus Estados, Conrado tomó parte en la segunda Cruzada, y murió poco después de su regreso (1152), sucediéndole Federico Barbaroja.

3. Güelfos y Gibelinos. En la guerra civil entre Conrado y Enrique el Soberbio, sitiando el emperador el castillo de Weisberg, se oyeron por primera vez los gritos de combate, Welfer (aquí lobo) y Waibling (aquí mujer), pronunciados por los partidarios de Enrique y del Emperador. Esas palabras alemanas, que los italianos tradujeron por las de güelfos y gibelinos, se aplicaron en un principio solo a los partidarios de las casas enemigas de Baviera y de Suabia; pero en las guerras de los Hohenstauffen con los Papas, se llamaron güelfos los partidarios de estos últimos, y gibelinos los de los emperadores. Estos dos partidos se hicieron una larga guerra, que ensangrentó frecuentemente las ciudades italianas.

4. La República en Roma. El espíritu de independencia que se había desarrollado en las ciudades lombardas, se transmitió a casi toda Italia, y encontró eco principalmente en Roma. Un monje entusiasta fogoso, Arnaldo de Brescia, discípulo de Abelardo, dotado de elocuencia arrebatadora, y de una conducta irreprochable, declamaba contra el poder temporal de los Papas, contra sus riquezas y su gobierno, pretendiendo que volviesen a la sencillez de vida de los varones apostólicos.

Movidos por estas predicaciones, los romanos restablecieron la antigua república, con consentimiento del Papa Inocencio II. Más adelante, al proceder al nombramiento de un Cónsul, se originaron disturbios, en los que perdió la vida Lucio II (1144-1145) y su sucesor Eugenio III (1145-1153) tuvo que abandonar a Roma.

5. Federico Barbaroja (1152-1190). A la muerte de Conrado III fue elegido por los Señores alemanes Federico I Barbaroja, emperador en 1155, que consiguió desarmar a sus rivales, dando la Baviera a Enrique el León, y la Toscana al hermano de Enrique el Soberbio. Dotado de altos pensamientos, de voluntad indomable, y de gran actividad, se propuso devolver al imperio la antigua autoridad del tiempo de los Otones, tanto en Alemania como en Italia.

Por este tiempo muchas ciudades de Lombardía se unieron a la causa del Emperador, impetrando su apoyo contra Milán, que trataba de tiranizarlas. Federico penetró en Italia; obligó a los milaneses a prestarle juramento de fidelidad, y recibió la corona de hierro de los lombardos en Pavía.

Encaminóse después a Roma, y concluyó con la república. Entre tanto, Arnaldo de Brescia, condenado y excomulgado en el Concilio de Letrán, tuvo que huir a la Campania; pero habiendo caído en poder del Emperador, este lo entregó al Papa

Adriano IV, que lo mandó quemar vivo a las mismas puertas de la ciudad, y arrojar sus cenizas al Tíber para que el pueblo no las venerase.

6. Lucha de Federico con el Papa Alejandro III. La liga Lombarda. A pesar de haber concluido con la República romana, reponiendo en Roma la soberanía del Pontífice, Federico tuvo desde ahora en su contra al mismo Papa, que hizo causa común con las ciudades de Lombardía: desde entonces las querellas de güelfos y gibelinos se convirtieron en guerra abierta entre el Pontificado y el Imperio.

Irritado Federico por la conducta del Papa, intentó anular la elección de Alejandro III, mientras este excomulgó al Emperador, quien penetrando en Italia, se apoderó de Milán, sometiéndosele todas las ciudades lombardas; pero tiranizadas estas por los Podestas o gobernadores imperiales, constituyeron la Liga lombarda para la defensa de sus intereses contra el Imperio; uniéndose a ella el Papa Alejandro III, recientemente nombrado, y Guillermo II, rey de Sicilia, con lo que casi toda la península estuvo en contra del Emperador.

Federico se apoderó por segunda vez de Milán y la destruyó (1162), y toda la Lombardía volvió a la obediencia del Emperador. El Papa, no creyéndose seguro en Roma, se refugió en Francia, mientras algunos cardenales, muerto el antipapa Víctor, eligieron a Pascual III, continuando de esta manera el cisma. Entonces Alejandro III, uniéndose con las ciudades lombardas (1164); y con los demás Estados de Italia, enemigos de la dominación del Emperador, excomulgó a este, y desligó a sus súbditos del juramento de fidelidad.

En este estado las cosas, volvió Federico a Italia, entró en Roma (1174), y fue coronado por el antipapa Pascual, mientras Alejandro huyó a Benevento. El Emperador se volvió a Alemania, y los Lombardos fundaron en el Piamonte la ciudad fuerte a que dieron el nombre de Alejandría, por el Papa y en odio al Emperador. Este pasó por cuarta vez a Italia, pero no pudo hacerse dueño de la nueva ciudad; y poco después fue vencido en Legnano (1176) por la defección de Enrique el León, y tuvo que firmar la paz de Constanza (1183) otorgando la independencia a las ciudades aliadas, bajo la alta soberanía del Emperador, se humilló ante el Pontífice, renunció el antipapa Calixto, con lo que concluyó el cisma, terminando así por el triunfo del Pontificado y de Italia, la segunda guerra entre el Sacerdocio y el Imperio.

Vuelto a Alemania, Federico castigó a Enrique el León, desterrándolo a Inglaterra y dividiendo sus dominios entre varios de sus vasallos; después de lo cual, tomó parte en la tercera Cruzada, perdiendo la vida al atravesar el rio Saleph en Cilicia.

7. Enrique VI de Alemania, rey de las Dos Sicilias (1190-1197), emperador en 1191. Mientras los Normandos descendientes de Roberto Guiscardo, dominaron en Nápoles y Sicilia, permanecieron siempre unidos a los intereses del Pontificado, especialmente desde que Inocencio II había conferido a Rogelio II el título de rey de las Dos Sicilias (1130-1154). Federico Barbaroja había casado a su hijo Enrique con Constanza, hija de Rogelio, tía del ahora rey Guillermo II el Malo (1154-1166), que no tenía sucesión, y heredera por consiguiente de aquel reino.

Muerto Federico en la Cruzada, le sucedió en el Imperio su hijo Enrique VI, que reclamó poco después la herencia de su mujer. El Papa confirió la investidura de aquel reino a Tancredo, hijo bastardo del último rey, originándose una sangrienta guerra, en la que triunfó el Emperador, llevando sus instintos de venganza hasta mandar sacar los ojos al hijo de Tancredo, hacer desenterrar el cadáver de este último, que poco antes había fallecido, ordenando que se le cortase la cabeza por el verdugo, haciendo perecer al mismo tiempo entre horribles tormentos a sus partidarios. Por estos medios extendió Enrique su dominación sobre la Italia meridional, rodeando por todas partes los Estados de la Iglesia.

Por este tiempo, Ricardo Corazón de León, al volver de la tercera Cruzada, naufragó en la costa de Dalmacia, cayendo en poder de Leopoldo, duque de Austria, con quién había tenido algunas desavenencias en Palestina. Leopoldo, para vengarse lo encerró en una prisión, vendiéndolo poco después a Enrique VI, quién a su vez le dio libertad mediante un crecidísimo rescate, empleando este dinero en la guerra de las Dos Sicilias.

Enrique VI murió poco después, (1197), dejando un niño de tres años (Federico II), entregándolo su viuda Constanza a la tutela del Papa Inocencio III.

RESÚMEN DE LA LECCIÓN.

1. El tratado de Worms representa una tregua en las guerras entre el Pontificado y el Imperio. Extinguida la casa de Franconia en Alemania con Enrique V, fue elegido Lotario II de Sajonia, que venció a sus enemigos, y arregló sus diferencias con el Papa. Las ciudades lombardas se constituyen en repúblicas independientes, y Rogelio II fue proclamado rey de las Dos Sicilias. — 2. Conrado III, primero de la casa de Hohenstauffen, tuvo que combatir contra Enrique el Soberbio hasta la muerte de este último; tomó parte en la segunda Cruzada, y murió poco después de su regreso a Europa. — 3. En la guerra de Conrado con Enrique se oyeron por primera vez las dos palabras alemanas Welfer y Waibling, traducidas por los italianos por las de **Güelfos** y **Gibelinos**, que se aplicaron después a los partidarios del Papa y a los del Emperador. — 4. Movidos los romanos por las predicaciones de Arnaldo de Brescia, proclamaron la República, originándose algunos disturbios que costaron la vida a Lucio II, y obligaron a su sucesor Eugenio III a abandonar a Roma. — 5. Federico Barbaroja se propuso restablecer el prestigio que tuvo el Imperio en tiempo de los Otones: para ello sometió a los milaneses: se coronó rey de los Lombardos en Pavía, concluyó con la República romana, y entregó a Arnaldo de Brescia al Papa Adriano IV, que lo mandó quemar vivo, y aventar sus cenizas. — 6. El Papa Alejandro III, la liga de las ciudades lombardas y el rey de las Dos Sicilias se declararon en contra del Emperador: este penetró en Italia, el Papa huyó a Francia, y excomulgó a Federico; y después de una larga guerra, de la toma y destrucción de Milán por el Emperador, y de la fundación de la plaza fuerte de Alejandría por los lombardos, fue vencido Federico en la batalla de Legnano, firmó la humillante paz de Constanza, y perdió la vida en la tercera Cruzada. — 7. Sucedióle su hijo Enrique VI, casado con Constanza, heredera del reino de las Dos Sicilias; después de una guerra sangrienta con Tancredo, a quien el Papa había dado la investidura de aquel reino, quedó triunfante Enrique, tratando con la mayor crueldad a sus enemigos, y haciéndose dueño de Nápoles y Sicilia. En su tiempo, Ricardo Corazón de León, prisionero del Duque de Austria, fue entregado a Enrique, quien lo vendió por un crecido rescate.

El Pontificado y el Imperio.

INOCENCIO III Y FEDERICO II.

1. El Pontificado hasta Inocencio III.—. Inocencio III: su carácter. — 3. Estado de Italia y Alemania. — 4. Política de Inocencio en los demás Estados de Europa. — 5. Juicio sobre este Pontífice. — 6. Federico II de Alemania: su carácter. — 7. Italia y Alemania en este tiempo. — 8. La sexta Cruzada. — 9. Federico II y Gregorio IX. — 10. Federico e Inocencio **IV**. Muerte del Emperador. — **11**. Juicio sobre Federico II.

1. El Pontificado hasta Inocencio. III (1198-1216). A la muerte de Alejandro III, el Papa competidor de Federico Barbaroja, (1181) ocupó la silla de San Pedro Lucio III (1181-1185), que en el concilio de Verona sentó las primeras bases para el establecimiento del tribunal de la Inquisición. Sucedióle Urbano III (1185-1187), Gregorio VIII (1187), Clemente III (1187-1191) y Celestino III (1191-1198). Este último combatió las pretensiones del Emperador Enrique VI de hacer hereditaria la corona de Alemania, negándose al mismo tiempo a reconocerlo como rey de las Dos Sicilias.

En este tiempo las luchas entre el Pontificado y el Imperio estuvieron en suspenso; pero como las causas que las habían originado no habían desaparecido, volvieron a estallar poco después durante el Pontificado de Inocencio III.

2. Inocencio III: su carácter. En los últimos años del siglo XII fue elegido Papa Inocencio III (1198-1216). que por su enérgica voluntad y por sus dotes superiores, consiguió elevar a su mayor altura el prestigio del Pontificado.

Su vasta instrucción y talento, su carácter duro e intransigente y su conocimiento de la política de aquella época, lo elevaron bien pronto a la cátedra de San Pedro, en la que procuró realizar los propósitos de Gregorio VII y de Alejandro III, de someter a su soberanía tanto el Imperio como todos los demás reinos cristianos, continuar las Cruzadas, acabar con las herejías, defender la disciplina de la Iglesia, y favorecer la liga lombarda contra las pretensiones de los emperadores.

3. Italia y Alemania al advenimiento de Inocencio III. La soberanía del Imperio sobre las ciudades lombardas que estas habían tenido que aceptar en el tratado de Constanza, y la tiranía del gobierno de Enrique VI en las Dos Sicilias, mantenían en Italia un odio constante a la dominación imperial, que Inocencio III supo

aprovechar, uniendo en un pensamiento común las aspiraciones hasta entonces divididas, de las diferentes regiones de la península.

Entre tanto en Alemania, a la muerte de Enrique VI quedó su hijo Federico en la infancia bajo la tutela del Papa, y se disputaron el trono Felipe de Suabia, hermano de Enrique y Otón IV de Brunswich, hijo de Enrique el León. Ambos se disputan el trono desde 1198, Felipe muere en 1202 y Otón algo después. En esta contienda, el Papa Inocencio III se inclinó al principio al partido de Otón, después al de Felipe, y muerto este vuelve sus simpatías al primero, que fue coronado en Roma (1209), ofreciendo obedecer y servir al Papa. Un año después, queriendo limitar el Emperador su obediencia a la parte espiritual, pero creyéndose independiente en cuanto a lo temporal, fue excomulgado por Inocencio, y depuesto por los príncipes electores, siendo proclamado por estos y a instancias del Papa, su joven pupilo Federico, renunciando la corona de las Dos Sicilias, y prometiendo llevar sus armas a la Tierra Santa contra los infieles.

4. Política de Inocencio III en los demás Estados de Europa. Como representante de la Iglesia, y encargado por Dios de la salud de las almas, Inocencio aspiraba también a dirigir y gobernar los Estados cristianos proclamando la superioridad del alma sobre el cuerpo, y de lo espiritual sobre lo temporal.

Intentó la reconciliación de la Iglesia griega con la latina, lo que poco después se realizó por la formación del imperio latino, como resultado de la cuarta Cruzada. Favoreció a Juan I, que se hizo independiente del imperio griego en la Bulgaria; y concedió el título de rey a Primislao, duque de Bohemia, en contra del Emperador de Alemania. De la misma manera imploran su protección y amparó los reyes de Noruega, de Hungría y de Polonia: Pedro II de Aragón se hizo vasallo de la Santa Sede, obligándose a pagarle tributo: obligó a Alfonso IX de León a separarse de sus dos esposas, Teresa primero y Berenguela después, por el parentesco que con ellas le unía, y consiguió de Sancho I de Portugal que pagase el tributo a que venía obligado desde el origen de aquel reino: igualmente obligó a Felipe Augusto, rey de Francia, a separarse de su concubina y unirse con su legítima mujer.

No fue tan legítima ni ajustada a la moral la intervención de Inocencio en los asuntos políticos de Inglaterra. Arturo, heredero del trono, fue encarcelado primero y asesinado después por su tío Juan sin Tierra, que arrojó al Sena su cadáver. El Papa, sin embargo, se puso de parte del usurpador asesino, evitando que el rey de Francia, como señor del de Inglaterra por el ducado de Normandía, castigase un crimen tan horrendo, que había llenado de consternación a Europa. Poco después, el mismo Papa, con motivo de la elección del arzobispo de Cantorbery, excomulga

a Juan sin Tierra, y encarga al rey de Francia la conquista de Inglaterra; mas declarándose aquel vasallo de Roma, el Papa estorba la guerra que él mismo había suscitado, consintiendo en cambio que el rey de Francia se apoderase de Flandes.

Entonces fue cuando los barones ingleses, irritados por la indigna conducta de Juan sin Tierra, le arrancaron la Carta Magna, base de las libertades inglesas; originándose la guerra entre el rey usurpador favorecido por Inocencio, y los barones que ofrecieron la corona a Luis, hijo del rey de Francia, muriendo poco después el Papa, sin haber conseguido dominar a los ingleses.

A Inocencio III se debe también la Cruzada contra los Albigenses, y el establecimiento de la Inquisición, como anteriormente dejamos apuntado.

5. Juicio sobre Inocencio III. Gregorio VII sentó las bases de la grandeza del Pontificado; Inocencio III elevó esta institución a una altura que no había tenido antes, ni ha alcanzado después.

Fundándose en las Falsas Decretales y en el Decreto de Graciano, consiguió Inocencio III elevar la autoridad pontificia dentro de la Iglesia. Según estos documentos, corresponde al Papa dirigir a los hombres en todas las manifestaciones de su actividad así religiosa, como política y social. En conformidad a estos principios, Inocencio alteró y restringió profundamente las atribuciones de los Obispos y de los Párrocos, principalmente por las exenciones y privilegios concedidos a las Ordenes Mendicantes, que de esta manera se convierten en el más firme sostén del Pontificado: el vicio de la simonía, tan execrado y perseguido por Gregorio VII, tomó ahora su asiento en Roma, donde con consentimiento del Pontífice, se vendían casi públicamente los cargos eclesiásticos de toda la cristiandad.

En sus relaciones con los Estados cristianos, planteó Inocencio la soberanía de los Papas, así en lo temporal como en lo espiritual; se hizo juez universal, superior a los jueces civiles, y Roma llegó a ser, como en los tiempos antiguos, el centro y cabeza del mundo, el principio y origen de la vida de todos los pueblos, y el Pontífice, con más razón que los emperadores romanos, una especie de Dios en la Tierra, con poder bastante para derribar los tronos y distribuir a su antojo las coronas. Esta involucración de derechos temporales y espirituales, esta intrusión de los Papas en el gobierno y en la vida civil de los pueblos, que no les corresponde, no es tanto una usurpación, cuanto una necesidad de los tiempos, por ser entonces el Pontificado la única institución que por su saber y demás condiciones podía regir

los destinos de Europa, reconociendo y acatando su superioridad los reyes y los pueblos.

Sin embargo, más que a la justicia y a la moralidad, atendía Inocencio III al encumbramiento del Pontificado, aceptando el vasallaje del rey de Aragón contra la voluntad de los aragoneses, y el del usurpador Juan sin Tierra contra la de los nobles y del pueblo de Inglaterra; autorizando con notoria injusticia el divorcio de ambos reyes, y procediendo con una volubilidad inconcebible tanto en los asuntos de Inglaterra, como en las guerras de los dos pretendientes al trono de Alemania.

En cuanto a la persecución de los Albigenses, es justo reconocer que Inocencio, como jefe de la Iglesia Católica, obró con perfecto derecho, encargado como estaba de salvar el Pontificado, que era el representante de la civilización, y que se veía seriamente amenazado por los herejes: pero los medios empleados, aunque no todos aprobados por el Papa, serán siempre rechazados por toda conciencia recta y cristiana, como uno de los episodios más abominables de la historia, según decía Chateaubriand.

En cuanto al juicio que merece Inocencio III por haber fundado u organizado la Inquisición, nos referimos a lo dicho sobre este punto en otra lección.

6. Federico II de Alemania (1198-1208). Su carácter. Diez años duró la guerra entre Felipe de Suabia y Otón de Bnmswich, por el trono de Alemania (1200-1210), durante los cuales se cometieron por ambos pretendientes toda clase de crueldades y tropelías. Muerto Felipe, y auxiliando Otón a Juan sin Tierra en sus guerras con el rey de Francia, fue derrotado por este en la batalla de Bouvines; con lo cual Federico, el hijo de Enrique VI, y pupilo de Inocencio III, fue reconocido sin oposición en todo el imperio.

A pesar del esmero y de los cuidados de su tutor, Federico II, que se había educado en la Baja Italia, había cobrado afición a la ciencia y a los literatos mahometanos allí establecidos; y esta circunstancia, así como sus talentos, su afición al saber, su carácter espléndido y generoso, su despreocupación religiosa, sus ideas de libertad y de progreso, impropias de aquellos tiempos, y más que todo, su ánimo viril y resuelto y su carácter de indomable independencia, todas estas cualidades le enajenaron las simpatías de su protector, exigiéndole éste antes de morir, formal promesa de emprender una Cruzada contra los infieles de la Palestina.

7. Italia y Alemania al advenimiento de Federico II. Elegido en 1212 o finales de 1211 y proclamado por todos en 1218 así como coronado por el papa en 1220.

Federico II recibió la corona imperial (1220) en Roma de manos del Papa Honorio III, y su hijo Enrique fue proclamado rey de romanos, casando poco después el emperador en segundas nupcias con la hija y heredera de Juan de Briena, rey de Jerusalén.

Por demás lamentable era el estado de Italia en aquel tiempo, por el fraccionamiento sin fin en multitud de pequeños Estados independientes, constantemente en guerra unos con otros, y dentro de cada uno la nobleza con el pueblo; pero por encima de tantas querellas y rivalidades, todos convenían en el deseo de sacudir el gobierno del imperio para constituirse en completa independencia. Por esta causa renovaron las ciudades lombardas su antigua y famosa liga contra el emperador, y éste tuvo que combatir las, terminando la contienda por la mediación del Papa Honorio III (1216-1227).

En la Baja Italia, o sea en el reino de las Dos Sicilias, la dominación de Federico estaba completamente asegurada, puesto que, en aquellos países, desde la dominación normanda, la política y el orden social tenían una estabilidad y fijeza que no existían en el resto de la península. Federico promulgó para aquel reino las Constituciones de Melfi, muy superiores a todos los Códigos de aquel tiempo, y por las cuales se aumentó considerablemente el bienestar material y moral, y gozaron Nápoles y Sicilia de una paz duradera.

En Roma, gracias a la prudencia de Honorio III, las relaciones con el emperador fueron pacíficas y amistosas; el Papa coronó a Federico, y éste cedió a su hijo Enrique las Dos Sicilias, como feudo de la Santa Sede, reconociendo a esta la posesión de Espoleto y de los bienes de la condesa Matilde, y publicó contra los herejes las leyes más crueles que se han conocido.

Respecto de Alemania, procuró Federico restablecer el orden y mejorar el bienestar de sus pueblos, cortando con mano fuerte los abusos de los señores. Y en cuanto a los Estados vecinos, confirmó en sus dominios a Valdemaro, rey de Dinamarca, y a Wenceslao en el trono de Bohemia.

8. La sexta Cruzada. Antes de subir al trono había prometido solemnemente Federico a Inocencio III llevar sus armas contra los infieles a la Tierra Santa; igual promesa había hecho diferentes veces al Papa Honorio; pero con pretextos más o menos especiosos venía el emperador retardando su cumplimiento.

Elevado al Pontificado Gregorio IX (1227-1241), de carácter duro e intolerante, y habiendo adquirido Federico el título de rey de Jerusalén por su casamiento con

Yolanda, hija de Juan de Briena, su último rey, hizo el emperador los preparativos en Italia, y partió de Brindis, teniendo que regresar al mismo puerto a los dos días por haberse declarado la peste entre los cruzados, poniendo en grave peligro la vida del mismo emperador. Por este retraso, fue excomulgado por el Papa; emprendiendo no obstante la expedición al año siguiente (1228). Por medio de negociaciones consiguió del sultán Malek-el-Kamel, la devolución de Jerusalén (1229) y otras plazas a los cristianos, con la condición de permitir el culto de Mahoma en una mezquita dentro de la ciudad.

Esta concesión excitó la más viva indignación entre los caballeros Templarios y Hospitalarios; el emperador entró en Jerusalén con sus barones, y no presentándose obispo ni sacerdote para consagrarlo por la excomunión que sobre él pesaba, cogió él mismo la corona y la colocó en su cabeza, proclamándole rey de Jerusalén los que le acompañaban.

A instigaciones del Papa se había promovido una guerra en las Dos Sicilias por Juan de Briena contra el emperador, mientras éste defendía a los cristianos en Palestina. Federico volvió a Italia y en muy poco tiempo triunfó de su competidor, arrojando de Sicilia a los frailes franciscanos que con sus predicaciones habían excitado al pueblo a la rebelión. La paz de San Germán puso término a estas primeras querellas entre Federico y Gregorio IX (1230).

9. Querellas de Federico II y Gregorio IX. La paz de San Germán no podía ser duradera: la lucha entre el Pontificado y el Imperio sólo podía terminar por la sumisión completa de una de estas dos instituciones.

Enrique, hijo de Federico, se sublevó contra su padre en Alemania; pero el emperador consiguió someterlo, y como a pesar de haberlo perdonado, volviese a intrigar contra su padre, éste lo depuso y lo encarceló, concluyendo sus días en la prisión (1242). Por esta causa los señores alemanes eligieron rey de romanos a Conrado, hijo segundo de Federico.

Las ciudades lombardas excitadas por el Papa, renovaron su famosa liga contra el emperador, originándose una terrible guerra entre güelfos y gibelinos, en la que salió vencedor Federico, sometiéndosele todas las ciudades insurrectas, a las que trató con un rigor excesivo. El Papa entonces se une con las ciudades de la Alta Italia y excomulga de nuevo al emperador: éste en una circular a los soberanos de Europa les pone de manifiesto las maquinaciones y la inmoralidad de la política romana. Gregorio IX, que trata de levantar contra su enemigo a los príncipes de Europa, vio rechazadas sus pretensiones por San Luis, rey de Francia, por los

electores de Alemania y por el rey de Bohemia; apelando entonces, como medio extremo, a convocar un concilio para juzgar y castigar a Federico: pero éste pudo desbaratar sus planes haciendo prisioneros a la mayor parte de los obispos y el mismo Papa hubiera caído en su poder, a no haber fallecido antes de que Federico llegase a Roma.

10. Guerra entre Federico II e Inocencio IV (1243-1254). Muerte del emperador. Después del breve Pontificado de Celestino IV (1241), ocupó la silla pontificia el Cardenal de Fiesqui, con el nombre de Inocencio IV, antes amigo del emperador y después su más terrible adversario.

Inocencio abandonó a Roma, trasladando su residencia a Lyón; reprodujo las excomuniones contra Federico y convocó el concilio (1245) para juzgarle. Ante aquella asamblea el Papa acusó al Emperador; este fue defendido por Tadeo de Suessa, y apoyado por los representantes de Francia e Inglaterra; a pesar de lo cual el concilio depuso a Federico y desligó a sus súbditos del juramento de fidelidad.

Entonces estalló una guerra a muerte entre el Papa y el Emperador, tanto en Italia como en Alemania: Inocencio apeló a todos los recursos de que la Iglesia podía disponer en aquel tiempo para humillar a su enemigo, autorizando, según algunos historiadores, hasta el asesinato y el envenenamiento; Federico se defendió con heroísmo; la mayor parte de los príncipes de Europa estuvieron de su parte, pero sus parciales cometieron también toda clase de violencias y crueldades. El piadoso rey de Francia, San Luis que intentó varias veces poner paz entre los contendientes, rechazadas sus pretensiones por el Papa, no quiso nunca declararse en contra del Emperador.

Por último, abandonado por unos, vencido por otros, habiendo perdido sus hijos más queridos, se retiró al reino de Nápoles, donde murió (1250) de enfermedad y de disgusto según unos, y envenenado según otros. El representante de la religión de paz y de caridad, Inocencio IV, al tener noticia de la muerte de su adversario, exclamó: Cielos y tierra, alegraos, que el tirano ya no existe.

10. Juicio sobre Federico II. Ya hemos dicho que Federico II cultivó por sí mismo y propagó en sus Estados las ciencias y las artes, protegiendo la instrucción y procurando el bienestar de sus pueblos por cuantos medios estuvieron a su alcance. Hemos indicado también su despreocupación religiosa, tan contraria al estado de la sociedad de su tiempo, y debemos añadir que sus costumbres privadas fueron corrompidas, sin duda por el trato y relaciones que tuvo con los mahometanos.

Como Emperador pretendió establecer la monarquía universal, sometiendo a ella hasta la autoridad espiritual del Pontificado; y más-grande que los hombres de su tiempo, y desconociendo el estado de la sociedad, quiso implantar temerariamente sus ideales en aquellos pueblos, que unánimes los rechazaron. Así es que sus esfuerzos fueron estériles, y sus obras no le sobrevivieron.

Pero Federico fue grande como pocos defendiendo con energía el poder civil representado en el Imperio, contra las invasiones del espiritual: fue el primero entre los príncipes que apeló a la opinión pública por medio de sus manifiestos a los pueblos y a los reyes, para combatir los poderes arbitrarios: y la historia conservará siempre su memoria por haber concedido a las Dos Sicilias la primera Constitución fundada en la justicia y el derecho, mientras en los demás pueblos dominaba la fuerza y la violencia.

En sus relaciones con la Santa Sede cometió Federico II graves faltas, fue ingrato y cruel a veces con los Pontífices; pero cuánta debió ser la dureza e inhumanidad de estos con el Emperador, lo demuestra la contestación de S. Luis a Inocencio IV, recordándole que, según el Evangelio, se debe abrir el seno de la misericordia setenta y siete veces siete y al que pide perdón humildemente.

RESÚMEN DE LA LECCIÓN.

1, Antes de Inocencio III, el Papa Lucio III, en el concilio de Verona sentó las primeras bases para el establecimiento del Tribunal de la Inquisición; y Celestino III sostuvo algunas querellas con Enrique VI de Alemania, que pretendía hacer hereditaria la corona imperial. — 2. Inocencio III, dotado de grandes talentos, de carácter duro e intransigente, se propuso someter los poderes civiles al Pontificado, continuar las Cruzadas, acabar con las herejías y defender la disciplina de la Iglesia romana. — 3. Los pueblos italianos sobrellevaban con disgusto la tiranía del gobierno imperial. En Alemania, a la muerte de Enrique VI, se disputaron la corona Felipe de Suabia y Otón de Brunwich: este último fue coronado en Roma, y después excomulgado, proclamándose a Federico II que había estado bajo la tutela del Pontífice. — 4. Inocencio III intentó la reconciliación de la Iglesia griega con la latina; intervino en los asuntos políticos de Bulgaria y de Bohemia; de Noruega, Hungría y Polonia, de Aragón, de León y Portugal; y favoreció al usurpador Juan sin Tierra en Inglaterra. A este Pontífice se debe la Cruzada contra los Albigenses, y la Inquisición. — 5. Inocencio III elevó el Pontificado a su mayor altura, defendiendo la disciplina romana, estableciendo la soberanía del poder espiritual sobre el temporal, continuando las Cruzadas, y extinguiendo las herejías. — 6. Muerto Felipe de Suabia, y vencido Otón de Brunwich por el rey de Francia, fue proclamado Emperador de Alemania Federico II, hijo de Enrique VI y pupilo de Inocencio III, que se enajenó la voluntad de su tutor por su carácter libre e independiente y por su afición a la ciencia y a los literatos mahometanos. — 7. Las ciudades lombardas toleraban mal de su grado la dominación imperial, la cual estaba bien asegurada en la Baja Italia; las relaciones del Pontífice con el Emperador eran amistosas. En Alemania reprimió Federico los abusos señoriales, y mantuvo la superioridad del Imperio sobre los Estados vecinos. — 8. Por su demora en emprender la sexta Cruzada, fue excomulgado Federico por el Papa Gregorio IX: en aquella expedición consiguió que Jerusalén volviese a poder de los cristianos, y fue proclamado rey por sus barones; a su vuelta tuvo que combatir a Juan de Briena, que se había sublevado contra él en la Baja Italia. — 9. Federico vio rebelarse a su propio hijo, a quien sometió y encarceló, muriendo en la prisión: las ciudades lombardas fueron también vencidas: el Papa excomulgó de nuevo al Emperador, trató en vano de levantar contra él a los príncipes de Europa, y se propuso reunir un concilio para condenarlo, perdiendo la vida antes de conseguirlo. — 10. El Papa Inocencio IV en el concilio de Lyon depuso al Emperador y desligó a sus súbditos del juramento de fidelidad; comenzando entonces una guerra a muerte entre ellos, en la que los príncipes de Europa, entre los cuales se cuenta S. Luis, estuvieron de parte del Emperador: este murió lleno de pesares y amarguras

en el reino de Nápoles. — 11. Aunque de costumbres corrompidas, demasiado despreocupado en religión y proponiéndose fundar una monarquía universal, o introducir temerariamente sus ideales en el gobierno del imperio, hay que confesar que defendió Federico II el poder civil contra las invasiones del espiritual, fue amante de la instrucción y del bienestar de sus pueblos, fue el primero que apeló a la opinión pública contra las arbitrariedades del poder, y dio a las Dos Sicilias la primera Constitución de Europa, fundada en el derecho y la justicia.

Felipe el Hermoso y el Pontificado.

1. Felipe el Hermoso. — 2. Guerra con Inglaterra. — 3. Lucha con Bonifacio VIII. — 4. Los Estados generales. — 5. Abolición de los Templarios. — 6. Los últimos Capetos. — 7. Decadencia del Pontificado. — 8. Traslación de la Santa Sede a Aviñón. — 9. Nicolás Rienzi. — 10. El Cisma de Occidente. — 11. Las herejías: Juan Wicleff y Juan Hus. — 12. Concilio de Basilea. — 13. Misión del Pontificado en la Edad Media.

1. Felipe el Hermoso. A la muerte de Felipe el Atrevido, le sucedió su segundo hijo Felipe, llamado el Hermoso (1285-1314), casado con Juana de Navarra, por cuyo matrimonio se incorporaron a la corona de Francia la Navarra y Champaña.

El reino de Francia, que durante los monarcas anteriores tendía al absolutismo, adquirió bajo Felipe el Hermoso todas las formas del despotismo. Ambicioso y egoísta, frío y calculador, rodeado de legistas, y dispuesto siempre a menospreciar la justicia y la moral, este rey continuó la obra de sus antecesores, empleando toda su vida en combatir el feudalismo y la Iglesia, distinguiéndose además su reinado por la guerra con los ingleses, por la supresión de los Templarios y por la convocación de los Estados generales.

2. Guerra con Inglaterra. Aunque Felipe el Hermoso era poco afecto a la guerra, su afán por apoderarse de las posesiones de los ingleses en Francia, le hizo declararla con frívolos pretextos al rey Eduardo I de Inglaterra.

Con motivo de la querrela de unos marineros ingleses y franceses, citó Felipe al rey de Inglaterra, su vasallo por el ducado de Guyena, a responder ante el tribunal de los Pares; y no presentándose, le confiscó sus posesiones en Francia y se apoderó de la Guyena (1297) originándose una guerra larga y sangrienta en la que los franceses fueron derrotados por los flamencos, aliados de Inglaterra, y si bien las tropas reales alcanzaron después algunas victorias (1299) se hizo al fin la paz devolviendo Felipe la Guyena al rey de Inglaterra, y reconociendo la independencia de Flandes mediante una indemnización por los gastos de la guerra.

3. Lucha entre Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII (1294-1303). Cuando los emperadores de Alemania se desentendieron de la política italiana, y por esta causa cesaron las guerras entre el Pontificado y el Imperio, se renovaron estas luchas entre los Papas y los reyes de Francia, revistiendo siempre el mismo carácter por la tendencia de Roma a intervenir en los asuntos civiles y políticos de los Estados, y por la resistencia imprudente de los reyes a tales pretensiones.

Durante la guerra de Felipe el Hermoso con el rey de Inglaterra, el Papa Bonifacio VIII, con el santo fin de restablecer la paz entre ellos, les amenazó con la excomunión si no deponían las armas, sometiéndose a la decisión de la Santa Sede. El rey de Francia rechazó con altanería las exigencias del Papa; y agregándose a esto el haber impuesto una fuerte contribución sobre los bienes del clero, hasta entonces exentos de tributos, como todos los feudales; y el haber nombrado Bonifacio obispo de Pamiers, a Sasset, enemigo de Felipe, y sin conocimiento de este; todo contribuyó a la enemistad del Papa y del Rey, originándose entre ellos una larga y ruidosa contienda que solo terminó a la muerte de Bonifacio.

El Papa excomulgó a Felipe el Hermoso, atacando a la vez el principio de la independencia de la corona; el rey quemó la bula de condenación; y el canciller Nogaret, encargado por el rey de combatir al Papa, lo hizo con tal dureza, que después de insultarle, exigió que se le encerrase en una prisión para ser juzgado en el próximo concilio. Con este motivo, el Papa lanzó nuevas excomuniones contra el rey, que dieron lugar a mayores violencias. Es de advertir que en estas querellas el Parlamento francés y la mayor parte del clero, estuvieron siempre de parte del rey.

En estas circunstancias pasó a Italia Nogaret, encargado de ejecutar las decisiones que él mismo había provocado. Acompañábale Sciarra Colona, de una noble familia romana, y que por orden del Papa había sufrido cuatro años de destierro; Bonifacio VIII huye de Roma, se refugia en Anagni, su pueblo natal; síguenle los enviados del rey francés, y atropellando cuanto encuentran, penetran en su palacio, lo insultan groseramente, y Colona le abofetea para saciar su venganza. Preso el Papa en su palacio, tres días después fue libertado por el pueblo de Anagni y conducido a Roma, donde, por la impresión que le causaron tan violentos acontecimientos, perdió la vida pocos días después (1303).

4. Los Estados generales. Felipe el Hermoso convocó por primera vez los Estados generales, reuniendo en París con la nobleza y el clero los diputados o representantes de las ciudades, la clase media, que habían sido ya invitados por San Luis, aunque accidentalmente, a tomar parte en los asuntos legislativos. Dando al pueblo la intervención en el gobierno, a la vez que adquiría la monarquía su más firme apoyo, revelaba a la clase media sus derechos, su poder y sus destinos. Los primeros Estados generales se reunieron solemnemente en la Iglesia de Nuestra Señora de París, comenzando sus sesiones el 23 de Marzo de 1302.

5. Abolición de los Templarios. Otro acontecimiento importante va unido al nombre de Felipe el Hermoso; la supresión de la orden famosa de los Templarios, que tanto se había distinguido peleando en la Tierra Santa contra los infieles, y que después de las Cruzadas se había hecho temible a los reyes por las inmensas riquezas que poseían en todas las naciones y muy principalmente en Francia.

Es indudable que, a la conclusión de las Cruzadas, desapareciendo el objeto que había dado nacimiento a las órdenes de caballería, también estas debían desaparecer; y, sin embargo, sucedió todo lo contrario, pues trasladadas a Europa acumularon riquezas incalculables, con las cuales se introdujo en ellas el abandono, los vicios y la corrupción. Esto sucedió en Francia, principalmente con los Templarios, que tenían su casa matriz en París, en el barrio que todavía se llama del Temple, siendo a la sazón su Gran Maestre Jacobo de Molay.

Se acusaba a los Templarios de los crímenes más atroces, y llegó a imputárseles la idolatría. Tal vez las infamias de algunos individuos, como generalmente sucede, se atribuyeron a toda la orden y causaron su perdición: y tal vez el motivo principal de la abolición deba referirse al deseo de Felipe el Hermoso de apoderarse de sus riquezas. La historia no ha pronunciado un fallo definitivo sobre asunto tan importante.

Lo cierto es que el 13 de Octubre de 1307 todos los Templarios residentes en Francia fueron presos y sometidos a horribles tormentos, confesando algunos por estos medios los crímenes que se les imputaban. Cinco años después el Papa Clemente V decretó la abolición de la orden en el Concilio de Viena (1312), y Molay que hasta el fin protestó de su inocencia, fue quemado vivo, emplazando al Papa y al Rey ante el tribunal de Dios. Muertos ambos en el año siguiente, el pueblo creyó en la inocencia del Gran Maestre, llorándole como mártir. Los bienes de los Templarios pasaron en Francia a la corona, y en las demás naciones se aplicaron a las otras órdenes militares.

6. Los últimos Capetas. Felipe el Hermoso dejó tres hijos que ocuparon sucesivamente el trono destinado a pasar después de ellos a otra dinastía: estos fueron Luis X Hutín, Felipe V el Largo y Carlos IV el Hermoso.

En el reinado de Luis X (1314-1316) se observa una especie de reacción contra la monarquía y contra los legistas y banqueros que habían dominado en tiempo de su padre. Falto de recursos para los gastos de la corona, vendió la libertad a los siervos de los dominios reales, cuya conducta imitaron los señores, aumentándose así considerablemente el número de los hombres libres.

A la muerte de Luis le sucedió su hijo póstumo Juan que solo reino cinco días bajo la regencia de Felipe el Largo que ocupó el trono, hermano del rey Luis X, Felipe el Largo (1316-1322) proclamado por los Estados generales, que excluyeron a su sobrina Juana en virtud de la ley Sálica. Felipe continuó otorgando la libertad a sus súbditos, concediendo cartas de nobleza a familias de humilde origen, y ordenó sangrientas persecuciones contra los judíos y los leprosos.

No habiendo dejado hijos varones, fue reconocido su hermano Carlos IV el Hermoso (1322-1328), que protegió el comercio, la administración de justicia y el bienestar de sus súbditos, y se hizo respetar de la nobleza. A su muerte ocurrida en 1328, ocupó el trono la dinastía de Valois.

7. Decadencia del Pontificado. En los siglos XIV y XV decayó visiblemente la influencia que los Pontífices venían ejerciendo en los asuntos políticos de Europa desde los tiempos de Gregorio VII.

En primer lugar, perdieron su prestigio sobre los emperadores de Alemania que eran los primeros monarcas de la cristiandad, desde que los Hapsburgo, desentendiéndose de la política italiana, dejaron de ir a Roma a recibir la corona de manos de los Pontífices.

Por otra parte, los monarcas de Europa, cuyo poder tanto se había desarrollado después de las Cruzadas, rechazaron con energía la tendencia de los Papas a mezclarse en los asuntos políticos de sus respectivos reinos, como sucedió entre Luis de Baviera y Juan XXII en Alemania, y Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII en Francia. La monarquía educada por la Iglesia durante la Edad Media, comienza ahora a emanciparse de aquella tutela, combatiéndola frecuentemente con violencia, y mostrándose ingrata con una institución que tanto le había ayudado a desenvolverse.

Pero no hay que olvidar que los Pontífices, desconociendo los progresos de los tiempos, trataron de perpetuar la autoridad de los Gregorios e Inocencios, cuando ya no tenía razón de ser en orden al gobierno de las naciones. Con esto, y con los acontecimientos que se realizaron en aquel tiempo en el seno mismo de la Iglesia, el poder pontificio dejó de ser lo que había sido en los siglos anteriores.

8. Traslación de la Santa Sede a Aviñón. Con Bonifacio VIII puede decirse que concluyó la influencia política del Pontificado, comenzando desde entonces su decadencia. Sucedióle Benedicto XI que ocupó un año escaso la Cátedra de S.

Pedro; y a su muerte, dividido el cónclave, quedaron predominando los Cardenales franceses, los cuales, por influencia de Felipe el Hermoso, eligieron Papa a Bernardo de Got, arzobispo de Burdeos, que tomó el nombre de Clemente V (1305-1314); con lo cual vino a ejercer el rey de Francia sobre el Pontificado, tanta o mayor influencia que tuvieron en siglos anteriores determinados emperadores de Alemania.

Algunos historiadores han sostenido que Felipe el Hermoso había impuesto a Clemente V antes de ser elegido, algunas condiciones indignas y vergonzosas; pero lo único que en este asunto resulta verdadero es, que, por exigencia del rey, y por el estado turbulento y falta de seguridad en Roma, este Pontífice trasladó la santa Sede a Aviñón (1309), quedando de esta manera la corte papal bajo la influencia de los reyes de Francia. Entonces comienza lo que los italianos llamaron la nueva-cautividad de Babilonia, que fue causa más adelante del Cisma de Occidente.

9. Nicolás Rienzi. Los desórdenes habían aumentado en Roma desde que los Papas la habían abandonado, trasladando su corte a Aviñón. En medio de las violencias cometidas por las dos familias de los Colonas y de los Orsinis, comenzó a darse a conocer el joven Nicolás Rienzi de humilde origen, pero fogoso orador y entusiasta de las ideas de libertad, que se propuso restablecer con todo su prestigio la antigua república romana.

Arrastrando al pueblo con su elocuencia, consiguió sin embargo poner fin a la anarquía que reinaba en Roma (1347), fundó la república y recibió los títulos de tribuno y de libertador con un poder dictatorial. Pero abandonado por el pueblo, y atacado por los nobles a quienes había humillado, tuvo que huir de Roma; y aunque volvió algunos años después, con el beneplácito del Papa Inocencio VI, habiendo abusado de la autoridad que se le había concedido, fue asesinado en una conmoción popular (1354).

10. El Cisma de Occidente. Después de 68 años de residencia de la corte pontificia en Aviñón, restablecido el orden en Roma, por instancias de Santa Catalina de Sena, y otras personas piadosas de Italia y principalmente de la misma Roma, y sobre todo por las promesas y garantías ofrecidas por el emperador de Alemania, el Papa Gregorio XI (1370-1378) abandonó la ciudad francesa, estableciéndose nuevamente en Roma (1377).

No era de esperar que los reyes de Francia se resignasen a perder su influencia sobre los Papas, y el prestigio que les proporcionaba su estancia en Aviñón. Así es que a la muerte de Gregorio XI, fue elegido

por el cónclave el italiano Urbano VI (1378-1389), seis cardenales disgustados de su carácter, y estimulados por el rey de Francia, se retiraron a Anagni, y protestando que la elección no había sido libre, le depusieron, nombrando en su lugar a Clemente VII (1378-1394), a quien sucedió más adelante Benedicto XIII (1394).

Prodújose entonces una escisión profunda en la Iglesia, obedeciendo unas naciones (España, Francia, Nápoles y Escocia) al Papa francés, Clemente, y las demás al italiano, Urbano. Esta división de la cristiandad, que duró 36 años, y que se llama Cisma de Occidente, trajo graves perturbaciones y ocasionó grandes males a la Iglesia. En este tiempo, muerto el Papa Urbano, le sucedieron en Roma Bonifacio IX (1389-1404); Inocencio VII (1404-1406) y Gregorio XII (1406-1409) y por fallecimiento del antipapa Clemente, fue nombrado el aragonés Pedro de Luna con el nombre de Benedicto XIII.

Todavía fue mayor el escándalo cuando en el concilio de Pisa, fueron depuestos Gregorio XII y Benedicto XIII (1409) y se nombró a Alejandro V (1409-1410) que, si bien fue aceptado por la mayoría de las naciones, los otros dos no quisieron renunciar, y se dio el caso de existir tres Papas, con sus respectivas obediencias. Para poner fin a esta anarquía religiosa, el Papa Juan XXIII (1410- dep. 1415), instado por el emperador Sigismundo, reunió el Concilio de Constanza, renunciando ante él su propia dignidad, cuya conducta imitó Gregorio XII, y fue elegido Martino V (1417-1431) que, reconocido por todos, terminó el Cisma de Occidente (1417). Entre tanto, el antipapa Luna, hombre de carácter duro e inflexible, continuó titulándose Pontífice hasta su muerte ocurrida en Peñíscola, del reino de Valencia. El nuevo cisma no terminó hasta la abdicación de feliz V en 1448. Es decir que la paz de la Iglesia no fue un hecho hasta esta última fecha.

11. Las herejías. Juan Wicleff y Juan Hus. En el Concilio de Constanza se condenaron también las doctrinas heréticas de Wicleff y de Juan Hus.

Juan Wicleff, profesor de la Universidad de Oxford, protegido por Eduardo II cuyos derechos defendió contra las pretensiones del Papado, predicó contra la autoridad pontificia, y negó varios dogmas admitidos por la Iglesia, extendiéndose en poco tiempo esta herejía por Inglaterra, hasta que fue condenada por el Concilio de Londres.

Juán Hus, como hemos dicho en lecciones anteriores, era profesor de la Universidad de Praga (Bohemia), adoptó las doctrinas heréticas de Wicleff, negando la autoridad del Papa, y atacando los vicios del clero. Excomulgado por Alejandro V, apeló al Concilio de Constanza, donde se presentó con un salvo-conduto del emperador, a

pesar de lo cual fue condenado y quemado como hereje (1415). Su muerte y la de su discípulo Jerónimo de Praga, fue la señal de la sangrienta guerra de los husitas, que tuvo la fortuna de terminar el emperador Sigismundo.

12. Concilio de Basilea. Para completar la obra comenzada en el Concilio de Constanza de reformar la Iglesia, se reunió por Eugenio IV (1431-1447) sucesor de Martín y a instancias del emperador, el Concilio de Basilea (1431).

Las sesiones de este Concilio comenzaron adoptando algunas resoluciones contrarias a la corte romana, limitando sus derechos y atribuciones; por lo que el Papa trasladó el Concilio a Ferrara y después a Florencia. Sin embargo, muchos padres se quedaron en Basilea, depusieron al Papa y eligieron a Félix V, renovando la decisión del Concilio de Constanza de que el Concilio era superior al Papa. El temor de un nuevo cisma y la habilidad del Papa Eugenio, consiguieron que se anularan las disposiciones del Concilio de Basilea, quedando sin la conveniente corrección los abusos de la corte romana y la relajación del clero.

13. Misión del Pontificado en la Edad Media. La Iglesia representa el poder educador de los pueblos bárbaros que invadieron el imperio romano; ese poder era absolutamente necesario para la salvación de la humanidad.

En los primeros siglos de la Edad Media esa educación fue realizada por los obispos, porque su autoridad era más eficaz en cuanto estaba más cercana de los que habían de ser educados. Pero esta autoridad se desprestigió cuando los desórdenes y los vicios del feudalismo penetraron en la Iglesia, convirtiendo a los obispos y abades en señores de horca y cuchillo. En tal situación, para que la Iglesia continuase la obra comenzada, era necesario que, sobre la autoridad desprestigiada de los obispos, se levantase un poder superior, el del Papado, que haciendo renacer el espíritu del Evangelio, acatado por todos aquellos pueblos, se encargase de completar la educación de la humanidad. El Pontificado no es una institución que se impone por la fuerza, sino que nace y se desenvuelve porque era absolutamente necesaria.

El Pontificado ejerció en aquellos siglos un poder absoluto, dominando en la Iglesia, en los pueblos y en los reyes; pero este poder no puede ser calificado de tiránico, por cuanto se fundaba en la fe y era aceptado por la conciencia general. Los Pontífices exaltaron el poder espiritual en contra del predominio de la materia en los siglos medios: por la superioridad de su virtud y de su sabiduría se impusieron en aquella sociedad relajada e ignorante; y para dominar a los hombres de hierro, y abatir los alcázares del orgullo y de la ignorancia, simbolizados en los castillos

feudales, necesitó el Pontificado toda la dureza de un Gregorio VII, la política enérgica de Inocencio III, y gobernar en nombre del derecho divino, único freno en aquella sociedad desordenada, donde la moral era palabra vana y las leyes eran impotentes para contener a los hombres en el cumplimiento del deber.

El Pontificado cumplió su misión en la Edad Media educando a los pueblos y a los reyes; sacándolos de la barbarie, ilustrándolos y moralizándolos; por efecto de esta enseñanza al abrirse los tiempos modernos, pueblos y reyes han adquirido la conciencia de su destino y por su propia iniciativa comienzan a realizarlo.

Tal fue la misión del Pontificado en la Edad Media, beneficiosa como pocas para la civilización de la humanidad.

RESÚMEN DE LA LECCIÓN.

1. Felipe el Hermoso entronizó en Francia el despotismo, combatiendo sin cesar la aristocracia feudal y luchando con la Iglesia. — 2. Declaró la guerra a Inglaterra para apoderarse de la Guyena, que tuvo que devolver al fin a su legítimo dueño y reconocer la independencia de Flandes. — 3. Felipe rechazó con altanería el intento de Bonifacio VIII de poner paz con el rey de Inglaterra; el Papa lo excomulgó, y pasando a Italia el canciller Nogaret, hizo prisionero e insultó groseramente a Bonifacio, que murió poco después. — 4. Felipe reunió por primera vez los Estados generales, dando participación a los representantes de las ciudades, con el clero y la nobleza. — 5. Los Templarios, acusados, tal vez sin razón, de grandes crímenes, y hasta de idolatría, fueron presos en un mismo día en toda Francia, y sometidos a un proceso irregular. El Papa decretó la abolición de la orden; el Gran Maestre, Molay, fue ejecutado, y los bienes incorporados a la corona de Francia. — 6. Los últimos capetos fueron: Luis X, que vendió la libertad a los siervos, Felipe el Largo que estableció la ley sálica en la sucesión de la corona, y concedió cartas de nobleza a familias humildes, y Carlos IV el Hermoso, que protegió el comercio y la administración. — 7. El poder del Pontificado decayó por desentenderse los Hapsburgo de la política italiana, por el poder creciente de los reyes después de las Cruzadas, y por los acontecimientos que por aquel tiempo tuvieron lugar dentro de la Iglesia.— 8. A la muerte de Benedicto XI los cardenales franceses, por influencia de Felipe el Hermoso, eligieron a Clemente V, que trasladó la Santa Sede a Aviñón.— 9. Mientras los Papas residían en Aviñón, Nicolás Rienzi restableció la república romana; pero perdió la vida en una conmoción popular. — 10. A los 68 años de ausencia, el Papa Gregorio XI restableció la Santa Sede en Roma; pero a su muerte eligieron un Papa los cardenales italianos y otro los franceses, naciendo de aquí el cisma **de** Occidente. Más adelante existieron tres Papas con grave escándalo **de** la cristiandad, hasta que el Concilio de Constanza eligió a Martino V, que puso fin al cisma. — 11. En el Concilio **de** Constanza se condenaron las herejías de Wicleff, profesor **de** la Universidad Oxford, y de Juan Hus y Jerónimo de Praga que lo eran de Praga en Bohemia, y estos dos últimos fueron quemados vivos. — 12. El Concilio de Basilea intentó la reforma de la Iglesia, pero por temor de un nuevo cisma, no se llevaron a cabo sus decisiones. — 13. La Iglesia comenzó la educación de los bárbaros por medio de los obispos, y cuando éstos se corrompieron por los vicios del feudalismo, se elevó el Pontificado para continuar aquella obra, dominando en la Iglesia, en los pueblos y en los reyes por medio del derecho divino, único freno para aquella sociedad sometida a la fuerza y la violencia.

